

LA BROMA

El gimnasio, ahora improvisado como sala de baile, estaba repleto de jóvenes. Parecía que esperasen algo, pues se amontonaban hombres y mujeres en una montaña humana de risas y alegres exclamaciones.

Por encima del ruido alguien levantó el brazo mientras tocaba un silbato, pidió silencio, luego hizo una señal a unos jóvenes, y éstos en seguida unieron dos mesas en el mismo centro de la sala. Luego fueron al bar, sacaron de unos contenedores llenos de hielo unas cuantas cervezas y llenaron doce jarras. Otro de los jóvenes trajo una docena de huevos duros, se colocaron a ambos lados de las mesas seis jarras y seis huevos. Así dispuesto, el que hablara en un principio, volvió a hacerlo.

- Hoy es un día grande, fin del último curso, y en un día tan señalado, no podemos quedarnos con la duda de quién de los dos es más duro. Aunque ya veo que os imagináis quienes son, aquí están. Y aparecieron detrás de una cortina que habían puesto a tal fin, dos estudiantes. El que presentaba, se acercó a ellos tomó a uno de la mano, le levantó el brazo como en los combates de boxeo y a gritos le presentó: Aquí tenemos a Chicho Vélez, ochenta y dos kilos y metros setenta, con un historial de comilón tan temible que todos conocéis. Luego le dejó en su porción de la mesa, y se fue a por el otro, a quien presentó como el bello Pol, setenta y cinco kilos y metro ochenta, campeón de natación, de boxeo, el que más tiempo lleva repitiendo en la facultad, mujeriego, y quien más dinero se ha gasto en una sola noche. Están aquí para ventilarse en quince minutos lo que veis sobre la mesa. ¡Señores, señores!, quedan abiertas las apuestas.

El barullo fue en aumento, las apuestas iban a favor de Chicho. Se volvió a oír el silbato, el presentador que hacía ahora de juez, pidió silencio, y con un cronómetro en la mano dio inicio a la prueba.

Las dos primeras jarras y su correspondiente huevo, volaron, con la tercera ronda la mezcla empezó a generar gases en el estómago dificultando la tarea. Sólo habían pasado cinco minutos cuando Chicho se puso con la cuarta, mientras Pol seguía con la tercera. Con la jarra quinta Chicho se entretuvo lo suficiente hasta que Pol se inició en ella.

Habían pasado ya nueve minutos cuando a la par se pusieron con la última ronda, y aunque las jarras eran de un tercio, la suma de las seis llegaba a los dos litros. Los gritos de los presentes intentaron animar el aparente aletargamiento que manifestaban. El premio, que no lo hemos dicho, era una liga de Rosita la perversa, que además podría restituir a su pierna correspondiente en un apartamento cercano al campus.

En un arrebato de todo o nada, Pol introdujo lo que le quedaba de huevo y cerveza, todos se le quedaron mirando, pues parecía que fuese a expulsarlo, pero no, se mantuvo y ganó la apuesta.

Después de las felicitaciones y de tomarse bicarbonato, se puso música y comenzaron a bailar, Pol se reunió con sus amigos.

- ¡Valla vida que te pegas!, otro año más que te quedas aquí. Le dijo Juan.

- Os voy a echar de menos, pero ya sabéis cual es mi lema.

A la vez respondieron los cuatro: El trabajo para los burros.

- ¡Oye!, tu padre no se mosquea, con este, son ya ocho años que llevas en la facultad.

- El viejo está muy ocupado con sus negocios, además, terminaré aprobando, ¿no?.

El más joven de los cuatro comentó la suerte que era tener una padre rico que no se metía en la vida de sus hijos.

En esos momentos apareció un grupo que venía discutiendo, querían conocer la opinión de Pol. Uno de ellos decía que era posible sacar los ciento sesenta a un escarabajo, nombre que daban a un coche, el otro decía que no era posible. Pol dijo que ambos tenían razón, pues en efecto, el escarabajo podía alcanzar esa velocidad cuesta abajo. Antes de que estos se fueran otros le preguntaron qué hacer para ablandar la resistencia de una mujer

En medio de estas consultas apareció una chica con aspecto recatado y sin maquillar: era Teresa. A Pol le pilló por sorpresa, y aún contando con su experiencia, titubeó mientras le explicaba a aquella mujer que creía ser su novia, que lo de asistir a esa fiesta sin invitarla había sido por la insistencia de los amigos. La excusa no convenció, así que tomó a Teresa por la mano y la condujo a un sitio apartado.

Uno de los compañeros de Pol comentó extrañado, cómo se había podido liar con una tímida tan...así. El otro le respondió que de todas las chicas con las que Pol había salido, sólo aquella era decente, y esto, suponía un reto para él.

- Y ya se la ha... . Preguntó Juan.

- ¡Qué va!, hasta ahora lo más que ha visto es su rodilla.

Mudó Pol su actitud, acercándose a lo que él creía una imagen de sinceridad, y desde allí lanzó un rollo lo más convincente que pudo. Lo que no sabía es que Teresa llevaba allí un buen rato, le había visto competir y se había enterado en qué consistía el premio. Antes que las palabras de Teresa se volvieran trémulas y el llanto llegase a sus ojos, logró indicarle que lo había visto todo, luego, se marchó.

Con un sentimiento de culpa que no le gustaba lo más mínimo, volvió Pol al tumulto, y aceptando la música y las risas como un antídoto, se abrió paso entre los que bailaban hasta llegar al centro de la pista, donde se movía Susana, una rubia con un vestido rojo ceñido y con unas medias negras que se movía como gata en celo, allí se puso Pol a bailar. No pudo aguantar mucho aquel ritmo, lo que se había metido para el cuerpo se lo impedía, así que fue a sentarse con los amigos.

- Bueno, ¿a qué va a dedicarse el chico duro de la facultad cuando acabe la carrera?. Le preguntó una de las chicas.

- ¡A vivir!.

Todos rieron comentando la suerte de tener un padre rico.

A Pol le gustaba tener esa fama, él mismo la iba pregonando, le interesaba que las chicas lo supieran, siempre eran más dóciles si el padre tenía dinero.

Entre sus amigos, Juan que era de familia burguesa, tenía intención de meterse en los sindicatos. A Manuel, que procedía de una familia de antiguos terratenientes sevillanos, le gustaba la política, un tío suyo era Ministro. Luis, por seguir la tradición, pasaría a ocupar un puesto en el bufete de su padre, que heredó a su vez del suyo, así hasta cuatro generaciones.

Con el inicio de la música lenta, además de dar descanso a los oídos, se llenó la pista. Así fueron pasando los minutos y las horas, hasta las doce, en que un agregado a la dirección llegó para clausurar la fiesta. Sin hacer caso de las caras desilusionadas de los presentes, mandó a los dos conserjes que iban con él, que fuesen colocando de nuevo cada cosa en su sitio. Fue entonces que Pol se acordó del premio, le llegó a la memoria la figura de Rosita y se sintió afortunado viendo a los demás marchar a sus habitaciones.

A eso de las cuatro de la mañana Pol volvía, o al menos lo intentaba, hacia su departamento. Como era el día de fin de curso, no tuvo que ir escondiéndose. En los

días normales, a las once de la noche había que estar de vuelta o sobornar al conserje. Por su parte, los amigos de Pol habían estado jugando a las cartas con la compañía cálida de una botella de ginebra, que uno de ellos cogió de la fiesta. En el transcurso de la velada habían llegado a trazar un plan para gastar una broma a Pol, no querían que se olvidase de ellos.

En cuanto le oyeron subir los escalones, apagaron la luz.. Manuel que compartía la habitación con Pol marchó a toda prisa, se metió en la cama y fingió estar dormido.

Entró Pol dando traspiés, el cansancio convertido de una en sueño le hizo arrojar en la cama, y así, boca abajo se quedó en seguida dormido. Aprovechó Manuel el momento y dio unos golpes en el tabique, y al instante comenzó a oírse música de índole religiosa.

Como Pol no se despertaba y subir el volumen era muy arriesgado, tuvo Manuel que intervenir. Desde su cama, más cercana a la ventana, soltó el nudo que sujetaba la persiana y ésta cayó con un ruido que logró abrir los ojos de Pol. Los cerró de nuevo, pero volvió a abrirlos, acababa de percatarse de la música.. Al incorporarse miró a Manuel que le pareció dormía como un tronco. Por unos instantes pensó trataba de algunos que aún seguirían con la juerga, pero pronto cambió de parecer, aquella música era distinta y sonaba dentro de su habitación. Se levantó y por más que la siguió con los oídos, no logró localizar su procedencia.

Del otro lado de la pared sabían que a Pol no le gustaba la música clásica, y mucho menos el canto gregoriano. Habían hecho dos agujeros en la pared, por uno de ellos hicieron pasar el cable que iba al altavoz que tenían escondido en el único armario que había en la habitación, el otro, era para vigilar.

Cuando estuvo cerca, a menos de medio metro, Juan que gustaba de imitar voces en las fiestas, abrió el micrófono que tenía conectado al equipo y mientras atenuaba un poco la música, habló con tono majestuoso.

- ¡Pablo!, ¿por qué te has apartado del camino?.

Con menos apostura de la que le hubiera gustado, sólo atinó a preguntar, ¿quién es?.

De nuevo y surgiendo de aquel coro celestial, oyó la voz.

- ¡Ven a mí!.

Temblando de miedo y emoción, Pol logró decir: Si soy un descarriado, cualquiera es mejor que yo.

- ¡Ven a mí!.

- ¿Cómo?. ¡Dios mío!, ¿cómo?.

- Busca la verdad y me encontrarás.

Del otro lado de la pared apenas podían contenerse, peleando entre ellos por poder ver por el único agujero a Pol, el duro, arrodillado en medio de la habitación. Manuel, retorciéndose en la cama ahogaba la risa en la almohada. Mientras tanto, Pol repetía una y otra vez: Gracias Señor, perdóname Señor.

Juan y Luis esperaban ansiosos la señal para entrar en la habitación y reírse a gusto. En pie, miraba Pol el cielo por la ventana, esta vez las estrellas le parecieron distintas, fue entonces que vio a Manuel, al que sacudió hasta despertarlo. Cuando Pol le interrogó sobre lo sucedido, él le dijo que no había oído nada, incluso fingió enfadarse. La idea de reírse en su cara se le quitó de la mente. Pol no parecía el mismo, y quizás en un momento así sería peligroso burlarse de él. Se acordó de los otros dos compinches y antes de que lo echaran todo a perder, fue gruñendo hasta el aseo, tomo un vaso de agua y se lo bebió mientras vigilaba a Pol. Cuando vio a éste que se volvía de nuevo hacia la ventana, dio dos codazos en la pared, y dijo que sería mejor dejarlo para mañana, Pol ni se enteró.

A las doce del mediodía despertó Manuel, echó un vistazo a Pol, que dormía plácidamente, sin duda ser había pasado toda la noche mirando al cielo. Libre ya de los vapores del alcohol, se sintió un miserable.

A esas horas el campus mostraba gran agitación, estudiantes con sus maletas esperando el autobús, otros cargando sus automóviles, todos parecían aquejados del mismo mal: las prisas.

Se encontró Manuel con Juan y Luis en la cafetería haciendo esfuerzos por ablandar un suizo en el café. Ya estaban limpiándolo todo. Comentaron lo sucedido y reconocieron que había sido una broma de mal gusto.

- Habrá que decírselo, dijo Luis.

- ¿Por qué?, es posible que al despertar no recuerde nada, respondió Juan.

Manuel que lo había visto de cerca no lo creía.

- Bueno, de ser así, ¿qué podemos hacer?, comentó Juan algo deprimido.

- Hay que decírselo, dijo Manuel muy serio, y aún añadió, con esas ideas que supongo le rondan por la mente, puede meterse en cualquier lío.

A las dos de la tarde Pol despertó, desde la habitación contigua sus compañeros que estaban atentos fueron en seguida a verle. Se le quedaron mirando tan fijamente que Pol les preguntó si les pasaba algo.

Cuando pasó al aseo lo primero que hizo fue mirarse al espejo.

En el exterior ya no se veía un alma, por primera vez oyeron la voz de la mujer de la limpieza cantando.

Mientras Pol preparaba la maleta, surgieron algunos temas de conversación, pocos, pero bien intencionados, así se dieron cuenta que su compañero no tenía la mente en lo que decía, ni siquiera en lo que hacía, a juzgar por los tres intentos para hacerse el nudo de la corbata.

Echaron a suertes quién se lo diría. Le tocó a Manuel, que además era el que más trayecto haría con Pol en el coche.

Fueron recorriendo los pasillos con una mezcla de añoranza y alegría, al menos, para los amigos de Pol, que no volverían. Algunas aulas les recordaron viejos tiempos. Según descendían los peldaños, se iban dando cuenta de lo que habían conseguido, sintieron lástima de Pol. Juan le dio una palmada en el hombro y le aconsejó terminase la carrera.. En el coche ninguno parecía dispuesto al diálogo, solo el ruido del motor parecía inundarlo todo.. El primero en bajarse fue Juan, que iba hacia el Sur, y lo hizo en la estación . La despedida que le dio Pol fue tan sentida como efusiva, pidiéndole que le escribiera y que no dudase en contar con él para lo que fuera. A Luis le dejaron en Burgos.

Durante media hora, el ruido del motor y el viento , fue lo único que escucharon. Hacía mucho calor en aquel mes de Junio. Con la cabeza apoyada en el respaldo, Manuel pensaba cómo se las arreglaría para contar a Pol la verdad, y contra más vueltas le daba, menos le apetecía, sintió envidia de sus compañeros. Aunque pensándolo bien, tampoco Pol les había hecho ningún comentario, cierto que estaba raro, pero podía ser debido a la resaca, o cualquier cosa de las suyas. Animado por estas sugerencias, preguntó a Pol por qué le había despertado la noche anterior. Con la vista perdida en la carretera, le dijo que ya no era el mismo de antes, por primera vez en su vida tenía algo que hacer, y para empezar, ya no se presentaría como Pol, sino por su verdadero nombre: Pablo. No quiso dar más explicaciones, ni Manuel pedírselas.

Al llegar a Burgos aún permaneció Manuel con la puerta abierta sin decidirse a confesar, hasta que Pablo, entendiendo de otra manera la situación, le dijo que no se preocupase, se acordaría de él siempre.

Aún estuvo Manuel un rato viendo cómo se alejaba el coche por la carretera. Como si pudiera oírle le gritó: ¡Qué tengas suerte!.

II

Cuando vio su ciudad natal, Santander, notó cansancio. Poco tardó en llegar a su casa, un barrio residencial cerca de la playa.

Dejó el coche en el garaje seguido por los ladridos alegres de Charlie. En seguida salió Tomás el viejo mayordomo, después apareció Tati, la cocinera, que venía secándose las manos en un delantal.

- ¿Dónde está la familia?.

- La señora ha tenido que ir a una reunión de la Cruz Roja. Tu hermana, ya sabes, hoy es Sábado y está con el novio.

- ¿Miguel?.

- ¡Qué va!, ese ya no...ahora es Andrés, el hijo de los Salcedo, los del banco.

Buscaron a Raquel para que preparase la habitación del señorito, mientras tanto se entretuvo en el jardín, tan lleno de recuerdos para él, aunque esta vez se veían sometidos a juicio. Se vio a sí mismo como un niño estúpido y presuntuoso, que conseguía lo que quería a fuerza de rabietas. De esta manera fue haciendo memoria de lo que había sido su vida, sin duda aquella era la primera vez que miraba hacia su interior, y no se sintió a gusto. Con estas impresiones hacia su persona, fue a instalarse en su habitación, apartó las cortinas para que entrase la luz, y pensó que lo mejor sería echarse a dormir hasta la hora de cenar.

Siempre puntuales, a las diez, su madre entró en su cuarto, le despertó y abrazándole como si aún fuera un niño, aunque tenía veintisiete años, le indicó lo que ya sabía, era la hora de la cena.

Bajaron al salón donde le esperaban su hermana Davinia con el tal Andrés. Se

levantaron para felicitar su vuelta a casa, evitando en lo posible preguntar por sus estudios. Fue su hermana quien le notó diferente.

- ¿Te encuentras bien?, te veo algo raro.

Asintió Pablo con la cabeza, pero al ver la expresión de su madre, añadió que no era nada, sin duda el calor y la pesadez del viaje.

Su padre, como sucedía más a menudo de lo que hubieran deseado, se quedó a cenar con un cliente a fin de cerrar un negocio importante, como todos los que hacía.

Le alegró que la velada acabase sin preguntas, tenía la mente llena de dudas, y esto le producía mal humor.

A la mañana siguiente, tanto su ánimo como su cerebro, se habían despejado. Como hacía un día espléndido pasó unas horas en el jardín, debajo del viejo olmo. Repasó una y otra vez las palabras que Dios se había dignado dirigirle y se sintió feliz. Le dio vueltas al asunto descartando ideas como suponer que hubiese sido una alucinación producto del alcohol. Pensó en hacerse sacerdote, pero algunas cosas del clero no le gustaban, además, no creía que el patrimonio de la verdad lo tuvieran exclusivamente la Iglesia Cristiana. Lo que si estaba claro, es que tenía que hacer algo y pronto. Para empezar, todo aquello que despreciaba de sí mismo, lo iría suprimiendo.

Pensando en estas cosas no se dio cuenta que alguien se acercaba. Sólo cuando les tuvo de frente los reconoció, eran los viejos amigos, se habían enterado de su llegada y venían a saludarle.

No eran el tipo de amistades que gustase a sus padres, y a decir verdad, tampoco le gustaban ahora a él.

Sin darse cuenta se vio en la calle, de allí, siguiendo la línea de playa llegaron a un chiringuito donde esperaban chicas de aspecto radiante, conocidas unas, dignas de conocer, otras. Todos tenían cosas que contarle, la alegría era espontánea, pero lo que más le atraía, era la forma de moverse de una de ellas. Dejó que la efusión del momento se apagase un poco, luego fue ganando terreno con una de las chicas. Alegando que leía las líneas de la mano, tuvo la de Isabel entre las suyas, mientras tanto, se llenaban y vaciaban vasos de vermuth.

Uno de los camareros estaba en esos momentos limpiando los cristales de la puerta, al abrirla, el grupo se vio reflejado, y cuando Pablo miró a los ojos de Isabel, vio detrás de

ésta toda la escena, como si tratara de un cuadro. Molesto y confundido, comprobó que no era tan sencillo desprenderse de una parte de sí mismo. Sólo se le ocurrió mirar el reloj, hizo un ademán de olvido y sin hacer caso a las lamentaciones marchó de allí.

Al llegar a su casa, ya no estaba seguro de nada, la idea de pedir ayuda le vino varias veces a la cabeza, pero no encontraba a quien confiarse. En aquellos momentos apareció su padre, que parecía buscarle, hizo una serie de movimientos conocidos, sobre todo, en la manera de tirar la ceniza del puro, que le pusieron sobreaviso. Empezó por pasarle un brazo por el hombro, luego le dijo que era mucho el trabajo que tenía, que hoy en día no podía fiarse de nadie, necesitaba a alguien que se hiciera cargo de la dirección de compras, etc.

- Lo lamento padre, no voy a darle más excusas, si no he terminado la carrera es por dejadez y miedo a la responsabilidad. Pero esto se acabó.

Quedó su padre mirándole sin dar crédito a lo que acababa de oír, la mirada de su hijo no ofrecía dudas. El rostro de Don Florencio se iluminó, tomó a su hijo por los hombros con fuerza como si se le fuera a escapar, y le llevó hasta el despacho que tenía en la primera planta, una vez allí, como si le estuviera mostrando un tesoro, sacó un libro de cuentas que le mostró con orgullo y señalando con su pluma una cantidad, le dijo: Hijo, esto es lo que hemos ganado el año pasado, espero que el próximo, con tu ayuda, aún sea más.

En la semana que siguió, apenas tuvo tiempo para leer los libros que había comprado, tanto su madre, como su hermana, parecían dispuestas a encontrarle la mujer adecuada. En solo siete días le habían presentado cinco, dos de ellas del tipo que tanto le gustaban a Pol; qué irónica que podía ser la vida.

Considerando todo este tiempo como perdido, se acordó de un profesor de religión que tuvo cuando era niño.

No le costó trabajo encontrarle, enseñaba en el mismo colegio. Cuando le tuvo delante le faltaron las palabras, y mientras le venían ideas a la cabeza, se presentó como un antiguo alumno que al pasar por allí quiso saludar al viejo profesor de religión. Se sintió tan ridículo con lo que acababa de decir, que decidió marcharse, entonces el otro le retuvo, había presentido algo en las palabras de Pablo. Sin dar vueltas, le soltó de una su deseo de encontrar a Dios.

El viejo profesor, dándole unas palmaditas en la espalda, le dijo algo sobre vocación tardía, luego le indicó lo que debía hacer para ingresar en el seminario.

- ¿Es que no hay otra manera de llegar hasta Dios?.

- Cualquier vía es buena. Ayuda a tus semejantes.

- Pero yo lo que quiero es conocer la verdad, saber qué es Dios, qué es el espíritu, comprender el sentido de tantas cosas, ¿me comprende?.

Ahora el Padre adoptó una actitud severa.

- Lo que me parece es que llevas mucha prisa, además quieres saber cosas que.....quizás no sean comprensibles para los humanos.

- Lo que necesito saber es cómo empezar, dónde buscar.

Ahora el Padre se le acercó, le miró fijamente y le dijo: Por ti mismo.

De vuelta a casa pensó que no le había dicho nada nuevo, aunque ahora estaba decidido a ponerlo en práctica.

A la mañana siguiente y a petición de su padre, fue a conocer la nueva fábrica, la que él pasaría a dirigir en el momento de acabar la carrera.

Muy cordial, el Director, el jefe de personal y otros, les acompañaron por toda la instalación, comentando los pormenores de las máquinas de enlatar, las unidades que se producían por hora, los beneficios que así se obtenían, y mil cosas más que Pablo no escuchaba. Esta vez le interesaban más esas siluetas de antaño, que ahora miraba como personas. De vez en cuando Pablo se acercaba por su voluntad a observar una de esas máquinas que tanto dinero y orgullo le habían dado a su padre, lo hacía porque sabía que esto le gustaba. En una de estas ocasiones, una de las chicas se puso nerviosa, y no atinó a empaquetar una de las conservas, miró hacia Pablo, pero éste ya se había vuelto.

Continuaron por las instalaciones sin el jefe de personal, que se había quedado atrás conversando con el jefe de sección, en esos momento miraban a la chica.

Ya se marchaban cuando Pablo se percató que el puesto de la joven estaba vacío. En la primera planta y a través de los cristales del despacho de personal, la vio asustada, mientras del otro lado del escritorio, su jefe movía papeles. Se acercó Pablo a la compañera y le preguntó si la chica tenía algún hermano, y de qué edad, luego subió al despacho y dijo a la chica que saludase a su hermano de su parte. De allí marchó a la fábrica más antigua, donde tenía el despacho su padre. Por el camino se le ocurrió preguntar cuánto ganaba el personal de la planta baja. Demasiado, le respondió.

En los días siguientes se dedicó a pasear por la playa, también le gustaba leer en el jardín. Su familia que ya había advertido el cambio, no sabía cómo tomárselo. La sorpresa de su madre aumentó cuando le preguntó por la dirección del curandero que hacía años la había liberado de un tumor que ya habían desahuciado los médicos. Se había acordado de este hombre por un comentario, y aunque en su momento no llegó a entenderlo, no por eso dejó de sorprenderle. Aquel curandero decía que la mayoría de las enfermedades no eran un regalo fatal del destino, sino culpa de las acciones humanas.

En una casa vieja en el barrio más pobre de la ciudad, vivía este hombre, allí las construcciones se hacían como si el aire y el suelo costasen demasiado. A la puerta ya había gente esperando. El aspecto de Pablo llamó la atención, debió prever una cosa así.

Mientras esperaba vio que uno de los que allí había tenía los dedos de una mano paralizados, éstos eran gruesos, con uñas amarillentas y rotas. Tenía seis hijos y otro a punto, su mujer ayudaba fregando, pero aún así pasaban todo tipo de privaciones..

Pasó una hora hasta que llegó su turno. La idea que se había hecho del curandero, sólo coincidía con su expresión, profunda e inteligente, por lo demás, no esperaba encontrarse con un hombre de aspecto distinguido y elegante, aunque sus ropas fueran vulgares.

En pocas palabras le explicó por qué estaba allí, y lo que deseaba. Aquello debió parecerle interesante, así que aceptó. De todas formas no podía atenderle en ese momento, debía dejar pasar unos días. No cruzaron más palabras, y Pablo salió de allí con la duda de si se había hecho comprender.

Los días que siguieron los pasó Pablo leyendo y meditando. En una de estas ocasiones, desde el jardín, vio planeando sobre la playa un ave rapaz, al poco, volando más bajo apareció otra ave. La rapaz se dejó caer plegando sus alas, sacó sus garras y atrapó a su víctima, la cual no cesaba de gritar. Pudo oír muy bien estos lamentos cuando el depredador pasó volando sobre su casa. En ese momento le dio ganas de tomar la escopeta y abatirla, pero se acordó que también ellos, la distinguida raza humana, hacían lo mismo. De repente se le vino encima eso que llaman equilibrio de la naturaleza, donde el más grande, aprovechándose se come al más pequeño. Le pareció increíble que una cosa así la hubiera creado Dios. Se preguntó si tendrían los animales alma. Curiosa

forma de vivir era esta, que se sustentaba en la muerte de otros.

A la hora convenida, las nueve de la noche, llegó Pablo. Se encontró aún a gente esperando. Cuando el curandero le vio llegar, de la manera más fría se despidió de los que quedaban. Cerró la puerta con llave y mientras indicaba al visitante un sitio para sentarse, sacó de uno de los muebles una botella de coñac, e invitó con un gesto a Pablo, éste no aceptó.

Guzmán apuró la copa de un solo trago, se sentó, respiró con fuerza y le dijo que preguntase lo que quisiera, hacía tiempo que no se encontraba con personas tan raras. Viendo la expresión de Pablo, añadió que no era normal en una persona de su edad y posición, buscar ese tipo de cosas.

- Reconozco que he empezado tarde a preguntarme sobre temas tan vitales. El mundo que me parecía conocido, ahora me resulta enigmático. ¿Por qué nos matamos los unos a los otros?, ¿qué es la muerte?, y si existe el espíritu, ¿dónde está?, si Dios nos ha creado, ¿cómo podemos tener un alma inmortal?.

- Esas preguntas no son fáciles de responder, pero no por ello las he olvidado.

- Yo creí que usted, aquí, con su trabajo y ese Don que tiene, sabría explicarme algo.

- Hace diez años estaba casado, soy ingeniero industrial, mi vida y mi profesión transcurrían plácidamente. Una tarde, cuando volvía a casa, una vecina me dijo que María, así se llamaba mi mujer, mientras tendía se escurrió en el suelo recién lavado, cayendo desde un tercer piso y muriendo en el acto. Toda mi vida se rompió, el mundo se presentaba ante mis ojos, efímero y ridículo. Había querido tanto a una persona, que ahora, sin más, desaparecía. Esto me empujó a la bebida, perdí el trabajo y fui degradándome hasta terminar durmiendo bajo el muelle, en compañía de las ratas. Pasó el tiempo, y más por casualidad que otra cosa, curé a otro compañero de desgracias frotándole con las manos. De esta manera corrió la voz, y más por ganar dinero, - entonces no creía que pudiese curar-, terminé consiguiendo esta fama. Pensarás que habría sido más fácil volver a mi profesión, no lo hice por miedo a los recuerdos. A partir de entonces, siempre he buscado la razón, si la había, del sufrimiento, y lo que sí puedo decirte, es que muchas de las causas que se definen como castigos, no lo son, sino el resultado de una manera impropia de actuar. ¿Lo comprendes?. Si una persona monta en coche y se lanza a toda velocidad, el accidente que le sobreviene, no es ni

castigo, ni mala suerte.

- Pero un niño que nace enfermo, o usted mismo con la muerte de su esposa, ¿cómo podemos achacar esto al mal proceder de las personas?.

- ¿Has oído hablar de la reencarnación?.

- Sí, pero no hay pruebas substanciales que la demuestren.

- Cierto, pero, y escucha bien esto. Creo que la mejor manera de acercarnos a la verdad, es a través de la lógica. Si ahora suelto de mi mano este bolígrafo, caerá al suelo, pensar lo contrario sería ilógico. Sin embargo, es imposible para el ser humano viajar fuera de nuestro Sistema Solar, pero no es ilógico pensar que se pueda conseguir en el futuro.

- Sí, estoy de acuerdo con lo dicho, pero no se ciñe a la cuestión que tratamos.

- Si lo hace sí, piensa que si creemos en la existencia de Dios, tenemos lógicamente que aceptar la reencarnación. Según dicen las Escrituras Sagradas, venimos aquí para aprender. Entonces un niño nacido en una familia digna, no va a reaccionar ante la vida, como lo haría otro sumido en la pobreza, con un padre alcohólico y una madre prostituta. ¿Dónde está la igualdad?. Sin embargo, en vidas sucesivas las personas pueden experimentar en ambientes distintos, unas veces por decisión propia, otras como pago a las buenas o malas acciones.

- Quieres decir que podemos pagar nuestros errores en otra vida.

- Es una posibilidad. Lo que sí puedo asegurar, es que en los diez años que llevo curando a las personas, ni uno sólo ha tenido el valor de preguntarse si acaso su desgracia no obedece a su mal proceder.

- No sé qué pensar.

- Mira, sólo te pido una cosa, si de verdad buscas respuestas, no te quedes con las que justifican el mundo, se valiente y acepta lo que venga.

Después de esto hablaron de otras cosas, ambos querían conocerse mejor.

Al llegar a la plaza de San Ignacio, siguió calle abajo, hasta que al doblar por una de sus esquinas apareció la vieja Abadía. De la última vez que la vio, el año pasado, lo que quedaba de la cúpula ya se había caído. Su jardín y la verja herrumbrosa, le confería un aire fantasmal que excitaba la imaginación de los que vivían cerca, y no era de extrañar, ya que algunos búhos habían hecho sus nidos en el interior, y cuando el eco devolvía su grito, parecía el lamento de una alma en pena.

De allí fue a la playa, se quedó mirando al cielo mientras sentía la brisa marina en todo

su cuerpo. Pensó que había cosas hermosas en la naturaleza, sólo había que estar dispuesto para verlas. Nació allí hacía veintisiete años y esta era la primera vez que reconocía su belleza.

Cuando llegó a su casa, ya se habían acostado todos. Le pareció interesante dormir en la hamaca que tenía en el jardín. De momento se encontró muy bien, luego, los mil ruidos propios de la noche, se dejaron sentir en su ánimo.

Hacía sólo un rato que se había dormido cuando sintió algo con muchas patas pasarle por la cara. Olvidando el jardín, recibió su habitación como se merecía.

III

- Claro que lo he pensado.

- Es que me parece tan raro, qué quieres que te diga, no te veo con hábito rezando plegarias a Dios. Le respondió su madre.

- Sólo voy a estar el tiempo justo para aclarar mis ideas.

- Ya sabes lo que opino, deberías casarte, que ya tienes años, así entraría algo de sensatez en tu vida.

Como era de esperar, su madre buscó el mejor momento para contar a su marido lo que pensaba hacer su hijo, y esto sucedió aquella misma noche, a solas en el dormitorio.

A las tres de la madrugada su padre se levanto, estuvo paseando un rato por el jardín, luego se metió en su despacho.

A la mañana siguiente, un día soleado y claro, la sensación de culpabilidad que arrastraba desde la noche anterior, se suavizó.

Tomó la pequeña lancha y se dirigió al islote. Por el camino se encontró con chalupas que salían a pescar, a algunos les conocía, trabajaban para su padre.

El pequeño islote al que Pablo y sus amigos habían bautizado como Cabirira, no tendría de largo más de cincuenta metros por veinte de ancho, crecía alguna vegetación y un picacho en su centro le daba cierto atractivo. Dejó la motora en tierra y se quitó los zapatos para sentir la arena en los pies. Un cangrejo salió corriendo hacia el mar, mientras una gaviota, curiosa dio varias vueltas sobre su cabeza. Fue a sentarse en el lado sombreado, que a esas horas le permitía una vista mar adentro. Así estaba cuando

oyó el ruido de una embarcación que se iba acercando. Se levantó y comprobó que eran los amigos de la vez anterior.

El alboroto con el que desembarcaron le molestó

- Te hemos visto y nos hemos dicho, vamos a ver que le pasa a Pol, de allí no podrá salir corriendo como la vez anterior. Ahora sin bromas, -le tendió una lata de cerveza-. Si te has metido en algún lío puedes contar con nosotros.

Todos asintieron.

En aquellos momentos no le parecieron tan perjudiciales, si bien era cierto, que aún siendo todos de buenas familias, su forma de gastar el tiempo y el dinero no eran muy prometedoras, reconoció que él aún había sido peor.

Estuvieron allí un par de horas conversando de todo un poco, aunque lo que más les intrigaba era la obstinación de Pablo en no contarles a qué se debía su extraña actitud. Ya le habían visto paseando a solas por la playa.

Aquella visita que en principio le pareció inoportuna, terminó agradándole, por darse cuenta que las cosas que a ellos les gustaban, ahora para él le eran indiferentes. Hubo algunas ocasiones en las que estuvo a punto de contarles la verdad, pero se cohibió al imaginar a todos aquellos comentando por ahí: Pol se hace fraile.

Durante la cena sus padres estuvieron callados, evitando en lo posible encontrarse con la mirada de Pablo. Davinia, que no entendía aquella situación, miraba a su hermano, como si pudiera de un simple vistazo adivinar lo que estaba pasando.

Antes de acostarse salió al jardín, momento que aprovechó su hermana para preguntarle.

- ¿Qué les pasa?. No les he visto tan preocupados desde aquella vez que sin carnet cogiste el coche y fuiste a chocar con un vehículo de la guardia civil.

En pocas palabras le contó Pablo lo que había pasado.

Davinia se llevó una mano a la boca y sin poder aguantar más se puso a reír, y lo hacía con tal gana, que si en un principio molestó a Pablo, luego le contagió. Pasadas estas emociones su hermana volvió a preguntarle si era cierto.

- No te enfades, quiero lo mejor para ti, pero disculpa, no te veo con hábito y la cabeza rapada. ¿Te vas a olvidar tan fácilmente de tus amigas?.

- Como todos, estas dando por hecho que me voy a quedar a vivir en el convento, y lo

que pretendo es pasar una temporada.

- Pero, ¿qué mosca te ha picado?. Seguro que alguno de tus amigos de la Universidad te ha convencido.

No quiso dar detalles de lo que en verdad le había sucedido, desviando la conversación lo mejor que pudo.

Dos días antes de su marcha coincidió con la fiesta anual que daba su padre a los clientes, proveedores y directivos de la propia empresa. En aquellas fiestas se cerraban tratos millonarios, que no solían hacerse en la tranquilidad de los despachos.

Mientras la servidumbre se afanaba en la cocina y preparaban el comedor, Davinia fue al encuentro de Pablo.

- ¿Sabes que a la fiesta van a venir Andrés y sus padres?.

- No, no lo sabía.

Conocía bien a su hermana, sabía que tenía algo dentro que no se atrevía a contar.

- ¿Qué te preocupa?.

- Ya sabes como es la gente, no comprende algunas cosas.

- No te preocupes, no diré nada.

Satisfecha volvió al comedor donde la aguardaban nerviosos sus padres, les guiñó un ojo y pudieron al fin respirar.

Durante la cena se hicieron los brindis acostumbrados, después, cada cual se unió a un grupo, había más de cincuenta personas. La mayoría fue a parar al jardín, donde corría el fresco.

Se podía saber con sólo observar, qué corrillo hablaba de política y cual de mujeres. Los primeros solían estar en los sitios más oscuros, y en vez de hablar, susurraban. Estos no caían bien al padre de Pablo y si les invitaba, era "por si acaso". Los que conversaban sobre dinero, levantaban y bajaban muchas veces el brazo en señal de autoridad, solían fumar puros habanos, y después del rito de olerlos los ajustaban como a rosca en la boca, curiosamente nunca bebían dos veces en el mismo borde del vaso. A la luz de los faroles brillaba la opulencia, en forma de anillos, pulseras y collares. Por su parte, los que hablaban de viajes y mujeres, no adoptaban una postura tan rígida, solían llevar el cabello peinado hacia atrás y la mayoría se había dejado bigote. A estos últimos Pablo

los conocía mejor, y fue con los que pasó más tiempo, creando así una situación de normalidad que agradecieron sus padres. Todos brindaron por lo bien que les iba aquellos años de mil novecientos setenta.

A última hora, cuando ya los ánimos decaían, Don Carlos, padre del novio de su hermana y poderoso banquero, fue a sentarse junto a él.

- Son agradables estas fiestas, nos mantienen unidos, y eso es muy importante. Tu padre entiende muy bien esto. ¡Ah!, nos vamos haciendo viejos. Y los que nos siguen, con esas ideas nuevas, no sé. Bueno, que tu eres joven, y no quiero que pienses que soy un vejstorio de esos.

Hizo una pausa y luego continuó.

- Tengo entendido que has tenido problemas con alguna asignatura. En estos tiempos te obligan a estudiar cosas en la Universidad que no te van a servir luego para nada. Si vieras con qué ilusión espera tu padre que le ayudes. Hoy día no se puede confiar en nadie.

A partir de ahí hizo un recuento de lo que fue su vida, subrayando las dificultades que tuvo que vencer para llegar a donde había llegado. Le habló de lo necesario que era en un mundo civilizado los Bancos, sus servicios indispensables, sin los cuales, el dinero no sería lo mismo, ni mucha gente habría sobrevivido a los años de crisis, además de las ayudas prestadas a intelectuales y artistas.

Tras esta disertación, Pablo le indicó que en realidad el nombre de Banco, no les hacía justicia, lo ideal sería definirlos como auténticos Montes de Piedad. Al oír esto, el banquero se rió, pero tardó poco en ponerse serio, sacó un puro y preguntó mirando al cenicero vacío, si tenía fuego. Hizo una seña Pablo a la muchacha que quitaba el servicio, pero ya a Don Carlos las ganas de fumar le habían hecho dirigirse a otra parte.

Aquella mañana se levantó tarde, vio que el Sol ya estaba muy alto y se le ocurrió que por ser su último día, debía dar un paseo en bicicleta, si aún la conservaban.

Oculto entre alfombras viejas que guardaba su madre, y que nadie sabía bien por qué, la encontró, hinchó las ruedas, vio que no perdían aire, luego la adaptó a su altura. Cuando los sirvientes le vieron haciendo "eses", uno de ellos se santiguó.

Poco tardó en dominarla, dirigiéndose por la vieja carretera que circundaba la playa. Por el camino se iba encontrando con conocidos, uno de éstos le preguntó si había cambiado

el deportivo por el deporte. Las miradas de la gente le hicieron sentirse mal, mantuvo una pelea con sigo mismo, entre lo que le gustaba hacer, y lo que su posición social le obligaba. Haciendo que se impusiera su voluntad, siguió pedaleando hasta divisar un chiringuito y se le antojó tomar una cerveza. Al entrar se encontró con uno de los amigos que estuvieron con él en la pequeña Cabiria. Se contaron varias cosas, y en tono confidencial su amigo le dijo que estaba comprometido e iba a casarse. Los tiempos de juerga y buena vida a costa del dinero de la familia, ya habían pasado, abriría una consulta médica y haría la competencia a su padre. Como ya era tarde decidieron quedarse allí a comer. Mientras hablaban, Pablo miraba de vez en cuando al mar, esto hizo que su amigo le dijera que no parecía una persona nacida en la costa, -según él-, la gente de mar, cuando pensaba lo hacía mirando tierra a dentro. La sinceridad con la que su amigo le había hablado, le impulsó a contarle la razón de su cambio. El temor de que se lo tomase a broma, se le quitó de inmediato, su amigo no sólo vio algo importante, también le recordó un antiguo compañero de colegio, Eusebio, gamberro como el que más, ahora era sacerdote.

Después de comer y a la puerta del chiringuito, se despidieron como buenos amigos.

Antes de cenar y según preparaba la maleta, entraron en la habitación su madre y hermana.

- Supongo que no servirá de nada pedirte que te quedes. Dijo su madre.

Dejó Pablo que el silencio respondiera por él.

- Déjale mama, que tampoco es tan grave, sólo va a pasar unos días.

- Tienes a tu padre muy enfadado, se había hecho idea de que serías su mano derecha.

No podemos entender un cambio así, ¿qué te ha pasado?, ¿has hecho algo malo?.

- Muchas cosas madre, por eso quiero estar un tiempo en la tranquilidad del convento, a ver si así encuentro el camino a seguir.

- ¿Entonces este año no volverás a la Universidad?.

- Aún faltan dos meses, cuando el día llegue, espero saber qué hacer. Despideme de papá

- ¿Tan temprano te vas?.

- Allí madrugan mucho.

Se abrazaron los tres.

Aquella noche aún tardó en dormirse, mirando a través de la ventana podía ver a un lado el mar, al otro el paseo, a esas horas solitario. El rumor de las olas se unía a otros muchos, que de ordinario pasan desapercibidos, como la carcoma de algún mueble, el chirrido de alguna bisagra, el rumor de las hojas de los árboles, el maullido de un gato y muchos más, siempre tímidos, como si no se atrevieran a salir de día.

A las seis y media de la mañana veía por el retrovisor de su coche las últimas casas de la ciudad. Era extraño, aunque muchas veces se había ausentado, esta vez le pareció distinto, había algo más que no acababa de entender.

Los doscientos kilómetros que le separaban del convento los pasó recordando lo que le había sucedido. Pensó en las palabras de Guzmán, el curandero, también recordó con dolor las esperanzas que su padre había puesto en él, a su madre y toda la familia. Todo le parecía en esos momentos extraño y distante. Se vio a sí mismo como observador y actor al mismo tiempo, sintiendo vergüenza por ir montado en una bicicleta, huir de unos amigos a los que quería hacer responsables de su antigua vida. Y qué pensar de la postura esquiva y antipática, aún así siguieron teniéndole por amigo. Pero lo que más le dolía, fue reconocer que hasta ahora, había vivido de un dinero que no había ganado. Qué fácil era ver los defectos en los demás y olvidar los propios. No pudo por menos que recordar las palabras del profesor de religión: la búsqueda empieza dentro de uno mismo.

IV

El primer día le dejaron acomodarse, hacerse al sitio, como solían decir. Le dieron una habitación cuyas paredes eran los muros, tenía una pequeña cama de madera toscamente labrada, que junto al armario y un cuadro de la Virgen sobre la cabecera, era todo el mobiliario.

A la hora de comer, que se hacía invariablemente a las dos de la tarde, conoció a otros que estaban allí como él. Eran seis jóvenes seminaristas, dos matrimonios, uno de cincuenta y otro de sesenta años y un pintor famoso. Menos los seminaristas, los demás ya se conocían, solían ir allí en la época estival.

Por la tarde bajó al patio que habían convertido los Hermanos en jardín o algo parecido. Al contemplar bajo uno de los arcos el conjunto de hombres trabajando, silenciosos, entre esa variedad de olores y colores, sintió un no sé qué, que le agradó mucho.

El segundo día fray Ricardo, el monje guía que le habían asignado, le mostró la mayor parte del Monasterio. Era muy grande, así que les llevó toda la mañana. Además de sus habitaciones célebres, donde habían dormido grandes personajes, tenían en el sótano, el cementerio. Las celdas de los frailes eran la mitad de la habitación de Pablo. En la primera planta había una enorme biblioteca, con algunos manuscritos de más de quinientos años. El campanario tenía su propia historia, ya que las dos campanas habían sido hechas con el bronce fundido de los cañones del pirata Flint. Por lo demás, había salas espaciosas en las que se podían contemplar cuadros de gran valor, sobre todo, los que adornaban la capilla.

Serían las seis de la mañana cuando unos golpes le sacaron de lo mejor del sueño, era fray Ricardo. Después de hacer la cama tuvo que atravesar todo el pasillo hasta llegar al aseo. Cuando bajó, el desayuno ya estaba puesto. Aunque la mesa era sobradamente grande, Don Fermín, el más viejo de los huéspedes, le hizo ademán para que se sentase a su lado. Le contó que sufría de gota, y que allí, uno de los frailes entendido en botánica, le hacía unas cataplasmas que le aliviaban mucho. En tono confidencial le dijo que los Hermanos conocían muchas formas de curar, aunque sus recetas no se las diesen a nadie que no perteneciera a la Orden. Pablo tuvo que utilizar la paciencia, hasta que por fin, dos horas después logró desprenderse de Don Fermín.

Frente a la puerta de entrada, estaba el mirador, el Monasterio se encontraba en lo alto de una colina. Desde allí se veía el pueblo, todo él rodeado de grandes superficies de vides y viñedos. Mirando más hacia el Norte, algunos olmos iban bordeando la pequeña corriente de un río.

De vuelta al Monasterio se encontró al Pintor intentando hacer una perspectiva del Monasterio. No quiso Pablo molestar, así que saludó y siguió su camino, sin embargo, una exclamación le hizo detenerse.

- ¡Está en el aire!, pero no consigo trasladarlo al lienzo.

Era cierto, había algo en aquella perspectiva que incluía parte del mirador, que no se podía explicar..

- Es cierto, yo también lo noto, dijo Pablo.

Así iniciaron una pequeña conversación. Según el artista, cada paisaje, cada rincón, tenía su duende particular, aunque solía cambiar de dominio de la mañana a la tarde. Pablo le indicó si no sería aquello la distinta proyección de la luz a unos horas u otras. Al oírle, el artista se puso serio, le dijo que conocía muy bien todas esas técnicas, pero no era eso lo que él percibía, sino lo que flota en el ambiente, dando carácter a un lugar en particular. Repitió que un rincón como aquel, aunque fuese igual físicamente a cualquier otro, no tendría el mismo aura.

Le preguntó Pablo de dónde venía ese algo, y la respuesta fue: De la vida.

Como no tenía nada que hacer, fue a la biblioteca, allí pasó las horas hasta el atardecer. Los Hermanos trabajaban de Sol a Sol, sin prisas, pero sin pausas y de acuerdo a su naturaleza y edad. Tenían un taller donde hacían figuras sacras en madera. Esto no les producía muchos ingresos, aunque sumando el hospedaje, y teniendo en cuenta que la huerta que tenían a espaldas del Monasterio era casi suficiente para cubrir las necesidades alimenticias de todos, lo poco que les sobraba lo destinaban al mantenimiento del edificio. A cualquier hora se les podía ver limpiando, haciendo reparaciones, elaborando su propia medicina y mil cosas más.

A la hora de la cena, las nueve, los Hermanos se encontraban más alegres, habían terminado la jornada, el resto lo dedicaría cada uno a su gusto. En esta ocasión el Prior se quedó con los huéspedes dialogando sobre una consulta hecha por uno de los seminaristas.

La responsable de esta controversia era la Fe. Según este futuro sacerdote, el problema del ateísmo no se solucionaba pidiendo a las personas que tuvieran Fe, sobre todo, si estas personas habían nacido en un ambiente hostil. El Prior estaba de acuerdo, pero como no había manera de demostrar en laboratorio la existencia del espíritu, la única manera, -según él-, consistía en tener la inclinación necesaria para buscar otro sentido a la vida, más profundo, más íntimo.

La conversación quedó al final en punto muerto, no era fácil saber si las circunstancias de la vida, inclinaban al hombre a pensar en su interior, o si era éste el que modificaba esas circunstancias.

A la semana de estar allí, sintió la necesidad de imitar a los Hermanos. Encontró a fray

Bernardo, que era el Prior, en la biblioteca, allí reparaba las tapas de un libro muy viejo. En pocas palabras le explicó Pablo cual era su deseo. El Prior no puso ninguna objeción, mandándole con el hermano Julián.

Le encontró en el jardín, y cuando le expuso la situación, éste se le quedó mirando de cuerpo entero, como haría un sastre, después le preguntó si sabía algo de botánica. Tuvo que reconocer que no. Entonces se enteró que el jardín estaba dividido en dos partes, una dedicada a la ornamentación, y la otra, a plantas medicinales. Fue fácil suponer que zona le correspondió a Pablo.

Fue cortando las hojas secas o enfermas de la extensa variedad de plantas que allí había, y al atardecer se encargó de regar. Esta tarea atrajo la atención de Julián, que a pocos metros le observaba entre curioso y divertido. No fueron muchas horas las que estuvo trabajando, lo más importante lo hacían los demás, de todas formas, ir de planta en planta bajo aquel Sol de Julio, fue suficiente para que aquella noche durmiera de un tirón.

Al día siguiente observó en aquel hermano pequeño e inquieto, que era Julián, con qué cuidado trataba las plantas.

En la otra parte del jardín trabajaba sólo un hermano, fray Lucio, hombre ya mayor, de unos sesenta años, calvo y algo grueso, que agradecía la ayuda de Pablo. Este fraile le enseñó a polinizar las flores, para ello se valía de un pincel y un jarrito de agua. Cuando lo mojaba lo pasaba por los estambres de una flor masculina y luego los depositaba con todo cuidado en otra femenina. Comprobó Pablo que aquello no era tan fácil, había que fijarse mucho en las formas de cada una.

Al finalizar la tarde, como el día anterior, se puso a regar, fue entonces que fray Julián se le acercó, le quitó la manguera de las manos y le dio una lección práctica, explicándole por qué no era conveniente regar el tallo de algunas plantas, que por tener raíces cortas, el agua podría soltarlas. Tampoco debía regar los capullos recién abiertos, el agua quedaba en su interior, y al otro día, con el Sol, la flor se quemaba.

Mientras se lavaba coincidió en el aseo con el hermano Lucio, que había presenciado la lección..

- Le has caído bien.

- Supongo que entenderá mucho de plantas.

- Es médico y además un buen botánico, él prepara los remedios para la gota de Don

Fermín. Si te gusta esto de las plantas, nadie mejor que él para enseñarte, yo creo que hasta habla con ellas.

Cuando salieron del aseo, Pablo siguió contando cosas a fray Lucio, que le correspondía con una sonrisa, así comprendió que los Hermanos sólo hablaban si había algo interesante que decir.

A la hora de la cena, encontró a los otros huéspedes un poco distantes, aunque no le dio importancia.

Antes de acostarse le gustaba mirar por la ventana, veía el cielo oscuro lleno de estrellas, y le llegaba el aroma del jardín, que no percibía durante el día. Allí las noches eran distintas, el silencio podía oírse, y en las ocasiones que hacía viento, los sonidos semejaban una extraña sinfonía, formada por la polea del pozo, alguna teja suelta, los faroles de la fachada principal, y la misma arquitectura del Monasterio donde rozaba el aire.

El tiempo comenzó a ir deprisa para Pablo, que entre su trabajo en el jardín, y las horas que pasaba en la biblioteca, apenas le sobraba tiempo. Aquella mañana de Domingo se presentó lluviosa, lo que hizo más agradable el recogimiento de monjes y huéspedes en el refectorio donde cantaba el coro. La manera en que podían disponerse las voces humanas, y una vez entrenadas dirigirlas, resultaba maravilloso. Pensó Pablo que los coros eran los mejores instrumentos musicales. Lo que más le extrañó, es que el lugar estuviese lleno de plantas.

Al día siguiente se encontró con Julián en el jardín, su curiosidad del día anterior le hizo preguntar por la presencia de plantas en el refectorio. Parece ser que este Hermano había constatado que determinada música favorecía el crecimiento de la mayoría de las plantas, así, las que veía un poco débiles o enfermizas, las trasladaba cuando sabía que iba a cantar el coro. A partir de aquel día, comenzó Pablo a observar el mundo vegetal con otros ojos, incluso cuando las podaba, pensaba si le dolería.

Después de cenar, y como venía siendo costumbre, surgió un tema de conversación. En esta ocasión fue Pablo, que motivado por su experiencia con las plantas, lanzó la idea de si éstas podían sentir dolor.

Los asistentes no entendieron la pregunta, así que la formuló de otra manera.

- ¿Ha creado Dios la naturaleza?, y si lo ha hecho, ¿cómo es ésta tan cruel?.

Aquella duda suya creó en los presentes gran agitación. El Prior no pudo disimular su desagrado, los dos matrimonios le secundaron, mientras los seminaristas le observaban como si aquello fuese elemental. Olvidándose de la gota, Don Fermín dijo que la naturaleza la había creado Dios, por lo tanto era inmaculada, y subrayó que pensar lo contrario sería una herejía.

- ¿Qué pasa entonces con el sufrimiento?, añadió Pablo.

- No sabemos si los animales sufren, respondió Don Fermín.

Uno de los seminaristas tomó la palabra.

- Creo que esto es muy sencillo, si algunas especies no se alimentasen de otras, su crecimiento demográfico sería tan tremendo, que se produciría un desequilibrio.

- Estoy de acuerdo, pero esa explicación no justifica el dolor, el miedo constante a ser devorado.

Sólo entonces habló el Pintor.

- Creo que esta cometiendo un error al asociar sentimientos humanos a los animales.

Fue una buena respuesta, y todos parecían satisfechos menos Pablo

- Seguro que alguna vez han estado en el campo descansando, y sin embargo, apenas han podido oír a unos pocos animales, aunque sean miles, permanecen ocultos sin hacer el mínimo ruido, ¿por qué?.

A partir de ese momento cada cual dio su opinión, aunque ninguna de ellas esclarecía el tener que matar para vivir.

Ya se retiraban cuando coincidió en la escalera con el Pintor, cruzaron unas palabras, y casi sin querer, le preguntó Pablo si sabía por qué desde hacía unos días los demás huéspedes le daban un trato tan frío.

- ¿Es que aún no se ha dado cuenta?. Es usted un hombre peligroso, da ejemplo y hace preguntas inteligentes.

Aquella noche estuvo despierto hasta las tres de la mañana. Con todas aquellas experiencias se había olvidado de su realidad, aún seguía viviendo del dinero de otro, aunque ese otro fuese su padre. La vida de los Hermanos le pareció un buen camino, y con esta idea se durmió.

A primera hora fue a comunicarle su decisión al Prior. En un rincón al fondo de la espaciosa biblioteca, luchaba por sujetar unas tapas y coserlas a la vez. Sintió Pablo su

propio corazón, se estaba poniendo nervioso. Cuando lo tuvo de frente, estudió sus facciones intentando adivinar su estado de ánimo, no era bueno.

- Qué suerte, alguien que viene a echarme una mano

Le ayudó Pablo hasta que hubo terminado la tarea, después le comunicó su deseo. La expresión del Prior no le pareció favorable.

- ¿Lo ha pensado usted bien?. Tenga en cuenta que la visión de la Hermandad desde la posición de huésped, no es lo que parece.

- Lo sé, he estado trabajando con ustedes.

- Este no es asunto para hablarlo aquí, pásese por la capilla a las seis de la tarde y lo comentaremos con más tranquilidad.

Hasta la hora convenida Pablo buscó entretenerse. En el jardín fray Lucio le enseñó cómo reconocer una planta enferma, aunque esta vez Pablo tenía la mente en otro asunto.

Poco antes de la comida se encontraba Pablo en el mirador, allí se dirigió uno de los seminaristas. Por su actitud no fue difícil suponer que venía buscando algo.

- ¿Tiene usted costumbre de hacerse preguntas como la de la noche anterior?.

- De vez en cuando.

- ¿Es que no tiene usted Fe?.

- La tengo, pero no veo que ello sea un impedimento.

- Quien dice que lo sea. Si tiene Fe, ¿por qué tiene dudas?.

- No le comprendo, quiere decir que con Fe desaparecen las dudas.

- ¿No lo cree usted así?.

- No, pienso que las dudas sólo desaparecen con el conocimiento.

- Pero es que la Fe, en sí misma lleva el conocimiento.

- ¿También de la ciencia?, ¿la medicina?, ¿el arte?.

- No estamos hablando de eso, me refiero y usted lo sabe, al mundo espiritual.

- Entonces usted piensa que teniendo Fe se adquiere el conocimiento.

- ¡Por supuesto!. Lo dicen los Apóstoles.

- Yo no he leído tantos libros Sagrados como usted, pero si piensa que con solo creer ya tiene uno ganado el Cielo, está muy equivocado.

- Entonces en qué quedamos, ¿tiene o no tiene usted Fe?.

- Precisamente por que la tengo, hay dudas en mí. ¿Es que usted no tiene dudas?.

- No hay que ser tan extremista, algunas dudas tengo, sí, pero....

Así se prolongó un rato más la conversación, hasta que fueron avisados para asistir al comedor.

Llegó Pablo a la capilla unos minutos antes, aprovechando para rezar. Al poco oyó los pasos de uno de los Hermanos. Le comunicó que el Prior había tenido que ausentarse. Hacía tiempo que quería ir a un pequeño río que veía desde su ventana, el momento aquel, le pareció el más oportuno.

Cuando llegó, le sorprendió el silencio que allí había. Era un afluyente con poco cauce en esa época del año, pero, allí por donde pasaba surgía la vida. Viejos y grandes olmos crecían en sus márgenes, dando sombra a las zarzas y avellanos silvestres. Sentado sobre una piedra pensó lo importante que era para él ser admitido, sentía que aquel era su camino.

Poco a poco el silencioso lugar comenzó a despertar, primero unas aves haciendo vuelos cortos, después la chicharra, con su monótona serenata, algo que chapoteaba en el agua, y por fin, el canto de los pájaros. La sensación de paz era allí tan grande, que se quedó dormido.

Ya se escondía el Sol tras las montañas cuando despertó, se sintió más ligero, de mejor humor. Con tranquilidad se encaminó hacia el Monasterio. A la entrada coincidió con el Prior, que se disculpó citándole para el día siguiente.

A primeras horas de la mañana salieron fray Julián, fray Cosme, y Pablo en dirección a un bosque vecino, iban a coger plantas de propiedades curativas. Julián parecía no cansarse nunca, con su mochila a la espalda y unas sandalias viejas, siempre iba en cabeza. Estuvieron marchando hasta cubrir unos cinco kilómetros, todo cuesta arriba. Al final de unos riscos de difícil acceso, llegaron a un bosque pintoresco, más parecido a un cuento de hadas. Observaron con detenimiento las plantas que allí veían, pero muy pocas eligieron. Escuchó comentar a Julián, que ese año no había sido bueno. Por su parte, Pablo se limitaba a hacer hoyos alrededor de las plantas, que luego a su modo, los Hermanos extraían. La verdad, es que aquel viaje le gustó.

Aunque llegó antes de tiempo, el Prior ya le esperaba.

- ¿Sabe usted cómo es la vida de un fraile?.
 - Lo estoy viendo todos los días.
 - Eso le parece, pero, hay un mundo detrás, más profundo, y quizá para algunos, poco agradable. El fraile está siempre en lucha contra la materia de su propio cuerpo, en invierno siente frío, y en ocasiones, hambre y enfermedad. Su principal cometido es buscar el camino que le lleve a Dios, y el segundo, atender a los más necesitados. Todo esto que se dice en pocas palabras, resulta difícil llevar a la práctica.
 - Sus razones aumentan mis deseos.
 - Bueno, ¿por qué motivo quiere entrar a formar parte de la Hermandad?.
 - Busco la verdad, y ya se me hace insoportable la vida regalada que llevo, creo que este es el momento para que sea yo quien ofrezca algo a los demás.
 - Bien, tenemos que pensarlo, dentro de quince días tendrá la contestación.
- Sin otro comentario el Prior se marchó, y allí quedó Pablo con sus dudas.

Los días fueron pasando, para Pablo, muy lentos, pese al entusiasmo con el que abordaba cualquier tarea, aunque más bien lo hacía por ocupar el tiempo y no pensar en que podían negarle el ingreso.

Observaba a los Hermanos y buscaba la causa de sus comportamientos, tan distintos entre sí, y tan iguales en voluntad e ideas.

El día indicado, mientras estudiaba en la biblioteca, fray Ricardo le comunicó se presentase en la capilla. Allí se encontró con el Prior y dos Hermanos más. Le sonrieron al comunicarle su decisión de aceptarle en calidad de meritorio, durante un tiempo no inferior a un año. Le entregaron un hábito viejo y unas sandalias descoloridas, que tomó Pablo en sus manos como si fuera un trofeo de gran valor.

V

En el Monasterio ya se presentía el Otoño, tanto por la suave brisa que trae descanso a los cuerpos que trabajan al Sol, como ese algo de mágica tranquilidad, que siente el

viajero cuando atraviesa el campo.

Los días para Pablo son bastante duros, tiene que lavar los platos, luchar con la grasa de la cocina que se incrusta en todas partes, y como uno de los Hermanos se puso enfermo, también le toca limpiar los suelos de una parte del edificio. Sus manos, antes finas, ahora tienen esas grietas que salen cuando se está en contacto con el agua fría.. Su celda, la mitad de pequeña de la que tenía antes, tiene una cama con una pata más corta, y una silla para dejar el hábito por las noches, la vista desde la pequeña ventana es a un muro del patio. Los primeros días creyó que no podría aguantar, hasta entonces nunca había realizado trabajo físico.

Según fueron pasando los días, las dudas que los Hermanos tenían sobre Pablo, se cambiaron por admiración, así que empezaron a tratarle como a uno más, y fue éste y no otro, el título que sin dar se da, y que con alegría se recibe.

Aquella mañana le llegó una carta de sus padres. No había mucho que leer, manifestaban su descontento, sobre todo, su padre.

Para los huéspedes, la inesperada decisión de Pablo fue un tema de conversación más, que les permitió entretenerse por las noches durante días.

Tanto Pablo como otros cinco Hermanos, no comían en el salón por motivos de espacio. Desde su admisión, no volvió a hablar con los huéspedes, aún así, sucedió un incidente digno de contar.

Fue la mañana que marcharon los seminaristas, justo al salir, mientras Pablo fregaba el suelo, uno de ellos hizo lo posible por hacerse notar, le miró Pablo, entonces éste, como si creciera por momentos, se despidió con un ligero movimiento de la mano.

Hasta ahora su núcleo familiar eran fray Genaro y sus dos ayudantes, Cosme y Benito, que pasaban el día entero cocinando, también coincidía con el hermano Doménico, que se encargaba de quitar el polvo de todo el edificio.

Una de las cosas que más le agradaron, era que "aparentemente", nadie se interesaba por su compañero. Esto suponía que aún viviendo en comunidad, la persona se sintiera en intimidad.

A primeras horas de la tarde le comunicaron que fray Tomás se había repuesto, así que ya no tendría que fregar el suelo.

Cuando aquel día terminó su jornada, se sintió bien por pasar un tiempo en la biblioteca. Fue sin querer que escuchó la conversación de los Hermanos Julián y Salvador. Habían

recibido una misiva pidiendo ayuda, necesitaban más Hermanos para poder manejar a tantas personas enfermas y hambrientas. Esto le hizo concebir esperanzas.

Al día siguiente se dio toda la prisa que pudo para terminar en la cocina antes de las seis, que era cuando se marchaba el Prior de la biblioteca, lugar que por su silencio le pareció el más indicado.

- Hermano mayor, sin que fuera mi intención, me he enterado que necesitan ayuda, no sé donde, ni tampoco me importa, pero sí que me gustaría ser uno de los voluntarios.

Esta vez la habitual seriedad del Prior, dejó paso a la sonrisa.

- Hermano Pablo, no te des tanta prisa, ocasiones no te faltarán para ayudar a tus semejantes, además, aún no tienes experiencia, ni has sido iniciado como fraile.

- Lo sé, pero creo que no debo dejar pasar una oportunidad como esta.

- Lamento decepcionarte, pero los Hermanos ya han sido elegidos, y uno más, afectaría al presupuesto.

- Y si hubiese fondos para el viaje, ¿podría?.

- De dónde piensas sacar dinero, ¿acaso recurriendo a sus padres?.

- No, voy a vender mi coche, que aquí no pinta nada.

- Me alegra que me hayas hecho esta proposición, pero no puede ser, al sitio que van, África, además de los riesgos de la actual política, existen otros, como las enfermedades y el hambre. Comprendes que no puedo hacerme responsable.

- ¿Y no sería esta una buena forma de aprender?.

- No insistas hermano Pablo, los tres Hermanos que van a ir tienen experiencia y conocimientos médicos.

Marchó Pablo desanimado a su celda, necesitaba meditar, algo le decía que se había impuesto a los demás, era el último en llegar y quería ser el primero en ofrecerse.

Al día siguiente un Hermano fue a comunicarle que el Prior quería verle. En el mismo sitio de la vez anterior, se encontraron.

- Veo Hermano, que el Señor vela por ti.

Ante la sorpresa de éste, añadió.

- Tienes tres días para vender el coche.

- ¡Eso quiere decir que voy!.

- Esta mañana me ha llegado otra carta solicitando la presencia de un Hermano más, para ocuparse de la educación, y he pensado que no estaría de más un toque de Derecho.

Contento marchó Pablo a cumplir el encargo del Prior, mientras pensaba que alguien desde arriba le había echado una mano.

No le resultó fácil vender el coche, tenía el tiempo en su contra, y los únicos que aceptaron pagar en el acto, fueron los compra-ventas, así que se lo vendió.

El día antes de la partida, se reunieron Julián, Lucas, Salvador y Pablo, en un cuartito que había del otro lado del refectorio, allí se pusieron de acuerdo en la mejor manera de hacer el viaje. Primero irían a Cádiz en tren, allí se hospedarían en un monasterio de Cartujos, al día siguiente pasarían a Ceuta, y de allí a Argelia, donde les estarían esperando para conducirles a la Misión.

Todo salió como lo habían planeado, y cuatro días después se encontraban en Argelia. Estaban agotados, el viaje de Ceuta hasta allí, lo habían hecho en autocares que no tenían suspensión.

Los hermanos que habían venido en su busca, fray Lorenzo y fray Leblanc, eran, el primero joven, de aspecto intelectual, y el segundo, alto y fuerte, de unos cincuenta años. Allí pasaron la noche, en un convento de franciscanos y por la mañana salieron en dirección a Magash, en una vieja furgoneta que hacía un ruido terrible cuando el hermano Leblanc cambiaba de marchas.

Ante sus ojos el paisaje se iba modificando, los árboles, que de por sí eran escasos, desaparecieron, y el terreno cambió sus desniveles por áridas llanuras, donde sólo había piedras y arena. No era extraño, teniendo en cuenta que se dirigían al último enclave humano, antes de entrar en el desierto.

No fue difícil para fray Leblanc adivinar lo que pasaba por la mente de los Hermanos. Les explicó que aquel lugar, tan alejado para construir la Misión, se debía a la necesidad de prestar ayuda a diversos grupos étnicos, en lucha desde hacía más de un siglo.

Magash les sorprendió, era como un oasis en el desierto. Allí vivían más de cinco mil personas, unos en pequeñas casas encaladas, otros, en mansiones más parecidas a palacios, todo ello de puro estilo árabe. En las afueras el panorama daba un cambio brusco, el trazado de las calles desaparecía, en su lugar se amontonaban construcciones

hechas con cualquier cosa. El olor a agua estancada se dejó sentir dentro mismo de la furgoneta. Fray Leblanc se había desviado para que no se llevasen una idea equivocada de lo que era aquel lugar.

La Misión se componía de cinco edificios, uno dedicado a los aposentos de los cincuenta Hermanos itinerantes, otro, adecuado como Iglesia, y los tres restantes como albergue, hospital y almacén. A esa hora había bastante movimiento, además de los Hermanos había otras personas ayudando, entre ellos, monjas de un convento cercano.

Les dieron cuatro camas, dos de ellas las tuvieron que reparar con restos de otras. Una vez montadas las situaron en línea con las otras en un amplio salón, diáfano y simple como si fuera un cuartel militar. Como no había armarios, las pertenencias de cada cual se colocaban en cajas de cartón, que solían meter debajo de las camas.

VI

A la mañana siguiente se levantaron con el cuerpo lleno de picaduras, después fueron a ver al Prior, a fin de que les asignase una ocupación.

Le encontraron en el hospital, terminaba en esos momentos de dar un calmante a un hombre que se suponía era joven. Cuando les vio se alegró mucho, les hizo preguntas sobre el Monasterio, que parecía conocer, y casi de improviso pasó a darles trabajo. De acuerdo a las aptitudes de cada cual, fray Julián se encargaría del laboratorio, sobre todo del cultivo de plantas medicinales, fray Lucas estaría en el hospital, fray Salvador trabajaría la madera y el meritorio se encargaría de la enseñanza.

Cada uno marchó a su obligación, a Pablo le acompañó otro Hermano para mostrarle la sala donde realizaría su cometido. Esta se encontraba en la segunda planta del edificio destinado como almacén, era una sala bastante grande, con capacidad para unas cien personas, aunque a juzgar por el número de bancos, allí no acudía ni la quinta parte. Unos ventanales, amplios, miraban al patio, permitiendo que la luz llegase hasta el último rincón.

Hasta ahora la enseñanza la impartía una monja, sor Inés, que venía expresamente del convento del Carmelo para ayudarles.

Cuando terminó de mostrarle el recinto, le pidió que esperase mientras iba por algunos alumnos. Le vio desde la ventana dirigirse a uno de los edificios, al poco salió con dos jóvenes y un niño, por el camino alisto a unos cuantos más. No oyó lo que les dijo, pero estos últimos parecían muy animados. Total fueron ocho, seis adultos y dos niños. Después de las presentaciones quedó a solas con sus alumnos. Intentó algunos comentarios que creyó graciosos, pero sus expresiones apáticas no cambiaron. Pensó si su francés era lo suficientemente bueno, pero no era ese el problema, viéndoles allí atentos y callados, resultaba muy difícil saber qué estaban pensando. En el primer esbozo de comunicación comprendió que los conocimientos de estas personas eran ínfimos, casi nulos, excepto Abbas, que sabía leer y escribir, por lo que le citó a otra hora, a fin de distribuir el tiempo según el método más efectivo. Cuando los demás le vieron marchar, pensaron hacer lo mismo, Pablo se opuso, y con una resignación aparente, aquellas personas que parecían escuchar, siguieron ausentes.

A la hora de la comida, vio una fila de más de cien personas, comprendió entonces la actitud de sus alumnos, iban allí a comer. Sus cuerpos marchitos y a veces deformes, buscaban con un trozo de pan y queso, un rincón donde poder saciar su hambre sin ser molestados.

En el comedor encontró a sus compañeros, también ellos recibieron la misma ración, pan y queso.

- Parece que hay escasez de alimentos, dijo fray Lucas.

- Con ésta, he estado en cuatro misiones, y es la primera vez que veo tanta necesidad y tan pocos medios, dijo fray Julián.

Un par de Hermanos llegaron para compartir una jarra de agua, Uno de ellos era chino, el hermano Lao Chen, el otro, árabe, era el hermano Calafat. Como llevaban más tiempo en la Misión, les pusieron al corriente de lo que estaba sucediendo. Al parecer, el general Bitutu había atacado a las fuerzas del Frente de Liberación, eso explicaba tanta agitación, el miedo era palpable. Según Calafat, ese odio generacional, venía por un intercambio. Los Malarí, ofrecieron a los Bantaar, una botella de agua sagrada tomada de un templo cristiano, por dos vacas, pero no aceptaron, y fue eso, hace ya un siglo, lo que originó la guerra..

La luz del exterior comenzó a oscurecerse, se oyeron varios truenos y al momento comenzó a llover. Caía con tal fuerza que los demás sonidos quedaron ocultos.

- No os sorprendáis, esto es común en la época otoñal, puntualizó Calafat.
- Sí y también es un problema, cualquier gotera, en pocos minutos deja pasar tanta agua que se llenan cubos, dijo Lao con su mal acento.

Sus palabras fueron proféticas, al volver Pablo a clase se encontró con todo el suelo lleno de agua. Apartó los pocos muebles para que no se estropeasen, y luego le preguntó al primer Hermano que se encontró, si tenían algo para tapar goteras. Este le aconsejó esperar a que primero dejase de llover, el tejado era viejo y mojado como estaba era muy resbaladizo.

Sin otra cosa que hacer, se sentó en una de las sillas, cerca de una ventana y sin darse cuenta, mientras contemplaba el aluvión, se quedó dormido.

Le despertó una voz de mujer, era sor Inés. Del exterior le llegaron rayos de Sol.

- Supongo, Hermano, que eres el nuevo encargado de la educación de estas pobres gentes.

Aquel cambio climatológico tan repentino, y la aparición de aquella monja tan guapa, le dejó indeciso.

- ¿Qué se hace Hermana, cuando aparecen tantas goteras?.

Sor Inés no llegó a responder por que empezaron a llegar los alumnos. Diez personas se distribuyeron en los bancos, siguiendo la norma de dejar sentar primero a los mayores. Sus expresiones no se diferenciaban de las que vio por la mañana.. Sor Inés que parecía comprender la inquietud de Pablo, le explicó cómo era la vida de aquellas personas, sin futuro, y lo peor no era eso, sino las guerras que tenían entre ellos. A uno de los jóvenes, de quince años, le faltaba el brazo derecho, se lo habían cortado para exhibirlo como trofeo.

A Pablo le resultó difícil creer que una mujer tan guapa y de aspecto delicado pudiera aguantar en un lugar como aquel.

Cuando la Hermana se despidió, ninguno de sus antiguos alumnos demostró la más mínima emoción.

En medio de la clase tuvo la intuición de asociar el estudio con el trabajo, y claro, éste con la comida. En esta ocasión si vio un chispazo en los ojos de los presentes, como si sus almas se hubieran acercado a sus cuerpos. Uno de los alumnos, Yaburu, tenía todo el cuerpo lleno de llagas, y su atuendo, un residuo de Occidente, entre sucio y desgastado, ya no era posible conocer ni su género, ni su color. Antes de finalizar la clase, quiso dar

un paso más y acercarse a su mundo, pero lo único que consiguió fue remover más la herida. Al intentar arreglarlo, aún lo estropeó más. Según le explicaron más tarde, aquella gente confundía la bondad, con la debilidad.

A la salida, el más mayor le preguntó: ¿por qué él tenía pelo en la cabeza y los demás, no?, acaso era el jefe. Cuando Pablo le explicó que era un Hermano a prueba, le miraron con desconfianza.

Desde las siete hasta las nueve, con un bote de alquitrán y un palo plano, estuvo reparando las goteras. Desde allí miró incrédulo hacia Occidente, ¿cómo podía haber tantas diferencias?. Había oído muchas veces lo que sucedía en los países subdesarrollados, pero, nada era comparable con estar en el mismo lugar. Aquellas personas no parecían tal, sino almas en pena.

Miró hacia la ciudad, sorprendiendo los rayos del Sol reflejarse en sus casas, y en un último esfuerzo, colorear el horizonte. La visión de aquel atardecer, tan rojo, no le gustó. Tenía el cerebro lleno de dudas y el alma dolorida.

A partir de las nueve y media se abrió el comedor, un trozo de pan con higos y un vaso de agua, fue su ración. Metido en sus pensamientos, tardó en darse cuenta de la presencia de sus compañeros.

Fue para todos un alivio contar las dificultades del día. Fray Lucas pasó el tiempo en el hospital, cambiando vendajes. Pero lo más triste fue comprobar por qué una herida de cuchillo en el brazo de un muchacho, no sanaba. Fue por casualidad, cuando buscando trapos para hacer nuevas vendas, en el piso superior, a través de uno de los muchos agujeros de la carcoma, vio al joven quitarse la venda, y soportando el dolor, abrirse de nuevo la herida. Cuando le preguntó por qué hacía una cosa semejante, el muchacho, aterrado, primero negó, luego terminó confesando que temía salir de la Misión, no sabía si comería, o si tal vez alguien le mataba.

Fray Salvador que era magnífico carpintero, estuvo muy ocupado haciendo un pedido de sillas. No encontró a faltar ninguna herramienta, allí trabajaban más de veinticinco personas, entre Hermanos y gente del pueblo, que además de aprender, era para ellos una fuente de ingresos. También la Misión conseguía con este trabajo financiar los enormes gastos de alimentación y sanidad que allí había.

Fray Julián, que era el más veterano, había desarrollado el proyecto de un invernadero, donde podría cultivar plantas medicinales, y si le sobraba tiempo, también realizaría una

huerta.

Cuando Pablo contó sus impresiones, sus tres camaradas comprendieron al instante lo que había detrás. Estaba padeciendo el síndrome de las misiones.

Se encargó de aconsejarle fray Julián.

- Veo que el ambiente te ha atrapado. No debes consentirlo, si quieres ser eficiente en tu trabajo. Ser sensible ante la desgracia ajena, es bueno ante los ojos de Dios, pero no puedes pensar mucho en ello. No hay solución a corto plazo, te lo aseguro.

- Es la expresión de esas gentes lo que más me duele, ¿supongo que creerán en algo?, y si es así, no entiendo su abatimiento.

- Hermano, si ya nacer fuera para ti un castigo, vieras morir de hambre o asesinada a tu familia, si no supieras dónde ir, ni qué hacer para poder vivir un día más, posiblemente terminases por dejar de creer.

- ¿Qué hacéis entonces para no angustiarnos?.

- Soluciona lo que puedas, y lo que no, olvídate de ello, que otro sin duda lo hará.

- Pero, ¿que sentido tiene todo este sufrimiento?.

- No conozco la respuesta.

Serían las dos de la mañana cuando oyó un ruido cercano a la ventana. Al asomarse vio un niño de unos cinco años colocando una caja de cartón, en la que después se metió para poder dormir, aquella noche era muy fría.

A las doce del mediodía llegaron los Hermanos que habían ido en auxilio de los poblados asaltados por Bitutu. Los heridos que no pudieron curar allí, los traían en camillas improvisadas. Los vio entrar desde una de las ventanas mientras impartía la clase, también los vieron los demás. Uno de ellos, encogiéndose como un perro apaleado comenzó a gritar: ¡Bitutu!, ¡Bitutu!. En vano intentó Pablo convencerle que en la Misión no tenía nada que temer. Entre estos alumnos, había uno, Abbas, que parecía tomarse más interés que los otros. Era bueno con los números, además de ser ya un buen carpintero. Había comprendido que era importante saber lo que dicen los papeles, también que un buen trabajo, aunque lo paguen poco, le ayudaba a comer todos los días. Pablo lo tenía como aliado, era un ejemplo para los demás.

Reunidos en el comedor, echaron a faltar al hermano Lucas, no les extrañó, pero a quienes sí vieron, fue a los Hermanos Calafat y Lao Chen, que siempre iban juntos. Eran aquellos momentos de esparcimiento los que hacían soportable las duras jornadas del día.

- Parece que esta vez Bitutu se ha excedido, he contado más de treinta heridos, dijo Lao.

- ¡Pero bueno!, ¿es que no hay aquí ningún servicio del orden?, gritó irritado fray Julián. Esta vez fue Calafat quien respondió.

- Bitutu es pariente bastardo del Rey, y de la otra parte, Mohabiro representa la religión del país, en estas circunstancias al Rey le resulta muy difícil intervenir.

- Pero, siendo como es el Rey, podría de alguna manera evitar los enfrentamientos, dijo Pablo.

- No es posible, ya que la mayoría del ejército siente predilección por Bitutu, y a su vez, el pueblo sigue a Mohabiro.

- Supongo que es fácil prever cual de los dos bandos ganará, dijo Salvador.

- ¿Lo dices por lo de las armas?, pues no lo creas, ten en cuenta que los militares se casan con mujeres del pueblo.

Aprovechando las paredes del hospital y del almacén, fray Julián había montado el invernadero. Lo estaba viendo Pablo desde el aula mientras esperaba la llegada de sus alumnos. Si conseguía que las semillas brotasen, supondría un gran bien para todos.

Igual que el día anterior, el cansancio le hizo quedarse dormido. Soñó que era muy liviano, podía saltar y quedarse flotando en el aire, vio la luz del Sol y al dirigirse hacia ella, sintió algo similar a un estallido de colores, esto le despertó. Recordó la voz de Dios llamándole en el silencio de la noche, se acercó a la ventana y contemplando el cielo, pensó que estaba dando demasiada importancia a la vida física. Con este pensamiento se notó más liberado. Ese cambio de actitud le dio aquel día buenos resultados en la enseñanza, a aquellas personas les molestaba que se las mirase con lástima

Antes de ir a cenar, quiso ayudar a fray Julián, aunque en realidad, lo que buscaba era comentar la conclusión a la que había llegado. Aunque la luz ya escaseaba, fray Julián seguía trabajando en la tierra con el mismo cariño de siempre, daba la sensación que podía comunicarse con ella, y la verdad, es que a él le crecían las plantas más hermosas. En aquellos momentos el silencio se había adueñado del lugar. Pablo removía la tierra

con cuidado para que Julián fuese comprobando si la semilla y el abono eran buenos y estaban a la profundidad exacta. Entonces le contó lo que había pensado. Fray Julián se le quedó mirando con satisfacción, terminó su comprobación y mientras movía la cabeza con un no, que era un sí, dijo: Tienes Fe, y eso ya es importante. La vida, tal como la contemplan nuestros ojos, no vale gran cosa, aunque haya quien se empeñe en lo contrario, es nuestro espíritu inmortal lo que cuenta.

En aquella atmósfera de fraternidad, Julián terminó contándole por qué se hizo monje. Era el mayor de una familia muy pobre. Debido a las insanas condiciones de vida, el sarampión se llevó en pocos días a dos de sus hermanos, sin que él pudiera hacer nada. Fue esa impotencia la que le impulsó a estudiar medicina. Sin abandonar el trabajo, logró sacar la carrera, y después estudió otra, la de químicas. Todos sus esfuerzos se vieron recompensados, le solicitaban los colegas, así fue como entró en contacto con las personas más pudientes, y de allí a la aristocracia.. Su afán por la comodidad y el prestigio, le hizo olvidarse de lo principal, y -según sus propias palabras-, se convirtió en un sepulcro blanqueado, y así hubiera terminado sus días, si no hubiera sucedido aquella desgracia. En su misma consulta tenía dos apartados, uno para los que pagan, y el otro, para los del seguro. Una noche le llamaron para asistir a uno de éstos, y no fue, se dijo que no sería tan grave, así que a la mañana siguiente, cuando llamó para conocer el estado del enfermo, se enteró que había muerto. Tomó el hábito por penitencia, pero al paso de los años, fue comprendiendo muchas cosas, a dar importancia a las más sencillas, que son las más importantes.

Aquel atardecer se prestaba a las confesiones, Pablo también le contó el origen del cambio que había dado su vida.

Julián, impresionado exclamó: ¡Oíste la voz del Señor!. Tu camino va a ser difícil, el hombre que ve la Verdad, es temido y odiado.

- ¿Hay otro camino?, le preguntó Pablo.

- ¡No!.

Al entrar en el comedor, se encontraron con Lucas, que parecía abatido. Tomaron asiento mientras éste se les quedaba mirando como si no les conociera, y al poco dijo: ¿Hasta dónde puede llegar la maldad humana?. En ese preciso momento apareció fray Salvador acompañado de Lao y Calafat, que en seguida captaron la situación.

- Van por ahí con tijeras de podar cortando dedos, orejas, narices y otras cosas, dijo fray Lucas.

- ¿Los hombres de Bitutu?, preguntó fray Julián sin poder reprimir su malestar.

Asintió Lucas, la indignación impedía las palabras.

VII

Era la cuarta vez que iba al departamento de aduanas a retirar un cargamento de alimentos, que desde España le había mandado su padre. Tiempo atrás les había mandado una carta pidiéndoles un donativo en alimentos. Entre unas cosas y otras, el envío tardó cerca de dos meses, no podía Pablo entender a qué se debían tantos retrasos burocráticos, que por otra parte, no eran legales.

En ese momento se abrió la puerta del despacho del inspector de aduanas, el conserje le hizo una seña para que entrase. Un hombre gordo con un fino bigote bajo su ancha nariz, le recibió con pocas ganas.

- Bueno, ¿han finalizado ya los trámites?, por que supongo que ya sabe que al ser alimento enlatado, tiene un período de caducidad, dijo Pablo.

- Hemos hecho más de lo que debíamos, tenga en cuenta que en este país hay disturbios, queríamos saber qué clase de alimentos eran esos, ¿usted me comprende?.

- No, no le comprendo, piensa acaso que la Misión iba a envenenar a la gente.

- Lo que yo piense no es asunto suyo. Ya puede llevarse su mercancía.

Estampó un sello sobre un impreso que le arrojó sobre la mesa. Con aquella hoja en su poder se hizo acompañar por uno de los oficiales hasta los almacenes. El oficial le indicó que no pasase de una línea que había pintada en el suelo, justo a la entrada. Pablo le oyó llamar a alguien.

Estuvo allí casi veinte minutos, hasta ver aparecer de nuevo al oficial acompañado de otro hombre, que iba ojeando unos impresos.

- Aquí está, firme y se lo puede llevar.

- Pero, aquí figuran ochocientas latas, de cinco mil.

- Pues estas son las que a mí me han entregado.

- Busque usted, que en algún sitio deben estar.

Ambos se marcharon en busca de un tercero. Esta vez a Pablo le costó esperar media hora, cuando les vio pensó que la cara sonriente del Oficial era buena señal, pero sólo le encontraron doscientas latas más. Pablo que ya no pudo contener su indignación, dio media vuelta en dirección al despacho del Inspector.

- Si va donde el señor Inspector, no se moleste, de allí vengo, y antes de marchar me ha dicho que la parte que falta, es la que se han tenido que comprobar, uno nunca sabe.

- Dándose un buen banquete, supongo.

- ¡Qué insinúa usted!

- Que tres mil latas son muchas para comprobar.

El oficial se acercó cuanto pudo a Pablo, su expresión era amenazante.

- ¿De qué habla usted?, a ver, permítame.

Le quitó el impreso de las manos, y alzando la voz cuanto pudo, le dijo que allí no figuraba ninguna cantidad.

Pensó Pablo que seguir hablando con aquel sujeto iba a ser su perdición, así que cargó el furgón y se marchó.

En los cuatro meses que llevaba en la Misión, el número de sus alumnos había subido a treinta y cuatro. Parte de este aumento se debía a Abbas, que ya no necesitaba depender de la Misión. Tenía novia e iba a casarse, con su trabajo de carpintero ganaba lo suficiente para alquilar una pequeña casa, vestía bien, y en sus bolsillos siempre se oían monedas. Aquellas personas habían comprendido que aprender les sacaba de la pobreza.

Aquel día se encontró Pablo con una sorpresa, alguien había escrito en la pizarra: Bitutu, rata, serpiente....etc.

El culpable no se descubrió, por lo que tuvo que reñir a todos, aquellos adjetivos, como Pablo calificó, podía costar un disgusto a la Misión.

A la hora de comer, uno de los Hermanos dijo que había visto a los hombres de Bitutu borrando de las paredes de la ciudad la comparación que alguien había hecho de él, con determinados animales.

Como el fondo económico de la Misión era pequeño, los libros que Pablo necesitaba

para sus alumnos, los conseguía en un pequeño mercado, donde se vendía todo tipo de cosas. Lo más sencillo de leer eran las historias o cuentos, por lo que todos sus alumnos terminaron conociendo a Blancanieves, por cierto, que los enanos fuesen tan trabajadores, les hacía mucha gracia.

En estas salidas gustaba Pablo de recorrer la ciudad. Sus plazas solían tener hermosas fuentes, representando leones, águilas o serpientes. Sus calles, estrechas, se retorcían como si las curvas compitieran con la línea recta, aún así, tenían su encanto. También sus bellos palacios, sobre todo, el del Comendador, con un amplio jardín, donde crecían enormes palmeras que daban un aroma dulzón. Allí siempre había guardias armados.

Según recorría calles y plazas, se encontraba con cantinas donde servían esas bebidas que tanto le seguían gustando, y que consideradas por los Hermanos como un lujo, no había vuelto a probar. Tampoco las gracias de las mujeres, y en aquella ciudad, las había muy hermosas, o al menos, así se las mostraba su celibato.. De vuelta a la Misión, comprendió por que los Hermanos eran reacios a salir, sin duda que pensaban, si no lo ves, no lo deseas.

Por aquel entonces llegó un grupo de la Cruz Roja, se instalaron en sus propias tiendas en el patio de la Misión. Los Hermanos y estos voluntarios, estuvieron prestando auxilio a cuantos lo necesitaban. Fueron días de alegría, se intercambiaban ideas y se tenía noción de lo que sucedía en el mundo civilizado. Lo más importante eran las vacunas, de las cuales, siempre les dejaban una cantidad considerable. En este corto espacio de tiempo, quince días, la actividad de los guerrilleros se paraba. La Cruz Roja cursaba informes a la O.N.U.

En cuanto los voluntarios se marcharon, una aldea fue incendiada. Esta vez, entre los Hermanos auxiliares se encontraba Pablo. En aquel mes de Febrero hacía un frío intenso.

Rodaron por carreteras que no parecían tal, en una ocasión tuvieron que apearse y entre todos sacar el furgón de una zanja.

A unos dos kilómetros de su destino apareció en la carretera un hombre armado, que les obligó a parar, miró al interior con precaución, y cuando se enteró que entre ellos iban varios médicos, tocó un silbato. Al instante aparecieron dos hombres más, también armados. Se agarraron como pudieron al furgón y les indicaron el nuevo rumbo.

Por el primer desvío se internaron en una zona agreste, donde resultaba aparatoso

conducir, había depresiones del terreno muy profundas. No hicieron caso de las quejas de los Hermanos, y cuando el conductor se negó a seguir, uno de ellos tomó su lugar. Así fueron subiendo hasta que el camino se hizo impracticable, luego les mandaron bajar. Cargados con el instrumental, subieron por el escarpado hasta llegar a una enorme gruta, allí se encontraron con un grupo bastante grande de estos guerrilleros.

- ¿Quién de ustedes lleva más tiempo ejerciendo la medicina?, les preguntó el primer hombre que les detuvo en la carretera.

En realidad, ninguno de los Hermanos ejercía como médico, pero siendo Lucas el que más estaba al corriente, se tomó la libertad de hacerse cargo de lo que viniera.

Les condujeron al interior de la gruta, que estaba iluminada por varios fuegos, alrededor de los cuales, había varios heridos. Los otros Hermanos fueron empujados hacia adentro.

Sobre un montón de trapos, restos de tiendas y tapicerías de sillones, estaba tendido un hombre de unos sesenta años, el pelo de su cabeza y barba, eran blancos, lo que le confería una imagen patriarcal. No hacía falta pensar mucho para saber quién era, el único que se oponía al terror de Bitutu: Mohabiro. Una bala le había partido una costilla, que al astillarse y seguir su curso, le había dañado un pulmón. Era necesario operar, pero cuando el hermano Lucas indicó al hombre que les traído que había que llevarle al hospital de la Misión, surgieron los problemas.

- ¿Supongo que ya sabe quiénes somos?, y lo que pasaría si nos cogen.

- Comprendo su postura, pero no puedo intervenir aquí, sería lo mismo que pegarle un tiro. Ahora, si este hombre viene con nosotros con la cara vendada, dudo mucho que los hombres de Bitutu puedan reconocerle. Lo malo, es que no podemos vendar a todos, usted sabrá si los demás heridos son conocidos.

- No creo que los conozcan, son gente del pueblo que se nos une.

Según las indicaciones de fray Lucas, inmovilizó Pablo el cuerpo de Mohabiro a la camilla, y con mucho cuidado fueron bajando el escarpado. Tres Hermanos se quedaron allí para prestar sus servicios a los heridos menos graves.

El inevitable movimiento hasta llegar al furgón, originó la muerte de uno de ellos, que fue en seguida enterrado.

Aunque eran seis los heridos, la disposición que los Hermanos habían hecho del viejo furgón, les permitía llevarlos, y ello gracias a las improvisadas camillas, formadas por

dos palos unidos por telas de tienda, que encajaban en los orificios hechos a propósito en las paredes del furgón.

El camino de vuelta fue lento, lo suficiente para contrarrestar los desniveles del terreno. Cuando llegaron a la Misión, los tres hombres armados escondieron sus fusiles bajo trapos viejos en las mismas camillas.

Gracias a que la Cruz Roja les había dejado anestesia, pudieron hacer una operación tan delicada como la de Mohabiro. Aún así, pasó tres días entre la vida y la muerte.

En este tiempo sus hombres llegaron a ser doce, iban de acá para allá, dentro mismo del hospital, con las pistolas bajo la ropa. Aunque Pablo apenas les veía, los encontraba casi siempre vigilando la entrada y en los sitios más estratégicos, le parecieron apesadumbrados, y por algunos comentarios, pocos, porque apenas hablaban, se hizo a la idea de que más que a un líder, en Mohabiro veían un salvador.

Aquella noche, y antes de acostarse, algunos Hermanos comentaron sobre la nueva aparición de escritos en las paredes, aunque lo más extraño, es que ahora ponían: Bitutu, adjetivos.

A las dos semanas Mohabiro se había repuesto lo suficiente para hacerse cargo de la situación. Hasta el momento no habían tenido percances, pero el peligro siempre acechaba, Bitutu tenía espías por todas partes.

La curiosidad de Pablo por este hombre le hizo interesarse en su salud. En una de estas ocasiones cruzó algunas palabras con él. A partir de entonces iba todos los días a visitarle. Aquel día le encontró sentado en la cama, a sus ojos volvía el brillo de la vida.

- Veo que hoy se encuentra mejor.
- Estoy pensando en marcharme.
- Todavía es pronto.
- Es posible, pero no quiero comprometerles, ya han hecho mucho por mí, y les ruego disculpen a mis camaradas, su celo les hizo apartarles del rumbo que llevaban.
- No se preocupe, a la vuelta mandamos a otros Hermanos para socorrer la aldea.
- ¿Es usted médico?.
- No, me dedico a la enseñanza.
- Eso es muy importante, sobre todo aquí.

Estas últimas palabras las acentuó con amargura.

- ¿Es cierto que esta disputa entre el pueblo y el gobierno se inició hace un siglo?.
- Lo es, pero de una disputa infantil como aquella, a lo que ahora está sucediendo, ya no hay nada en común. Bitutu, con su dictadura militar sólo mira por él. Nosotros tenemos en cuenta la Nación, desgraciadamente ellos tienen las armas.
- Lo que no sé, es cómo se puede alimentar un odio así, desde tanto tiempo..
- Hay mucha gente que también se lo pregunta, y es bien sencilla la respuesta, se fabrica día a día. Hay personas especializadas en esto, no tienen partido ni ideales, sólo les interesa lo que pueden ganar. Todas las guerras que se suponen con un trasfondo religioso, siempre enriquecen a algunos. Son esos los que primero riegan con pólvora y luego aplican la cerilla, bien con un dictador en nómina, o cualquier otro tipo de agitador.

Al querer cambiar de posición, Mohabiro hizo un gesto de dolor, Pablo dio por finalizada la conversación.

Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, sintió más ruido del habitual, se asomó y vio a los hombres de Mohabiro con los fusiles al descubierto vigilando la puerta de entrada. Uno de ellos hizo una señal y al momento salieron del hospital dos hombres transportando a Mohabiro. Se oyó un ruido de automóvil perdiéndose a gran velocidad. Sólo media hora después irrumpieron en la Misión los hombres de Bitutu, entonces sí que hubo agitación, ya que la mayoría de los hospitalizados, se creyeron en peligro.

Cuando sus alumnos se dieron cuenta, trabajo le costó a Pablo mantenerlos juntos. Según luchaba por tranquilizarlos, la sangre se le iba alterando, qué derecho se arrojaba ese hombre para influir un miedo tan atroz.

Fueron registrando todos los edificios, llegaron a la escuela gritando y apuntando con sus armas. Cuando comprobaron que no había nadie sospechoso, pidieron a Pablo que les acompañase al piso de abajo.

Mientras registraban iban echando en un trozo de tela improvisada como saco, lo que les iba interesando. En una de estas ocasiones, uno de ellos dijo: estoy de latas hasta.... Del exterior llegó el sonido de un silbato, se dieron prisa, pero antes de salir, el que dirigía el grupo amartilló el fusil y apuntó a la cabeza de Pablo.

- Te crees más que los otros y llevas falda como las mujeres, arrodíllate y besa el suelo

por donde pisa un soldado de la liberación.

Aquello fue más de lo que el temperamento de Pablo podía aguantar.

- Que se arrodille tu padre, yo sólo lo hago ante Dios.

Vio Pablo con toda nitidez el dedo curvándose sobre el gatillo, en ese momento apareció otro compañero.

- Te has vuelto loco, si matas dentro de la Misión a un fraile te las vas a ver con el General.

A solas en el almacén, presa de emociones Pablo se sentó en una de las cajas, sentía miedo e indignación al mismo tiempo. Tuvo una duda que no era propia de un siervo de Dios, le hubiera gustado saber si aquel hombre sería igual de valiente sin su fusil.

Todos los Hermanos se reunieron en el patio, querían saber si había sucedido algo grave. En aquella emergencia, el Prior les reunió a todos en el comedor. Según fueron entrando, el hermano mayor que tenía una lista, los fue anotando. No faltaba ninguno, esto tranquilizó un poco los ánimos. Entonces el Prior les habló.

- Aunque sé la clase de individuo que es Bitutu, no creí llegase a hacer una cosa semejante. Somos siervos de Dios, y en nuestra conducta no cabe la violencia, sin embargo, aquí surge una duda: ¿cuántas veces se puede poner la otra mejilla?. Mi opinión personal, es que si los seguidores de Dios se dejasen arredrar, hace mucho que no existirían, pero como no podemos liarnos a tiros como ellos, creo que lo mejor será que cada Hermano se comunique con su Monasterio, comentando lo sucedido, para que sus respectivos países tomen las medidas oportunas. Yo, por mi parte, me entrevistaré con el Rey de este país.

VIII

El tiempo fue pasando, llegó la primavera, después el verano, fue entonces que el convento del Carmelo se incendió, al menos, esa era la versión oficial. Todos sabían de quién era obra, una lata de queroseno encontrada por la policía habría sido suficiente para iniciar una investigación.

En estas circunstancias, varios frailes se turnaron para ir a ayudar. El incendio había

sido desastroso, pero gracias a Dios no hubo heridos.

Como este convento tenía pocos recursos, las imágenes de la Virgen y de algunos Apóstoles habían sido talladas en madera, así que desaparecieron todas.

Lo más importante, como los tejados, fueron reparados, otros tuvieron que ser hechos de nuevo, todo esto trabajando las veinticuatro horas del día.

Pablo estaba entusiasmado con la energía de estas siervas de Dios, capaces de trabajar tantas horas como ellos, pero no era voluntad lo que allí faltaba, sino materiales

Al noveno día de este incendio, corrió la voz de la próxima llegada de un Obispo. Aunque la razón de aquella visita nadie la comentó, se daba ya por hecho.

La madre Superiora se asomaba de vez en cuando a la ventana de su pequeño despacho en el segundo piso, desde allí podía ver varios kilómetros del único camino que llevaba hasta el convento. En una de estas ocasiones hizo sonar la campana, y todas las monjas comenzaron a limpiar el polvo de sus hábitos.

Su ilustrísima venía con dos sacerdotes desde el mismo Vaticano, debido a una misiva mandada el día mismo del incendio por la madre Superiora. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, que vestía traje gris con el típico alzacuello, sus dos acompañantes eran de su misma edad, y vestían traje negro.

Le causó buena impresión ver allí a los Hermanos de la Misión ayudando, se lo agradeció. Desde las doce que llegó, estuvo con sor Lucinda, la madre superiora, observando los desperfectos, mientras sus ayudantes iban tomando nota.

El aula donde sor Inés daba clase, también había sufrido la amargura del incendio. Allí se encontraba ahora Pablo haciendo unas reparaciones. La verdad, es que le gustaba estar cerca de sor Inés, aunque apenas se comunicasen. Como el despacho de sor Lucinda estaba pared con pared con el aula, y por el incendio ésta se había agrietado, no pudieron evitar escuchar la conversación entre el Obispo y la Superiora.

- Ya hemos tomado nota de todos los desperfectos, y en cuanto vuelva al Vaticano les mandaré la suma necesaria para devolver al convento su aspecto original. Estoy muy satisfecho con su entereza, y así se lo haré notar a su Santidad. Pero dígame sor Lucinda, ¿es posible que no haya sido un accidente?.

- No lo ha sido, entre los escombros apareció una lata de queroseno.

- ¿Dónde la tienen?.

- Se la llevó la policía.

- Mal asunto, en este país los cristianos son pocos. Mañana tengo una entrevista con el Rey, intentaré que esto no vuelva a suceder.

Los días fueron pasando, el calor en aquellas latitudes se hacía insostenible, impidiendo a los Hermanos dormir.

Hacía dos meses que los hombres de Bitutu no daban ningún golpe, justo desde la llegada de su Ilustrísima, pero, todos se preguntaban: ¿cuánto duraría?.

El número de asistentes a las clases había descendido, el calor, sobre todo por las tardes, era sofocante, y los insectos terminaban poniendo nervioso a cualquiera que no hubiera nacido allí. En la enfermería, según el hermano Lucas, fue peor, además de poner rejillas finas en las ventanas, cada vez que se abría la puerta, aunque también ésta estuviera protegida por una cortinilla, los insectos se metían dentro y buscaban afanosos las heridas para poner sus huevos. A estos problemas se añadía la escasez de agua, así que apenas podían lavar a los enfermos, y los Hermanos debían soportar el sudor de sus cuerpos, que lavaban con una lata de agua en la que apenas cabía medio litro. También tenían que soportar chinches y pulgas. No era extraño encontrarlos ocultos en los pliegues del hábito, o en las costuras de las sandalias, a través de las cuales pasaban luego a los dedos y entre ellos se alimentaban. Todas estas cosas hacían de cada día, una lucha de resistencia.

Entre los Hermanos de culturas y países distintos, como sucede en toda Misión, sus reacciones también eran distintas. Pero el que más sorprendió a todos, fue Lao Chen, quizá el único que dormía bien por las noches, bueno, eso si se podía definir así. Se sentaba en la cama, cruzaba las piernas, y en esa misma posición permanecía toda la noche, al amanecer estaba radiante. No fueron pocos los que quisieron aprender, pero resultaba más complicado de lo que parecía a primera vista. Esta meditación, como Lao la definía, era una manera de tomar contacto con nuestro espíritu, él la había aprendido en la filosofía budista, y la dominaba bastante bien.

En el tiempo que a Pablo le quedaba libre, hacía lo posible por coincidir con Lao, así se enteró que este Hermano, joven, de unos treinta años, había sido monje Lama en un convento muy antiguo, en el que entró a los seis años. Su aprendizaje había sido muy duro, de niño tuvo que soportar el frío, y realizar durante años, tareas ingratas. Su Lama tutor le fue enseñando a dominar las manifestaciones psíquicas. Le dijo sin ningún

rodeo, que cuando entraba en meditación, podía viajar a otros lugares, conocer las intenciones de algunas personas, y otras cosas que se callaba, por que, -según él-, un occidental no las aceptaría. Cuando Pablo le preguntó por qué siendo tan completa su religión había decidido hacerse monje cristiano, éste le respondió que era para pagar una deuda kármica.

Calafat era quien más tiempo pasaba con Lao Chen, ambos pertenecían al mismo Monasterio, en el Sur de Inglaterra. Un día y en voz baja, le dijo a Pablo que Lao era más extraño de lo que parecía, en algunas ocasiones le había visto elevarse en el aire, y otras, había prevenido a algunos Hermanos sobre sucesos que luego se producían.

Cuando coincidían los tres, Lao, Calafat y Pablo, gastaban bromas al primero, al asegurarle que un par de siglos atrás, habría sido quemado por brujo. Lao no podía entender cómo en aquel tiempo la Iglesia daba más poder a un supuesto diablo, que a Dios. Si cada persona que aparecía con atributos superiores, se le consideraba siervo de Satán, qué dejaban para Dios. En su país había sucedido todo lo contrario.

Entre los que faltaban a clase, uno de ellos, joven, hacía ya diez días que no venía, esto inquietó a Pablo. Sus compañeros no sabían nada y aunque razones para preocuparse no había, pues a la Misión iban personas necesitadas, que si luego su suerte cambiaba o simplemente se iban a otra ciudad, raras veces se despedían.. No obstante, Pablo presentía algo malo.

Los últimos días de aquel verano fueron bochornosos, por lo que resultaba difícil dormir, era en esos momentos cuando la mente de Pablo divagaba. Pensaba en cómo sería la vida después de la muerte, si tendría forma el espíritu, y por qué era tan difícil sentirlo, por no hablar de comprenderlo. Entre estas dudas, a las que daba mil vueltas, se quedaba dormido.

El tiempo siguió su curso, y al verano le sucedió el Otoño, que trajo un respiro a los cuerpos y con sus lluvias, abundancia de agua. El invierno se presentó de manera tímida, como si no desease manifestar su presencia.

Aquella semana era la última que estarían en la Misión, Pablo y los otros Hermanos. Fray Julián había conseguido en ese año, cultivar, casi treinta plantas medicinales, había metido en frascos un ejemplar de cada, y con paciencia dejó escritas sus propiedades y

forma de utilización, aún así, no se sentía satisfecho, su idea habría sido llegar a cincuenta ejemplares, pero, la poca calidad del suelo, y la escasez de agua se lo impidieron.

Fray Lucas, que tenía un ayudante, en pocos días le puso al corriente. El hermano Salvador no había encontrado otro que supiese trabajar la madera como él, pero no fue grave el problema, algunos de los jóvenes que allí aprendían habían conseguido un grado de habilidad suficiente para poder enseñar a otros y continuar así la producción.

Aquel mismo día llegó una monja del Carmelo con una misiva, invitaban a los Hermanos a ver cómo había quedado el convento después de su restauración.

Tan sólo hacía tres meses que habían contratado a personal especializado, y ya habían terminado. La capilla había sido adornada con escayola pintada en purpurina, el crucifijo de dos metros de altura, todo de madera, lo había hecho fray Salvador, que en esos momentos lo observaba satisfecho. Las otras imágenes santas, eran donaciones de otros conventos, sólo unas pocas fueron compradas.

Mientras sus compañeros iban viendo todos los arreglos que la madre Superiora les iba mostrando, Pablo fue a la escuela, y allí, en medio de una clase se encontró con sor Inés. Por unos instantes se miraron sin saber qué decir, en sus ojos se veía la alegría que les causaba su mutua presencia.

- ¿No se marcha usted, sor Inés?.

- Todavía no, aún me quedan cosas que hacer.

- La Superiora de su convento no se opone.

- Sí, se opone.... Y usted, hermano Pablo, ¿no se va?.

- Dentro de una semana.

Pasó un rato sin que volvieran a decirse nada, mientras tanto, los alumnos fingían estudiar.

- Nos hemos visto muchas veces y no sé nada de usted, ¿de qué ciudad es?, preguntó Pablo.

- Tampoco yo sé nada de usted, pero, si puede esperar un poco a que termine la clase.

Los alumnos femeninos eran mayoría, y los había de todas las edades. Se dio cuenta Pablo que su presencia les turbaba, así que se excusó y marchó con el grupo de sus Hermanos.

Como ya habían visto todo lo que la madre Superiora les había mostrado, se marcharon,

así que quedó Pablo solo, menos mal que faltaba poco para que finalizara la clase, estar allí sin hacer nada, no le gustaba. Y si le preguntaban por qué no marchaba con los Hermanos, tendría que decir la verdad, que esperaba hablar a solas con sor Inés, y aquello podría comprometerla. Pensando en estas cosas decidió que lo mejor era pasar el tiempo en la pequeña sala de espera, cuanto menos le vieran por ahí, mejor.

Al poco presintió algo raro, el silencio quizá, luego oyó la voz de un hombre, que venía del aula, así que se acercó. Como la puerta estaba abierta, entró. No pudo disimular su desagrado al ver a dos hombres de Bitutu.

- Bien, bien, un Hermano de la Misión, pase Hermano, pase, está con los suyos.

No llevaban armas de fuego, sólo unos bastones.

- Bueno Hermana, ya sabe a qué hemos venido, hay aquí algunas mujeres que nos pertenecen.

- No entiendo bien esa definición de pertenencia.

- Ni falta que le hace, somos los libertadores de este país, gracias a nosotros tendrán en un futuro escuelas con profesores del pueblo, y no extranjeros, y además, habrá trabajo.

Mientras uno se dedicaba a echarse rosas, el otro iba fila a fila poniendo la mano en la cara de las mujeres para poderlas mirar de frente. Esto hizo pensar a Pablo que no conocían a ninguna.

- Bueno. ¡Basta ya de perder el tiempo!, ¿has visto quienes son?, -le preguntó el de las rosas.

Este señaló a cuatro de ellas, las más guapas, que asustadas se fueron a esconder en un rincón.

Entonces se oyó una voz tremenda que les ordenaba detenerse, y así fue por unos instantes, hasta que entendieron que aquél era un fraile. Por su parte, Pablo que había ido acumulando indignación mientras asistía a tal canallada, había llegado a explotar.

- Además de fraile, es también hombre.

Dijo esto el de las rosas mientras observaba a Pablo dando vueltas a su alrededor. En sus ojos se vislumbraba el miedo que enmascaraba alzando la voz y el bastón.

- ¿Cógelas!.

El otro se dirigió hasta ellas y ante la resistencia que le opusieron tomó a la primera por los pelos.

Sucedió todo muy rápido, Pablo fue en su ayuda, pero el otro le puso el extremo del

bastón sobre el pecho, esto sólo duro un segundo. Por el recuerdo de Pablo asomó la vida mísera que tenían aquellas personas, llenos de enfermedades y encima unas cuantas garrapatas como aquellas, que se las daban de libertadores, les quitaban lo único que les quedaba, la dignidad. No en vano había sido campeón de boxeo en la Universidad durante cinco años. Al del bastón le dio un puñetazo con tantas ganas en la cara, que cayó al suelo sin sentido, el otro soltó a la chica e intentó asestarle un golpe con su bastón en la clavícula, Pablo hizo una finta y le metió el puño en el estómago, después un gancho en la mandíbula le dejó seco.

Todos los ojos se dirigieron a Pablo, que en esos momentos despejaba de la manera más ruda a los dos fantoches. Los tomó por el uniforme como si fueran peleles y de allí los arrastró hasta la puerta, lugar donde los tiró. Al subir de nuevo, la madre Superiora y otras monjas llenaban el aula.

- ¿Se da usted cuenta de los problemas que nos ha causado?.

- Lo lamento, pero no he podido evitarlo.

Antes que la Superiora siguiera en su acusación, sor Inés se le adelantó para explicarle lo sucedido.

- De todas formas ha obrado usted precipitadamente, y lo peor, es que ha utilizado la violencia. Dicho esto se santiguó y marchó seguida de las otras monjas.

Sor Inés tomó a Pablo por el brazo y le aconsejó que volviera cuanto antes a la Misión, temía lo peor.

Así lo hizo, con tristeza en el corazón por haber sentido la amargura que da la rabia, como por los problemas que depararía a las monjas.

Divisó a lo lejos la Misión, y sin duda por el consejo de sor Inés, observó los alrededores con mucha atención. Había varias personas cerca de la puerta principal, en una actitud anormal, así que se desvió por otra calle para entrar por la puerta de atrás. También allí había varios hombres. No podía entrar, y tampoco se le ocurrió dónde dirigirse. Entregarse y esperar justicia, era una tontería, así que lo único que consideró prudente, era buscar a los hombres de Mohabiro, al menos, hasta que aquello pasase, o pudiese volver a su país.

IX

Salir de la ciudad le costó trabajo, su hábito, en esos momentos era un problema. Durante cuatro horas caminó sin descanso hacia una aldea que ya conocía. La noche le sorprendió, y si no llega a ser por la luz de sus fogatas, se habría perdido.

Le reconocieron en seguida, y al instante sacaron alimentos, carne en salazón, que resultó serpiente, y unos pocos dátiles, después le ofrecieron una bebida hecha con agua de coco fermentada que le gustó.

De manera tan animosa pasó la velada, unas veces contando cosas de su trabajo, allá en la Misión, otras escuchando las tradiciones de aquel pueblo, que, por lo que le contaron, bien podría tener relación con una de las doce tribus de Israel.

La bóveda celeste era fantástica de noche, por eso hasta los niños conocían el nombre de las estrellas más brillantes, y que además les servían de guía cuando se internaban en el desierto.

La costumbre de las hogueras, no era sólo por defenderse del frío y las alimañas, según sus tradiciones, era el aliento de un dios robado por un guerrero que luego se lo ofreció a los hombres, aunque a él le castigaran a vivir en la cueva de la gran serpiente.

Pablo no tuvo que ocultar el sentido de su presencia allí, pues no le preguntaron nada. Pasó la noche en una de las chozas y como era verano, le dejaron solo, de haber sido invierno, para darle calor se habrían apretado a él varias mujeres.

Al día siguiente le preguntó a Ekomo, que era el hijo de Yubo, jefe del clan, dónde encontraría a Mohabiro. No supieron responderle, cambiaba de sitio frecuentemente, sin embargo, conocía a los hermanos Bakomi, que eran hombre suyos.

Se disponía a marchar cuando Ekomo le aconsejó se quedase otro día más, aunque sólo fuese por honrar las tradiciones, que decían: menos de dos días, disgusto del huésped por su anfitrión, más de dos, disgusto del anfitrión por su huésped.

No queriendo implicarles ante cualquier represalia de Bitutu, no tuvo más remedio que contarles la verdad. El aspecto alegre de Ekomo dejó paso a la preocupación, luego le dijo que Bitutu no tenía espíritu, por eso quería destruir a todos. Tuvo Ekomo que contárselo a su padre y éste reunir al consejo, por lo que en menos de media hora, ya lo sabían todos, que no pasarían de un centenar. A juzgar por sus miradas, la posición de

Pablo causaba diferentes emociones. Las madres abrazaban a sus hijos mientras le observaban con desconfianza, los ancianos mantenían su actitud regia, los jóvenes le sonreían y querían saber a cuántos hombres de Bitutu había matado con el hacha de madera en el que había un hombre clavado.

Debido a una tradición, aún permanecía allí, si se marchaba lo considerarían una ofensa, aunque lo estuvieran deseando.

Aquella noche tuvo la ocasión de presenciar un juicio. Las hogueras se apagaron, excepto una. Todos los miembros adultos de la aldea se reunieron junto a ella, mientras Yubo y su hijo, tomaban el sitio de honor. El brujo de la aldea iba echando puñados de sal a la hoguera, luego dos hombres sacaron unos troncos del fuego y con ellos iniciaron otro, que rodearon con un cúmulo de piedras grabadas con símbolos mágicos. En esos momentos las mujeres entonaron algo parecido a un cántico, de la oscuridad surgieron dos hombres. Ambos se acusaban de agravios, insultos y otras vejaciones. El castigo por falso testimonio, era un mes de servidumbre, por parte del ofensor, al ofendido. Ambos se postraron ante el anciano Yubo, que los miró como si quisiera ver su interior. Pidió al culpable que se mostrase, si lo hacía la sentencia quedaría reducida a quince días de servidumbre, pero no hubo respuesta. Lanzó Yubo un grito, entonces el hechicero dejó de dar vueltas a la hoguera, hizo una señal a los que habían hecho el pequeño fuego, éstos pusieron una piedra plana sobre las llamas, la dejaron unos minutos y con la ayuda de unos palos la llevaron hasta los acusados. En ese momento lo único que se oía era el crepitar del fuego. El hechicero puso sobre la cabeza de uno de ellos un manto, de tal forma que le dejase libre la cara. Le pusieron la piedra encima, entonces Yubo le gritó si era culpable, respondió que no. Luego probaron con el otro, que no parecía tranquilo, al ponerle la piedra encima, ni siquiera hubo necesidad de preguntar, bajó la cabeza y ésta cayó, luego empezó a pedir clemencia, delatándose al hacerlo.

Pablo que no entendió tan extraño juicio, se quedó intrigado, pero antes de acostarse tuvo ocasión de hablar con Ekomo, le preguntó por lo sucedido, y éste le dijo que el hombre que miente, no es capaz de sufrir por su mentira.

Al día siguiente los miembros del consejo salieron a despedirle. Como tenía que hacer una larga jornada a través del desierto, le aconsejaron dormir de día, cubriéndose con arena, y viajar de noche, siempre en dirección Este. El propio Yubo se disculpó por no poder mandar a ninguno de su aldea a que le acompañase, también le dijo que le

agradaría volver a verle. Pensó Pablo si sería capaz de sostener lo dicho con una de sus piedras en la cabeza.

Cuando vio perderse los últimos vestigios de vegetación, le asaltó un mal presentimiento. Así avanzó lo suficiente hasta encontrar una elevación del terreno que le brindase sombra, por lo que no tuvo que enterrarse. La visión del desierto, donde cada grano refleja los rayos del sol, le pareció tan imponente como a un náufrago el mar.

Cuando el calor atenuó su fuerza, inició de nuevo la marcha. A la media hora, la arena que se introducía en sus pies se comportaba como una lija, sólo cuando la luz cesó, pudo andar sin ellas.

A las dos horas de marcha, el frío le hizo tiritar. Sombras inciertas eran las dunas por la noche, tras las cuales, a veces otras sombras se apartaban, era una figura patética en la oscuridad de la noche, bajo un cielo cubierto de miles de estrellas.

Varias veces tuvo que parar, le resultaba muy cansado ir hundiendo los pies en la arena, que en esos momentos se había vuelto fría como el hielo, pero aún eso era preferible a usar las sandalias.

Con las primeras luces, agotado se dejó caer, y en seguida se quedó dormido. No pasó mucho tiempo cuando el Sol, terrible, comenzó a molestar. Ante sus ojos no vio ningún desnivel que pudiera ofrecerle sombra, así que terminó cubriéndose con la arena. Como no le habían dicho cuánto debía ocultarse, sintió al poco las quemaduras, cavó entonces más hondo, y en efecto, la temperatura cambió. El saco donde llevaba algunas provisiones, y el poco agua que le quedaba, lo puso sobre su cabeza.

No habría pasado una hora cuando la diferencia de temperatura de su cabeza con el resto del cuerpo, le produjo un sopor que acabó en pesadilla. Vio su ciudad natal, y a todas las personas que le conocían, llorando en un cementerio, el difunto, que no lo estaba, era él.

Cuando le bajaron a la fosa y echaron las primeras paladas de tierra, comenzó a gritar mientras golpeaba la caja, pero nadie le oía.

Dando gritos se despertó. Aguantando como pudo, llegó al fin la hora del crepúsculo. Al intentar ponerse en pie, le faltaron las fuerzas, aún así se puso a caminar. Según sus cálculos, en poco más de dos horas llegaría al poblado.

El tiempo fue pasando y del poblado ni rastro, sus ánimos comenzaron a oscurecerse, la idea de morir en aquel desierto no le gustaba. Entumecido le sorprendió un nuevo día,

desanimado se dejó caer, allá donde dirigía la mirada, sólo encontraba arena. Cuando el aire caliente dejaba de soplar, el silencio parecía amenazarle con el vacío inmenso. En estas circunstancias no tardó en sentir alucinaciones, hablaba solo, y en vez de protegerse como lo hiciera el día anterior, siguió andando, sin rumbo.

La desviación del camino, fue a corregir el error en la dirección tomada, Pablo no lo supo por haber caído sin sentido a menos de cien metros del poblado. Una mujer que iba en busca de una cabra extraviada, le encontró.

La aldea se había construido en un oasis. Bajo una enorme palmera, estaba la choza donde ajeno a todo Pablo dormía. Todo el día lo pasó entre pesadillas y recuerdos infantiles, al despertar llegó a creer que estaba en el otro mundo. Poco a poco, le llegó la suficiente claridad mental para reconocer la situación. Aún estuvo unas horas más reponiéndose, antes de preguntar por los hermanos Bakomi. El anfitrión mandó en su busca, al poco apareció uno de ellos, el otro no estaba. Cuando Pablo le preguntó por Mohabiro, Bakomi se mostró receloso, miraba el hábito y a los ojos del extraño buscando confirmación a sus sospechas. Preguntó para qué quería verle, y Pablo le contó entonces lo que le había sucedido. Entonces Bakomi sonrió, había oído hablar de un religioso que dio una paliza dos hombres de Bitutu y que aún no había sido atrapado. Mientras esperaban la llegada del otro hermano, le dieron dátiles frescos y un coco para comer.

Llegó la noche y todos se retiraron a dormir.

Sobre las tres de la mañana un golpe le despertó, al darse la vuelta se encontró con el haz de una linterna, oyó una voz detrás que decía, pensaste que ibas a escapar. Le levantaron tirando del hábito, al momento el de la linterna le hundió el cañón del fusil entre las costillas haciéndole gritar.

Las otras personas que había en las chozas estaban aterradas. Al salir vio a más de treinta hombres armados custodiando. Otro golpe en la espalda con la culata, le indicó hacia donde debía dirigirse. En esos momentos una mujer salió gritando detrás de Pablo, le culpaba de la muerte de su hijo por haberle enseñado a escribir. Se acordó Pablo del muchacho desaparecido y lo relacionó con los escritos contra Bitutu. Uno de los soldados hizo callar a la mujer de un puñetazo.

No le hagas daño, dijo sonriendo otro de los hombres, ha delatado a un huésped, ya se ocuparán de ella.

Trescientos metros más adelante apareció un camión y varios jeep. Le ataron las manos y a empujones le subieron a uno de ellos, entonces fue cuando vio la cara del que portaba la linterna, tenía un ojo morado.

X

En un sótano del cuartel general, sin apenas luz y el poco aire que entraba pasaba por un estrecho tubo, fue donde dejaron a Pablo.

Cuando sus ojos se acomodaron a la penumbra, pudo comprobar la improvisación de aquella celda, habían hecho un agujero en uno de los laterales del pasillo y le habían puesto rejas.

Ningún sonido le llegaba, y no era de extrañar, recordaba haber bajado mucho peldaños. Se estremeció al pensar que igual le dejaban ahí con el único fin de verle pudrirse, luego reflexionó y se dijo que no podía haber personas tan malignas, no obstante, recordó las proezas de este libertador y no se hizo ilusiones.

En la oscuridad y rodeado de aquel implacable silencio, los nervios que hasta entonces había controlado, empezaron a incomodarle, así hasta que el ruido de unas pisadas le devolvió el ánimo. Quizás habían considerado que el castigo era suficiente y venían a soltarle.

La luz de una linterna le deslumbró, oyó que alguien abría la cerradura, le tomaron por ambos brazos y se lo llevaron. Recorrieron los sótanos de aquel cuartel, que más parecía un hormiguero por sus muchos túneles. Al fin llegaron a una sala alargada donde sólo lucía una bombilla, por lo que no pudo ver hasta dónde se extendía, solo oyó la voz de otro hombre desde el interior que respondía al saludo.

- ¿Tienes el acta?, dijo el de la linterna, que resultó ser el Oficial del ojo morado.
- Sí, aquí está, respondió el otro, que venía de la penumbra con un cuaderno.
- Sabemos que eres un espía enviado por Mohabiro, dinos, ¿dónde están sus hombres?.
- Saben muy bien que no soy quien dicen.
- Así que no quieres hablar.

Pidió a los dos hombres que estaban con él, montasen el cuentagotas. Uno de ellos, poco

convencido, tenía escrúpulos por tratarse de un hombre religioso, entonces el del ojo morado arrebatando el hábito de Pablo dijo: Este es el símbolo de su religión, pues ya no lo tiene, y lo arrojó a un rincón.

Vio Pablo que montaban en el techo dos latas grandes, luego pusieron debajo una mesa y una silla, que Pablo se vio forzado a ocupar. Le colocaron los antebrazos sobre la mesa, con las palmas de la mano hacia arriba, justo entre unos agujeros por los cuales pasaron sendas horquillas que atornillaron debajo de la mesa. Después le ataron los pies a la silla y el cuerpo al respaldo. También fijaron las patas de la mesa y la silla al suelo. Llegó uno de los hombres cargado con un cubo de agua y llenó las dos latas, cada una tenía un pequeño orificio, después con extrema precisión las situaron de manera que cada gota cayese justo en el centro de la palma de la mano. Tras esta operación se marcharon.

Supuso que algo malo debía ser aquello, aunque por el momento no sintiera nada. Se animó pensando que los Hermanos, al no verle regresar le buscarían. También recordó la sonrisa de sor Inés, y a fray Julián.

Así pasaron las horas, y el único dolor provenía de la difícil posición en la que estaba.

Cuando volvieron traían alimentos, pero como no tenían intención de soltarle, le obligaron a comer tapándole la nariz. Esto le hacía gracia al del ojo morado, que insistía en que comiese, no quería matarlo, sólo deseaba hacerle sufrir. Como premio le hicieron beber medio litro de vino.

Las horas pasaron, fue entonces que las gotas empezaron a sentirse de otra manera, como si cayeran de mayor altura.

Llegó la noche y los dos subordinados aparecieron con otra tanda de alimentos. Cuando marcharon, la rigidez del cuerpo de Pablo contrastaba con la sensibilidad que experimentaban ambas manos. El cansancio de la postura y todas las fatigas del día le cerraban los ojos, y cuando esto sucedía, la gota le despertaba con un sobresalto. Entonces el tiempo comenzó a transcurrir lentamente. Se movió con la desesperación de verse libre de aquel tormento, pero le habían sujetado bien, y aquella gota implacable golpeaba sobre sus manos.

De vuelta sus verdugos, su mayor instigador le observó con satisfacción, comprobando que la gota caía en el sitio justo, luego dijo: ¿No ha dormido bien su Ilustrísima?, cuanto lo siento.

Curaron la sangre que salía de sus muñecas, luego intentaron sin conseguirlo, hacerle comer. De nuevo la oscuridad y el silencio.

A fuerza de repetirse, la pequeña gota terminó trastornándole el sistema nervioso, y cada impacto, era similar a una descarga eléctrica. Al principio hasta la muñeca, luego le llegó hasta el codo, el hombro y la nuca. Así, en vez de una gota, la sensación se parecía más a ser clavado, además, la pulsación nerviosa en su cerebro fatigado, provocaba en su oído un crujido como el de un campanazo. La desesperación le hizo gritar hasta perder el sentido de sí mismo, presa ya de la enajenación. Intentó sacar las manos y la herida que se hizo fue muy grande.

Cuando llegaron sus captores, ni siquiera se dio cuenta, las heridas en sus muñecas y los lamentos, llegaron a conmoverlos, por lo que pidieron al Oficial que le soltase, pero éste, ofendido empujó a uno de ellos y desenfundando su pistola amenazó con matarlos si decían algo.

Al intentar darle de comer, recobró Pablo algo de cordura y se opuso con todas sus fuerzas, deseaba morir.

El Oficial utilizó un sistema para que la comida fuese a parar al estómago de Pablo. Mientras uno le tapaba la nariz, otro le metía comida en la boca y el Oficial le daba un puñetazo en el estómago, que obligaba a Pablo a tomar aire y en consecuencia, a tragar. Rozando la locura suplicó le soltasen, ofreciéndose a pagar grandes sumas de dinero, les dijo que su padre era rico y mil cosas más que no oyeron porque hacía rato que se habían marchado.

Una de estas veces le llegó algo de consciencia y se estremeció al oír unos gritos, pensó si habría otro allí en sus mismas condiciones, pero no, eran sus propios lamentos los que oía. Sumido en aquel infierno, Pablo imploraba a Dios le permitiese morir. Aquel tormento cada vez iba a más, cada gota se extendía por todo su cuerpo siguiendo el sistema nervioso. Así pasó otro día, y cuando ya Pablo había perdido la razón, a la mañana del tercer día apareció uno de sus captores acompañado por otro que ostentaba sobre su pecho varias medallas. El soldado fue hasta el rincón y cogió el hábito de Pablo. Cuando el otro lo tomó en sus manos gritó: ¡Quién ha sido!.

Antes de marchar soltaron sus manos. Pablo ni se dio cuenta, además, su sistema nervioso repetía con toda exactitud la cadencia de la gota.

A los diez minutos volvieron con el Oficial responsable, se advertía el miedo en todo su

cuerpo.

- No dije que no quería malos tratos a los hombres de religión, no lo entiendes, ¡perro!

- ¡Perdón mi general!, yo creí que el hábito era para ocultarse.

Bitutu sacó la pistola de su funda y apuntando con ella a la cabeza del Oficial le dijo: ¡Perro!, mientes a tu general, has llevado tu venganza demasiado lejos, pero lo peor es que no has contado con nadie, y ya sabes el castigo.

El Oficial suplicó clemencia asegurando que en verdad era un perro, se arrodilló y se puso a ladrar mientras observaba la expresión de Bitutu. Como le viera sonreír, además de ladrar hizo como si tuviera un hueso en la boca. Bitutu fue a guardar la pistola, y cuando el supuesto perro daba un salto sacando la lengua, el General le pisó fuerte en la espalda hasta aplastarlo contra el suelo, luego le disparó en la cabeza. El estruendo despejó por unos segundos a Pablo que veía sin creer sus manos libres.

- ¿Qué hacemos con él?, preguntó el soldado.

- Llévele a la enfermería para que le hagan un reconocimiento, y si no le quedan marcas, le devolvemos a la Misión.

Los hombres que le llevaron no pudieron enderezarlo, así que le condujeron sentado en una silla. Antes que la luz del día dañara sus ojos, uno de ellos le tapó con su gorra. En estas condiciones se presentó ante el doctor. Este hombre de aspecto rudo y sin sentimientos, mandó que pusieran en una de las camas libres, le echó un vistazo y dijo que difícilmente se podría hacer algo, si no había perdido la razón, el traumatismo muscular le dejaría inválido.

El soldado le puso al corriente de lo que había dicho el General, miró el doctor las muñecas de Pablo y moviendo la cabeza dijo que no podía hacer milagros, quedarían cicatrices.

Cuando se fueron sacó una botella de ginebra y se echó un buen trago, luego roció ambas muñecas de Pablo, que ya presentaban un color morado poco agradable. Con un cigarro en la boca fue haciendo la cura. En ese momento llegó el soldado, desde el mismo marco de la puerta le dijo que iban a enviarle abajo, con los dos europeos.

- Si van a dejarle allí hasta que se pudra, me habría evitado el trabajo, además, habría muerto antes.

Le quedaban unas vueltas de venda, pero dio su trabajo por finalizado. A todo esto, Pablo aún sentía la gota.

De nuevo apareció el soldado.

- Se me olvidaba, aquí tienes su hábito.

- ¡Es un fraile!.

- Así es, y le ha costado la vida al teniente Omar, por mano del propio General.

A la mente de aquel hombre llegó un recuerdo de su infancia, que era lo único bueno que le quedaba. Había helado aquella noche de invierno, y él, junto a su madre enferma dormían bajo un carromato. Su hermano había muerto meses atrás de fiebre, a su padre nunca le conoció. El rostro de su madre, ajado por el sufrimiento de la vida, se contraía cada vez que tosía, el miedo empezó a apoderarse de él, en ese momento alguien se paró frente al carro, sólo podía ver sus pies, con temor salió y se encontró con un hombre de hábito, igual al que ahora tenía en sus manos. Aquel hombre les llevó a un lugar donde había muchos como él, allí se ocuparon de su madre, que recobró pronto la salud. A él le enseñaron a leer y escribir, y como se aplicaba, le mandaron a la capital con una beca de estudios. Así fue como se hizo médico. No obstante, poco duró en el buen camino, cuando conoció a Bitutu, se dejó llevar por la sensación de poder.

En aquellos momentos el rostro de Pablo se convirtió para el médico en el de fray Benito, dejó con cuidado el hábito en una silla y fue al cuarto donde tenían las medicinas. Conocía los efectos de aquella tortura, así que anestesió a Pablo, era la única manera de procurarle descanso.

Dos días le mantuvo entre anestesia y opio. En este tiempo Pablo pasaba de una pesadilla a otra. El médico aprovechó el relajamiento muscular para estirarle los miembros, lo que más le costó fue colocarle bien las manos.

Cuando Pablo despertó, tardó buen rato en aceptar que estaba en un hospital, le costaba trabajo pensar, todo aparecía y desaparecía ante su vista sin dejar recuerdo en su mente. Vio a un hombre acercarse, era el doctor, algo debió decirle. Cuando se dispuso a inyectarle, de la jeringa cayó una gota, aquello reavivó su recuerdo, y al instante comenzó a sentirlo en sus manos. El hombre aquel le habló tranquilizador, luego la imagen se fue diluyendo.

Los días fueron pasando, el opio que ahora el médico le suministraba iba siendo cada vez menor, si no quería hacer de Pablo un adicto. También llegó el momento en el que ya no pudo mantenerle por más tiempo en el hospital. Hasta entonces había cuidado de

él lo mejor posible y ya llevaba dos días haciéndole caminar. Daban tres vueltas a la sala, le dejaba descansar una hora y volvían a reanudar los ejercicios.

Pablo había ido recobrando su capacidad mental, de todas formas, aún tenía fuertes dolores de cabeza. Lo que más le interesaba, era conocer su situación, y esto no le era posible, el doctor no le decía nada, eludía en cada ocasión las respuestas.

Aquella mañana llegó una pareja de soldados y se llevaron a Pablo. El doctor se sintió indispuesto, fue al cuarto donde guardaba las botellas y bebió hasta perder el sentido.

Cuando Pablo vio que le conducían a los sótanos, comenzó a temblar, al instante su cuerpo comenzó a experimentar el horror pasado.

Uno de estos soldados fue el que denunció el tormento al General, así que le tranquilizó repitiéndole que no le harían daño, y mientras le decía estas cosas iba pensando si no sería mejor tirarle por las escaleras y acabar cuanto antes. Así lo pensó y así lo decidió. Según descendían llegaron a un descansillo que este soldado creyó el adecuado, de allí hasta abajo había muchos escalones, pero antes debía deshacerse de su compañero. Fingiendo haber olvidado la orden del General para entregar al carcelero, le pidió que subiera a por ella. Cuando éste se alejó se apresuró a empujarlo, justo en ese momento oyó la voz del sargento de calabozos.

- ¿Es este?. Así que ahora les dan vacaciones en la enfermería. ¡Puede retirarse!.

Como si fuera un objeto el Sargento condujo a Pablo por aquellos corredores de penumbra hasta la celda que le había sido asignada.

De la oscuridad le llegó una voz

- ¿Te han hecho daño?.

Al fondo vio las formas de dos hombres, al acercarse vio que uno de ellos parecía ausente.. No quiso Pablo hablar de algo que le perseguía a todas horas. Con dificultad el hombre aquel se le acercó para ayudarle a encontrar el banco donde podía sentarse.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí?, le preguntó Pablo.

- Una eternidad, tres meses, ¿creo?.

- Y.....¿tu compañero?.

- Lo ignoro, aunque por su estado, supongo que mucho.

- ¿No dice nada?.

- Ni siquiera se mueve, la comida se la doy yo, aunque no sé por qué.

Así se inició una conversación que les hizo olvidar por unos instantes el lugar en el que

estaban. Pablo le contó cómo había llegado hasta allí y lo mismo hizo José. Además de ser de la misma nacionalidad, les unía la casualidad de haber estudiado en la misma Universidad. José era uno de los voluntarios de la Cruz Roja. En una ocasión fue el solo a visitar a un enfermo que había curado días atrás, cuando llegó lo hicieron también los hombres de Bitutu, e hicieron con los habitantes del poblado lo que quisieron. No se atrevieron a matarle, pero tampoco podían dejarle libre, después de lo que había visto. Aunque allí la noche fuese perpetua, había una hora en la que cesaban los lamentos.

- Bueno, ya es la hora.

Tomó José el banco y lo desmontó en un instante, luego fue colocando los tablones en unas hendiduras que él mismo había hecho en la pared, con un golpe de puño sobre las maderas, las atascó.

- Hasta ahora han aguantado, espero que también soporten tu peso.

- Y esto, ¿para qué es?, dijo Pablo que hasta el momento había estado observando.

- A estas horas aparecen las ratas, son enormes. No hace mucho se comieron a un pobre inválido al final mismo del corredor.

Entre los dos fue más fácil subir a Esteban, así le llamaba José. Después y con mucho cuidado, treparon ellos. En silencio cada uno se quedó pensando en sus cosas. Tan solo el resplandor lejano de una bombilla, era cuanto de luz les llegaba

En contra de lo que Pablo suponía, se quedó dormido, no tardando mucho en llegar las pesadillas. Se despertó gritando con las palmas de las manos hacia arriba. José que se había incorporado, observó las vendas de sus muñecas, le miró a la cara con asombro y dijo: Estos cabro...te han hecho la gota.

Una semana pasó en tan lóbrego lugar, en este tiempo el general Bitutu recibió las quejas del Rey, que a su vez era presionado por otros países, en esta situación consideró lo más oportuno deshacerse de los extranjeros que tenía encerrados.

A las tres de la mañana, dos soldados y el sargento de calabozos, cruzaron la maraña de túneles.

Al oír que abrían la puerta, el ánimo de los presos se oscureció, a esas horas sólo podían esperar lo peor.

Como Esteban apenas podía andar, lo llevaron a cuestras. Pasaron por varios corredores donde el hacinamiento humano y los olores hacían del lugar algo indescriptible. Vio

Pablo que algunos de aquellos desafortunados llevaban días muertos.

Al final de un pasillo se detuvieron, uno de los soldados tiró de una argolla que había en el suelo levantando una pequeña trampilla.

- Así que es aquí donde nos vais a matar, dijo José.

Primero bajó un soldado, dio unas vueltas a una bombilla y la cueva se iluminó. Las paredes rezumaban humedad, sobre todo por esos pequeños orificios que ya les dio una idea de cómo sería su fin. Al fondo, en el suelo, había un montón de tablas que un soldado mecánicamente quitó, dejando ver una grieta natural. Les hicieron ponerse de espaldas a ésta, luego el sargento dio orden de apuntar, en aquel momento Esteban pareció recobrar la razón, miró a sus verdugos y a sus compañeros, luego dio gracias a Dios. No les dio tiempo a reaccionar, de la otra parte de la cueva, saliendo de una oculta hendidura apareció la silueta de un hombre que realizó tres disparos certeros. El sargento y los dos soldados cayeron al suelo. Era el doctor. Les aconsejó ponerse la ropa de los guerrilleros, según lo iban haciendo el médico los iba arrojando por la grieta. Cuando terminaron, José y Pablo le ayudaron a poner los tablones en su sitio.

Con el alma en un puño fueron atravesando los corredores.

- ¿Y todos estos?, preguntó Pablo al doctor..

- No podemos perder tiempo, pensad que vosotros salváis la vida, y dad gracias.

Fuera del cuartel tenía el doctor un jeep, con el que fueron hasta la carretera principal, allí volvieron a cambiar de ropa, les dio unos visados y dinero para que pudieran tomar el avión.

- ¿No va a venir con nosotros?, preguntó José.

- No, mi sitio es este.

- Si descubren que nos ha ayudado, le matarán, añadió Pablo.

- No se preocupen, hace tiempo que estoy muerto.

Sólo cuando despegaron se sintieron a salvo. Esteban seguía ausente.

XI

Al llamar a las puertas del Monasterio no imaginó la emoción que su persona

causaría. Los Hermanos mandaron un comunicado para anunciar que se quedarían allí el tiempo necesario hasta dar con el paradero de Pablo. No obstante, y según los rumores, se temían lo peor.

El Hermano que le abrió permaneció un instante dudando. El aspecto de Pablo no era el mismo, sus ojeras denunciaban el tormento pasado. Los Hermanos fueron apareciendo hasta impedirle moverse, todos temían por él. El tumulto fue deshecho a las puertas de la biblioteca por el Prior. Cuando éste le tuvo delante, le mandó sentar, luego pidió a otro de los Hermanos que buscara a fray Benito. Agotado como estaba, con pocas palabras describió lo que le había sucedido, sin entrar en detalles que él mismo temía. Fray Benito y el Prior advirtieron que había más de cuanto Pablo contaba, sobre todo por las referencias que los Hermanos le habían hecho.

El Prior pensó que como servidor de Dios para los hombres podía poner la otra mejilla, como hermano mayor no podía tolerar que a uno de sus enviados se le hiciera, lo que imaginaba le habían hecho. Se dispuso ya mentalmente a mover todas las palancas necesarias para obtener de las autoridades de aquel país la seguridad necesaria, hasta entonces, no mandaría ningún relevo.

El hermano Benito le recomendó dos cosas, comer y dormir, después llevó a Pablo a la enfermería y allí curó sus muñecas. Luego le acompañó hasta su habitación.

Aún era de día y la luz se filtraba por la pequeña ventana, eran los últimos rayos del crepúsculo, que en esos momentos le parecieron maravillosos. Volvió a mirar los muros amigos, como si necesitase creer que estaba a salvo. Los últimos acontecimientos se habían sucedido tan rápidos, que aún conservaba el olor de los calabozos en su piel. Poco tardó en quedarse dormido.

Serían las tres de la mañana cuando despertó gritando, miró a su alrededor como si no creyese lo que estaba viendo. Según llegaba la realidad a su cerebro, se fue tranquilizando, no así sus manos, que se empeñaban en reproducir los terrores del tormento. A su lado, en el suelo, le habían dejado una bandeja con un filete, patatas y ensalada, incluso medio vaso de vino. Después de lo que había comido durante un año, aquello le pareció un manjar.

Permaneció una hora despierto, unas veces dando vueltas a su celda, otras tumbado, en una de estas ocasiones, motivado por el cansancio físico y psíquico, se durmió.

Cuando despertó, el Sol sobrepasaba el cenit, había descansado y se encontraba mejor.

Al entrar en el aseo ya sabía lo que podía pasarle. Abrió el grifo con precaución, mientras veía correr el agua no encontraba el momento de meter las manos. Al fin lo hizo, miró sus manos y el agua deslizándose por ellas, entonces le llegó el recuerdo y éstas comenzaron a palpar. Volvió a intentarlo de nuevo, pero esta vez pensando en otras cosas. Con alivio vio que podía lavarse.

Al salir se encontró con fray Benito que venía buscándole. Tiró de Pablo hasta el patio, allí, bajo la luz solar le observó y se sintió satisfecho. No obstante, había dispuesto que estuviera una semana, como mínimo, descansando, le recomendó tomar media hora de sol todos los días y le dio un compuesto vitamínico.

Marchó Pablo a la biblioteca y se puso a leer, pero en seguida perdió el interés, su mente no se centraba, así que decidió ir al jardín.

Los hermanos Roderigo y Melchor se alegraron mucho al verle. Ahora que fray Julián no estaba, se encargaban ellos del trabajo pendiente. A petición del Prior ninguno le preguntó nada relacionado con su estancia en la Misión.

Para Pablo fue una distracción ver cómo plantaban hierbabuena, poleo y menta.

Así fueron pasando las horas, llegaron las primeras sombras y con éstas, aumentó su inquietud.

En el comedor comenzó a sentirse mal, mientras tanto, los Hermanos intentaban hacerle olvidar.

Con las sombras de la noche marchó a su aposento, se tumbó sobre su camastro y ante lo que se le avecinaba, intentó combatirlo recordando la voz de Dios. Con aquel miedo pegado al cuerpo se quedó dormido, y ninguna pesadilla le despertó esta vez.

El nuevo día, aunque lluvioso, fue bien acogido por Pablo, que veía en el éxito de la noche anterior, la posibilidad de olvidar.

Aquel día repitió las mismas cosas del anterior, excepto tomar el sol. También su contacto con el agua fue positivo.

De esta manera los días fueron pasando, y la mejoría de Pablo se fue haciendo cada vez más evidente. Los ocho kilos que había perdido, quedaron en dos, y sus ojeras, aunque seguían siendo visibles, ya no presentaban ese color morado. Por su parte, Pablo solía aprovechar esos días de descanso para pensar y le gustaba hacerlo en el pequeño bosque que había un kilómetro más arriba. Le encantaba subirse a una roca desde donde podía

ver todo el valle, el pueblo con su viejo castillo y sus casas de piedra con tejados de pizarra. Largas columnas de humo que surgían de sus chimeneas, eran difuminadas por el aire. La vista de aquel paisaje le llenaba de emoción. Entonces imaginaba cómo sería el mundo del espíritu, donde las cargas inherentes al cuerpo no existen. También volvían las dudas de siempre, pero en aquellos momentos no tenían tanta fuerza, se contentaba con poder seguir vivo.

En aquellos momentos el autocar color butano se desvió de la carretera y ascendió por la pendiente de los olmos en dirección al Monasterio. Creyó intuir quiénes iban dentro. Saltó de la roca y acelerando el paso se encaminó de vuelta..

Al llegar preguntó si habían venido los Hermanos de la Misión. Se lo confirmaron, así que se dirigió al jardín, donde sabía se encontraría con fray Julián.

- No sabes cuánto me alegro, llegó a correr el rumor de tu muerte.

Le dijo esto mientras le apretaba con fuerza el hombro, como si quisiera convencerse de que era real.

- Y casi lo consiguen.

Al decir esto hizo un movimiento que dejó ver las vendas.

- Qué Dios me perdone, pero creo que ese Bitutu carecía de alma.

- ¿Carecía?.

- ¡Ah! claro, tu no lo sabes. Los hombres de Mohabiro tomaron el cuartel general a través de un pasadizo. La persona que les mostró el camino fue quien luego disparó a la cabeza de Bitutu.

También se alegraron de verle los otros dos Hermanos. En aquellos momentos se sintió feliz descubriendo que había personas a quien él les importaba.

Con la vuelta de los Hermanos se reunieron los frailes más veteranos, la razón, ver si Pablo había pasado el meritorio. Aquella intervención fue realmente breve. Una regla general exigía que además de los miembros de esta agrupación hubiese dos más, uno encargado de pronunciarse en su favor y el otro, en contra. Pues bien, en esta ocasión la parte oponente no tuvo ninguna objeción, así que el hermano Pablo pasó antes que él se diese cuenta a ser fraile. Se le dio un hábito nuevo, tal como era la costumbre, y unas sandalias, que en pleno invierno no utilizaban, pero así era la iniciación.

Dentro de los cambios que siguieron al hecho de convertirse en fraile, estaba la de encargarse de la parte legal, que correspondía a los ingresos que el Monasterio percibía

de personas y entidades, además de otras fuentes ya mencionadas. Como esto le llevaba poco tiempo, el resto lo dedicaba a colaborar en otras tareas, aunque si podía, le gustaba estar con el hermano Julián. En este tiempo otoñal, Julián preparaba las medicinas, Pablo le ayudaba anotando las operaciones que realizaban, también mantenía limpio el laboratorio.

Un día de estos le llegó una carta de su familia, su hermana se casaba y querían que asistiese a la boda. La verdad, es que hacía mucho tiempo que no les veía.

Cuando apareció a las puertas de su casa, ni siquiera su Aya le conoció. No le resultó difícil leer en sus caras que no le encontraban favorecido. Con la coronilla hecha en la cabeza, el hábito y las penalidades pasadas, su aspecto no era el mismo. Su madre fue la primera en salir, lo primero que le preguntó es si le daban bien de comer. Su padre, que venía encendiendo uno de sus interminables puros le estrechó la mano y le observó, luego emocionado le abrazó. Su hermana no estaba, había ido a comprar cosas para su nueva casa. Guiñándole un ojo, el padre le dijo que era muy interesante tener un banquero en la familia. A la vez que sucedían estas cosas, un sastre iba tras su padre colocándole varios chaqués, le tomaba medidas y le colocaba algún que otro alfiler. Su madre que se había puesto nerviosa, le recriminaba por dejar siempre las cosas para última hora. En medio de este alboroto apareció su Aya portando una bandeja con un consomé, jamón y queso. No tenía ganas de comer, pero por no contrariarles, se metió con todo.

Aunque sólo habían pasado un año y dos meses, encontró las huellas del tiempo en sus padres. Cuando se olvidaron un poco de él, marchó a dar un paseo. Ya era de noche, y un viento fuerte traía del mar ese olor característico. El frío había dejado desierto el paseo marítimo, que se extendía ante su vista en hileras de farolas. Se detuvo un momento, apoyado en la barandilla miró hacia el mar, la Luna llena formaba un cono de luz que llegaba hasta las arenas de la playa. Siguió andando hasta una de las bifurcaciones que conducían a la parte antigua de la ciudad, a cada paso le asaltaban los recuerdos, fue así como se dio cuenta del cambio que en él se había producido. De ser una persona nerviosa, ahora sentía el placer de la tranquilidad, de vivir bajo impulsos emocionales, a pensarlo todo antes de actuar. Con retraso, pero había madurado.

Y llegó el día, los novios tradicionalmente vestidos, se casaron, después se hizo una

celebración por todo lo alto en el castillo, ahora convertido en sala de fiestas.

Allí estaban todas las familias ilustres, aristócratas, empresarios, banqueros, y algún que otro supuesto artista.

Pablo se había visto forzado a ir, para no desentonar se había puesto uno de sus trajes, que aún conservaban. Se habían sentado a su lado, una rubia y otra morena, muy guapas, tuvo que recordarse que era fraile. Después de la comida la fiesta comenzó a ser un martirio para él, el ruido, el humo a tabaco, y tanta vanidad, se le hacía insufrible, así que se disculpó y marchó. Al respirar el aire de la noche se sintió aliviado.

Encontró a su Aya muy contenta, deseaba saber cómo había sido el banquete, si Davinia se había portado bien y otras cosas semejantes. Viéndola sintió pena, había entregado cuarenta años de su vida a servir a su familia, y ni siquiera la habían invitado a la boda de la niña que ella misma amamantó de pequeña.

Entró en su habitación, subió las persianas y sin pensar en nada dejó que el recuerdo del Monasterio, arriba, en lo alto de la meseta, le inundara. Con esta imagen se durmió.

XII

Aquellas Navidades iban a ser muy frías, hacía una semana que no dejaba de nevar. Los tejados del Monasterio estaban cubiertos por una capa blanca que solía desprenderse cada vez que tocaban las campanas, le recordaba a Pablo esos cuentos navideños que leyó de pequeño.

Las celdas no tenían calefacción y los muros de piedra parecían contribuía a enfriar el ambiente. Así no era de extrañar ver a los Hermanos más gruesos, todo a base de jerseys y calcetín sobre calcetín. Sólo habían climatizado la capilla y el comedor.

En estos días y cuando sus ocupaciones se lo permitían, a Pablo le gustaba subir al campanario, desde allí veía el valle, con sus árboles, ahora blanqueados, donde solían jugar al caer la tarde los rayos de sol. Más al fondo estaba el pueblo, con sus tejados cubiertos de nieve y todas sus chimeneas elevando al aire columnas de humo, que igual a plegarias quisieran llegar a lo más alto.

A veces costaba trabajo respirar y las narices de los Hermanos que por algún motivo

tenían que salir fuera, se ponían en seguida rojas.

Fue a la hora de la cena cuando oyó hablar de un curioso ermitaño que vivía en una cueva adecuada como casa. Según pudo escuchar, unos le tomaban por loco, otros por sabio. La curiosidad le hizo buscar más información. Esto le resultó fácil, sobre todo porque tiempo atrás aquel ermitaño había sido frailes de ese mismo Monasterio. Según le contaron, el hermano Nazario, como aún le llamaban, era hombre fervoroso y el tiempo que le sobraba lo pasaba leyendo, incluso se decía que no dormía por las noches para seguir leyendo. Tuvo algunas controversias con el antiguo Prior, aunque esa no fue la causa de su rotura con el voto. Todo lo que había ido acumulando en su interior, surgió en forma de una gran apatía, su fe no sólo se debilitó, sino que dejó de creer en Dios. Pese a estas opiniones, los Hermanos le seguían teniendo por un hombre bueno, confundido, pero bueno.

Sin darse cuenta estos Hermanos habían tocado la fibra sensible de Pablo, su curiosidad. Desde entonces sólo buscaba la mejor manera de encontrarse con aquel hombre.

Con el fin de no dar explicaciones, esperó la llegada del Domingo. Esa mañana era muy fría, la nieve se había convertido en hielo y se hacía difícil caminar.

Los que le habían oído hacer preguntas, sabían donde iba, los demás, lo encontraron extraño.

Fue cruzando los campos y hundiendo los pies en algunos charcos, que aunque helados, cedían. A la media hora ya se preguntaba si no se había precipitado.

Un kilómetro más o menos después de abandonar el último campo rotulado, vio la colina, y de lo alto de ésta ascender una hilera de humo, sin duda aquella sería la casa del ermitaño. Los últimos metros eran difíciles, tanto por la pendiente como por lo resbaladizo del terreno.

Debió de oírle, pues al punto apareció un enorme corpachón con largas barbas vestido con un chandall. Así, saliendo de la cueva, le pareció un hombre primitivo, pero cuando le extendió la mano y le dijo que se agarrase, el tono de voz y la inteligencia de su mirada, borró su primera impresión.

- ¿En qué puedo servirle?, dijo mientras hacía ademán invitándole a entrar.

Su casa, le pareció a Pablo sencilla y agradable, el hogar brillaba con sus llamas poniendo color a los objetos cercanos.

- He oído hablar de usted y he querido conocerle.

No era esta una manera de presentarse, pero era la verdad.

- ¿Todavía sigue la estatua de San Pedro torcida?.

- Sí, respondió Pablo, y además.....

Así fue como empezó, y quince minutos después:

- No he perdido la Fe, si es a eso a lo que te refieres, lo que pasa es que no puedo entender a un Dios que esté vigilando nuestras acciones, no creo que seamos tan importantes.

- Y si yo te dijera que Dios existe.

- Tendría que hacer como Santo Tomás, pedirte una prueba, que supongo no puedes darme.

- Es cierto, pero yo le he oído, me ha hablado.

En esos momentos Nazario se le quedó mirando, intentaba averiguar si Pablo era un fanático o si había posibilidad de que estuviera equivocado.

- Perdona, pero no puedo creerte, como tampoco comparto esa aversión que tienen los servidores de Dios hacia el sexo. ¿Qué tienen de malo las mujeres?, a mí me gustan.

Pablo no respondió, en el fondo sabía que tenía razón.

- Mira, si venimos al mundo por el acto sexual, no podemos luego pensar que es algo impuro, sería tanto como condenar a la humanidad entera y con ella, a su Creador. Dios le dice a Abraham en el desierto, creced y multiplicaos, y después llegan unos con sotas y añaden, si quieres seguir a Dios, no tengas trato con las mujeres.

- Hace tiempo que no oigo hablar con tal franqueza, no me extraña que tuvieras problemas, de todas formas, sé que Dios existe.

- No me gustaría desmoralizarte, pero quizá la vida sea de otra manera, ni mejor, ni peor, sólo distinta.

- He venido hasta aquí por que me interesa la verdad, y no me asusto fácilmente.

- ¿Quieres un café?.

Por unos instantes permanecieron silenciosos cerca del hogar. Nazario pensando si seguir adelante, el joven le caía bien, era valiente, pero...

Después de apurar el café, Nazario, que hasta el momento había estado sentado, se levantó.

- Dios no ha creado al hombre, ha sido al revés.

Hizo una pausa para ver cómo calaban sus palabras en Pablo, y como éste no hizo

ademán de marcharse, siguió.

- ¿Podemos imaginar una vida sin Dios?, la verdad es que no, suceden tantas cosas y desagradables, que necesitamos creer que en alguna parte hay un representante de la justicia, y que todas las maldades que nos han hecho, las pagarán, mientras que nosotros, por ser buenos, recibiremos el premio. También a mí me gustaría pensar que esto es así.

- Pero los Profetas, y el mismo JesuCristo, todos ellos dieron fe de la existencia de Dios.

- ¿Y qué iban a decir?, que nadie les castigaría por sus malas acciones. Lo que uno hace mal lo paga, pero no por mano divina, sino por la propia estupidez

- Esto que me cuentas es horrible, no creo que el mundo sea así.

- No crees o no quieres creer. Lo que te asusta es que no haya premios ni castigos.

- Lo que me asusta es lo que piensas, y como comprenderás no puedo creerte.

- No busco que me creas, sólo te expongo la vida, tal como la veo yo. ¿Qué es el ser humano? sino un barco a la deriva en el infinito de la eternidad. Cuando el hombre aprenda a no necesitar a Dios, es posible que entonces le encuentre.

- No te entiendo.

- El día que esto suceda, el hombre verá que no tenía nada que temer, que es inmortal, sabrá entonces que aunque Dios no exista, no importa.

Hubo un momento de silencio.

- Cuando una persona con ideas equivocadas deja su cuerpo, su alma, desconocida para él, no puede manifestarse, se siente perdido, no tiene mundo interior, así que tendrá que volver a nacer, una y otra vez, hasta que aprenda a ser libre.

Pablo, que apenas podía creer lo que estaba oyendo, tenía una expresión que hizo gracia a Nazario.

- ¿Quieres que siga, o has tenido bastante?.

- Pero, ¿cómo puedes vivir con una filosofía así?.

- Muy bien, no tengo complejos, y nunca espero que el Cielo me saque las castañas del fuego.

- Si Dios existe, ¿quién ha creado entonces el mundo?.

- No me defraudes, te tengo por algo más. ¡Quién ha creado!. ¡Nadie!. La vida es eterna, creo que ya deberías saberlo.

- ¿Crees posible la existencia de seres parecidos a los humanos, pero espiritualmente

distintos?.

- ¿Te refieres a algo en concreto?.

- Sí, al hecho de que hay personas capaces de los actos más bajos y que ninguna conciencia les atormenta.

- Has tocado la palabra clave, conciencia, que nada tiene que ver con el Bien ni el Mal. Como sabrás, aquello que la sociedad considera bueno o malo, cambia con el tiempo, no así el concepto de la verdad. Una mala acción consistiría en cambiar el orden natural del Universo, como robar el calor de los cuerpos más fríos y dárselo a los más calientes.

- Pero, ¿qué tiene esto que ver con la conciencia?.

- Mucho, porque la conciencia es función de la memoria. Cuando hacemos algo que creemos está mal, esto queda en la memoria, sucede entonces que este recuerdo no es bien recibido en nuestro interior, así que luchamos por expulsarlo, y cada vez que lo hacemos, tenemos que volver a recordarlo. Es a eso a lo que llamamos remordimiento. Por otra parte, los cuerpos sin su parte divina, que es el espíritu, sólo ven el mundo dividido en dos partes, una, la que ellos pueden comerse y la otra, la que les puede comer a ellos.

Cuando se despidieron sintió Pablo el frío del exterior. Nevaba en abundancia, así que se apresuró. Cien metros adelante se volvió, Nazario a la puerta de la casa le observaba inquieto. Era un gran hombre, aunque ateo.

Los árboles cargados de nieve dejaban caer lo que les sobraba, mientras que el silencio le hacía reparar en lo especial de aquel día. Había algo en el ambiente que se comunicaba con el alma.. No era posible analizarlo, para ello habría que desmenuzarlo y al final no quedaría nada. Era la armonía del conjunto y no lo especial de sus elementos lo que causaba esa sensación.

Nada más entrar, fray Abelardo le aconsejó se quitase cuanto antes los calcetines y tuviese un buen rato los pies en agua caliente. Las pulmonías, -le repetía-, comienzan por los pies.

Como no encontró ninguna palangana se apañó con un cubo, y así dispuesto llegó fray Lucas, que le comunicó fuese a la biblioteca donde le esperaba el Prior.

Allí le encontró, como siempre, reparando un libro. Nada más verle le mandó tomar asiento, luego, sin decir palabra, esperó que la cola estuviese a punto y con fuerza apretó lo que quería pegar. Volvió a mirarle, dejó a un lado el libro y sin preámbulos pasó a

preguntarle el motivo de su visita a Nazario. Pablo le dijo que sólo había ido por curiosidad.

- Y bien, ¿qué opinión te merece?.

Pablo lamentó que una persona tan franca e inteligente fuese tan atea. Mientras contaba estas cosas, veía en los ojos del Prior que había algo más.

Le aconsejó llevar más cuidado con su curiosidad, él, como Prior debía cuidar del bienestar espiritual de los otros Hermanos, y no consideraba oportuno que Pablo se tratase con una persona así, podría llenarle el cerebro de confusión.

En la semana que siguió a esta entrevista, sólo tuvo tiempo para llegar a su celda por las noches y caer rendido. Los otros Hermanos se acordaban de él y le pedían ayuda. No le hubiera dado más valor, si no llega a ser por el hecho extraño de que estando otros Hermanos libres, sólo le buscasen a él, y por otra parte, muchas de las cosas que le pedían, carecían de importancia. Con todo esto, se le pasó por la cabeza que estaban haciendo lo posible para que no le diese tiempo a pensar, y la verdad, es que lo estaban consiguiendo. Para comprobar si estaba en lo cierto, al día siguiente, nada más terminar su trabajo, se perdió para los demás, apareciendo de improviso en la biblioteca. Como era de esperar, el Prior nada más verle dejó lo que estaba haciendo y se marchó, al poco apareció otro Hermano pidiéndole ayuda.

Así estuvo aguantando una semana, antes de pedir al Hermano mayor le dejase de considerar tan útil.

Era grato volver a la normalidad, al menos disponía de un par de horas antes de cenar para hacer lo que quisiera, como irse a leer a la biblioteca.

No duró mucho esta situación, el Prior volvió a tener otra conversación con él, convenciéndole para que dejase descansar los libros durante un año. Aquello provocó una lucha en su interior, era su ánimo rebelde el que estaba en pleno apogeo, se preguntaba una y otra vez, ¿cómo podía saber el Prior lo que pasaba por su interior?. En esta ocasión fue la ayuda de fray Julián decisiva. Por ese vínculo que unía a ambos, no le costó exponer a Pablo lo que el Prior deseaba, y lo hizo eligiendo bien las palabras, sin que diese la impresión de que se le imponía un castigo.

XIII

Al principio se volcó en su trabajo, el tiempo que le quedaba libre sin saber qué hacer lo dedicaba a ayudar en otras tareas; así estuvo un par de meses. Sin que mediase otra decisión el tiempo que se encargaba de ocupar, le pareció más interesante dedicarlo a otras cosas, entre ellas, pensar. En esa época, final del invierno, subía al campanario y allí se pasaba las horas contemplando la inmensidad de la bóveda celeste. Allí arriba, envuelto por la oscuridad y el silencio, tenía la extraña sensación de estar fuera del tiempo. Bajo sus pies el mundo podía girar con todo su frenesí, pero allá arriba, todo era calma, y hasta el movimiento más leve producido por el viento, le parecía fuera de lugar. Día a día el invierno se fue suavizando, luego aparecieron los brotes del mundo vegetal, anunciando ya la llegada de la primavera. Sin apenas darse cuenta comenzó a estar más atento a lo que hacía, y más aún, por qué lo hacía. De esta manera comprobó que podía profundizar en su interior mucho más de lo que hasta ahora había conseguido. Se dio cuenta que parte de su rebeldía, provenía del orgullo, y qué era el orgullo sino una creación artificial. A este aspecto fue muy instructiva la plática que tuvieron Damián y Lorenzo.

Damián decía que el orgullo era el peor mal que podía tener el hombre, algo así como una casa sin ventanas. Lorenzo, por su parte, mantenía que el peor de los males era negarse a ver la verdad.. Y así hubieran seguido si no llega a ser por Lucas, que unió ambas posturas al hacer hincapié en que el orgullo, visto desde otro ángulo, era la negación de la verdad, provocado por un amor hacia la propia persona, y que de no ser tantos los que tenían este mal, la sociedad no dudaría en definirlo como enfermedad mental.

Pablo también tenía sus ideas al respecto, aunque en aquella ocasión no las expuso, personalmente se había dado cuenta que el orgullo era más peligroso de lo que parecía, podías llegar a creer que te habías desprendido de él, y al poco asomaba con otra cara.

Poco antes de la llegada del verano y tras finalizar su tarea diaria, solía pasear por el campo. El olor a tomillo y romero le encantaba. También le gustaba contemplar la actividad de los agricultores cuidando el campo. Esto daba a cada parcela de terreno un color particular y visto desde lejos el valle parecía un gigantesco mantel. A esas horas

las golondrinas gritaban llenas de emoción, como si fuesen almas de niños en pleno juego.

Con el inicio del verano también llegaron algunos huéspedes, entre éstos, tres mujeres jóvenes, bastante guapas. Pablo se dio cuenta que no era posible olvidar que bajo el hábito seguía siendo un hombre, y aquellas jóvenes parecían disfrutar exhibiéndose. No entendía cómo el Prior había aceptado su presencia.

Una mañana se encontró Pablo con un matrimonio de mediana edad, vestidos con ropas toscas se hacían fotos en el huerto, le pidieron que les hiciese una juntos. Cuando les devolvía la cámara una de aquellas mujeres se le acercó y con aire sofisticado se presentó. Sabía Pablo que iban a traer complicaciones, o al menos lo intentarían, había conocido a muchas chicas así.

Como la tentación era muy fuerte, los Hermanos intentaban por todos los medios evitarlas, pero no siempre era posible, y cuando esto sucedía se ponían nerviosos y hasta le subían los colores si una de ellas se acercaba demasiado. Así estuvieron sufriendo el asedio, hasta que un día, de improviso las vieron marchar, si fue por voluntad propia o ajena, no lo sabrían, pero se alegraban.

A lo largo de la mañana el calor se hizo insoportable, cada movimiento era el resultado de la fuerza de voluntad.

Se encontraba Pablo montando unas estanterías para la despensa cuando un ajeteo inusitado llamó su atención. Por el corredor, que iba de la cocina a los comedores, pudo oír los pasos raudos de algunos Hermanos. Algo había pasado, lo presentía. Siguió la misma dirección hasta encontrarse a varios de ellos esperando nerviosos frente a una puerta.

Fray Roberto se había caído desde el tejado mientras reparaba un nido de golondrinas. La imagen de la altura pasó en seguida por la mente de Pablo, habría más de diez metros, una caída así era mortal.

A los pocos minutos el Prior salió para tranquilizarles, la vida del hermano Roberto no corría peligro, tenía una lesión en la cabeza y por el momento estaba conmocionado. Fray Julián le atendía. Esto fue lo que más tranquilizó a Pablo.

Durante el día se siguieron haciendo las mismas cosas, aunque cada Hermano llevaba en su interior la duda, que sólo se quitaría cuando vieses repuesto al accidentado.

En el Monasterio convivían sesenta frailes, y aunque todos se conocían, había grupos que por razones de proximidad en el trabajo, o en sus celdas, se tenían más confianza. Pablo sabía pocas cosas de fray Roberto, allí nadie comentaba nada, y ese poco era debido a lo que se escuchaba sin querer en el comedor. Roberto era malagueño, había sido piloto de fórmula uno, y como la mayoría de los Hermanos, una experiencia le hizo dejarlo todo y dedicarse a buscar la verdad. Fue en una carrera cuando Roberto se cerró para impedir que le adelantasen provocando un accidente mortal. Después de aquello ya no fue el mismo, no podía quitárselo de la cabeza, así que tomó los hábitos.

A la hora de la cena todos esperaban a Julián. El hermano Roberto aún seguía conmocionado, si al día siguiente no se reponía le llevarían al hospital.

Una semana pasó Roberto en el hospital, Julián quería estar seguro de su recuperación y para ello necesitaba comprobar radiografías y otras cosas que él, como médico sabía.

El día de su vuelta los Hermanos se desanimaron, algo no marchaba bien, Roberto les miraba como si no les conociera. Julián le condujo hasta su celda y encargó a dos compañeros que le atendieran, luego fue a hablar con el Prior. Poco después éste les reunió a todos en el refectorio.. Les dijo que Roberto había perdido la memoria, y mientras buscaban la mejor manera de recuperarle, les rogaba que no le atosigasen.

Aquella tarde el Prior mandó llamar a Pablo, como siempre se encontraron en la biblioteca, también estaba allí fray Julián. Habían decidido encargarle el restablecimiento de Roberto. Considerado un honor, al principio Pablo expuso sus dudas, allí había otros más cualificados. El Prior le miró, movió la cabeza como si no quisiese oír más, y le explicó que si le habían escogido a él, era porque creían que podía hacerlo. El tono de su voz no daba pie a indecisiones, así que todo quedó zanjado. Debía estar todo el tiempo con Roberto, e intentar hacerle recordar, ¿cómo?, lo dejaban a su elección.

De vuelta a su celda se sintió bien, en el fondo le gustaban los retos.

Al día siguiente, temprano, fue Pablo en busca de Julián, le encontró en el laboratorio mirando al microscopio.

- Pero yo no sé nada de medicina.

- No te preocupes, de esa parte me encargo yo, tu debes enseñarle cuanto creas necesario, es la única manera de hacerle recobrar la memoria. Es un trabajo pedagógico,

en Argelia lo hiciste, pues esto es lo mismo.

Le condujo hasta la habitación de Roberto, éste les saludó con una sonrisa que en Pablo produjo aún más dudas.

- ¿Te extraña verle de tan buen humor?. Le preguntó Julián. Su estado físico es bueno, aunque no se corresponde con la idea novelesca que se tiene de aquellos que pierden la memoria, ¿verdad?. Tal vez esto te haga pensar. ¿Es tan importante lo que aprendemos?, ¿lo que creemos ser?.

Dicho esto se marchó.

- ¿Por dónde empezamos?, preguntó Roberto.

- ¿Recuerdas algo?.

- Nada.

Pensó que de momento lo más sensato era llevarle a la biblioteca.

La visión de tantos libros no produjo ninguna emoción en Roberto, aunque no era esa la idea de Pablo, tomó el primero que le vino a la mano y le preguntó cuál era el título. Roberto respondió, al menos no se había olvidado de leer.

Buscó entre tantos tomos el que pudiera estar en relación con Roberto, en esto tuvo que ayudarle el Prior. Encontraron un libro sobre motores de explosión. Otra cosa que se le ocurrió a Pablo fue pedir la dirección de algún familiar que pudiera mandarle fotos.

Roberto estuvo leyendo un par de horas al lado de Pablo, que se ocupaba de un libro que le habían recomendado sobre la memoria.

A la mañana siguiente fue Pablo en busca de Julián que ya estaba en el laboratorio.

- No puedo creer que la memoria se encuentre en el cerebro.

Julián se le quedó mirando, en sus ojos asomó un reflejo de satisfacción.

- Hay muchos estudios al respecto, supongo que algo has debido leer.

- Cierto, sé que en determinada parte de nuestro cerebro, una lesión puede causar la pérdida de memoria, como ha sucedido aquí con Roberto, pero esto no tiene por qué ser la causa, sino su efecto.

- Te puedes explicar mejor.

- La facultad de hablar, no está en la lengua, pero si te la cortan....

- Me alegra que pienses así. Tampoco creo yo que la memoria esté en el cerebro, aunque mis razones son otras. ¿Dónde están los millones de vivencias que el aprendizaje humano requiere a lo largo de toda la vida?. Pensar que está en un soporte celular, ni

siquiera es ridículo, resulta patético. Si encuentras la memoria, encuentras al espíritu, y si encuentras el espíritu, encuentras a Dios. De todas formas no te hagas ilusiones, muchos místicos y filósofos lo han intentado, pero demostrarlo, es otra cosa.

- Entonces, ¿qué se sabe de la memoria?.

- Si te refieres a algo concreto, nada. Hay muchas hipótesis, quizá alguna de ellas sea cierta.

- Y tú, ¿qué crees?.

- Por ahora no voy a decírtelo, prefiero que pienses por tu cuenta.

De allí marchó Pablo en busca de Roberto. Le encontró en el terraza, a la entrada misma del Monasterio.

- ¿Te gusta el paisaje?, preguntó Pablo.

- Es maravilloso. ¿Tienes ya algún plan a seguir?

- No, pero de algo estoy seguro, sólo tú puedes hacerlo.

Volvió Roberto a mirar hacia el valle.

- Y si no quisiera.

Aquella tarde Pablo llegó a la conclusión que dentro del Monasterio no conseguiría nada. Era necesario que Roberto viviese de nuevo la sociedad, introducirle en los círculos que debió frecuentar.

Se lo explicó al Prior y éste no puso objeción, además le dio un talonario para cubrir gastos. Todo pues, estaba preparado, bueno, casi.

Aquella noche, tumbado en su camastro Pablo se sentía incómodo, y así al pronto, no encontraba una razón que justificase su estado de ánimo. Hizo revisión de cuanto le había sucedido, así encontró su espina. Fueron las palabras de Roberto allá en la terraza. Una duda se había metido en su alma, ¿hacía bien induciéndole a recobrar la memoria?.

Tres días después hacían las maletas. Allí pocos guardaban la ropa de calle, las que había disponibles no eran de su talla o pertenecían a otra época, aún así, llevaron un traje del hermano Melchor de hacía veinte años, y que ahora estaba de moda, y el otro del hermano Gustavo de iguales características.

Según hacían estos preparativos, fray Jesús le comunicó a Pablo que le llamaban por teléfono. Le sorprendió, sólo podía ser su familia y no le llamarían si no fuese importante.

Su padre había sufrido un infarto, por suerte no había sido fatal, se encontraba ya en

casa y preguntaba por él.

Aquella misma tarde se puso en camino. Serían las diez cuando llegó, la casa estaba repleta de gente. Nada más verle, -el hábito en estos casos impresiona mucho-, le acompañaron hasta la habitación de su padre.

Allí estaba toda la familia. Su madre se abrazó a él, después le condujo hasta el mismo borde de la cama, miraba a los ojos de su marido y a los de su hijo como si esperase algún milagro.

Con el rostro lívido, los huesos de los pómulos salientes y la boca entreabierta, su padre presentaba mal aspecto.

Pidió Pablo a los visitantes que ocupasen las sillas del salón contiguo. No entendía cómo había tanta gente allí, horas enteras mirando el dolor de otra persona.

Tomó Pablo la mano de su padre y le dio unos golpecitos para despertarle. Abrió los ojos, luego consiguió decir: Tengo miedo, y apretó fuerte la mano de su hijo.

- No te preocupes, saldrás de ésta. Aún así, cuando llegue el momento no debes temer lo desconocido, es lo que conocemos lo que debería infundirnos temor.

Consiguió mover la cabeza y sonreír.

Cuando salió todos se le quedaron mirando. No hubo comentarios. Su hermana y su marido se acercaron a Pablo, fue entonces cuando vio que estaba embarazada.. Después de ponerle al corriente de cómo y dónde le había dado el infarto, pasaron a contarle todas esas cosas que impresionan a las personas que viven hacia fuera, como: parece mentira, quién lo iba a decir, no somos nada. ¿Tenían que llegar a tales extremos para recapacitar?, o por el contrario, la visión de la muerte aún les hacía agarrarse más a lo que tenían.

Pensó quedarse hasta ver restablecido a su padre, pero acostumbrado a interpretar los silencios, comprendió que le hacían responsable de lo sucedido, así que sólo se quedó un par de días.

En el autobús que le sacaba de la ciudad descubrió la lucha que había en su interior. De corazón se sentía culpable, no así con la mente. Esta lucha era curiosa, sus sentimientos de afecto hacia su familia le hacían sufrir, sin embargo, él tenía derecho a elegir su forma de vida, además existía otro vínculo más fuerte, la llamada de Dios. ¿Qué eran entonces los sentimientos?. Se preguntó esto durante todo el trayecto y aunque no encontró la respuesta, sí llegó a la conclusión que su irracionalidad podía hacer mucho

daño. La mente, más acostumbrada a la lógica quería analizar el sentido de culpabilidad que su familia sin palabras arrojaba sobre él, pero se negó a seguir adelante, sus sentimientos se lo impedían.

XIV

Tomaron habitación en un hostel en el centro de Madrid, no era gran cosa, aunque comparándolo con las celdas del Monasterio, era todo un lujo.

A Roberto la ciudad le gustó, como llegaron de noche, se entretuvieron mirando los escaparates. En un estanco una cachimba llamó la atención de Roberto, Pablo no le quitaba ojo, miraba donde éste lo hacía intentando en cada momento sacar conclusiones.

A la mañana siguiente fueron a pasear por la ciudad. Pasearon por viejas calles y visitaron algunos museos. Compró Pablo algunos diarios deportivos para enterarse sobre las carreras del circuito del Jarama, precisamente aquella tarde había una.

Nada más entrar en el circuito Roberto se desvió entre las hileras de gradas, hasta llegar donde se reunían los mecánicos cuando hacían las últimas comprobaciones. Pablo que iba detrás, le felicitó. Roberto no lo entendió, hasta que le explicó que con lo grande que era aquel circuito, no había dudado, sabía dónde se encontraban los boxes.

Durante la carrera Pablo preguntaba y Roberto respondía, se anticipaba a las maniobras de los corredores y a veces les prevenía como si pudieran escucharle. En las últimas dos vueltas, cuando estaba más animado, sacó Pablo la cachimba que el día anterior Roberto se quedó mirando y con toda naturalidad se la pasó junto a un paquete de tabaco. Sin apartar la vista del circuito, la tomó en sus manos, desprecintó el paquete y la cargó, metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta y la volvió a sacar en actitud de pedir fuego. Ambos se rieron. Roberto le devolvió la pipa.

De vuelta al hostel Pablo le preguntó que sintió cuando fue a los boxes y al tomar la cachimba. No supo responder, había sido instintivo. Después de esto cada uno quedó con sus pensamientos. Al poco Roberto le dijo que sentía como si quisiera cruzar las manos y los propios dedos se lo impidieran.

A solas en su dormitorio, estuvo Pablo un buen rato despierto, las palabras de Roberto le

habían impactado, aunque no sabía por qué. Mientras pensaba iba haciendo con las manos lo que el otro le había dicho.

Serían las cuatro de la mañana cuando Pablo se despertó. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa, ¡Ya lo tengo!, exclamó. Era la psíque, alma o espíritu, como le quisieran llamar donde residía la memoria. El golpe que había sufrido Roberto dificultaba el acoplamiento entre el alma y el cerebro, y al estar estas dos partes mal conectadas la transmisión de recuerdos se había bloqueado. Sabía que era así, aunque no pudiese probarlo. Se acordó entonces de las palabras de Julián.

Por la mañana fueron de nuevo a visitar museos y a pasear por las calles. Pablo sabía que Roberto había vivido en el centro de la ciudad, pero desconocía dónde, por eso hacían los recorridos andando, nada estimula más la memoria que el lugar donde uno ha vivido. El tumulto de gente y automóviles les terminaba cansando, entonces se detenían a tomar algo en alguna de las muchas cafeterías. Esta vez se alejaron tanto que decidieron tomar el Metro. Dentro del vagón ambos estuvieron en silencio. Al fondo, una muchacha atrajo la atención de Pablo, era muy atractiva, llevaba un pantalón vaquero ajustado y un suéter que realzaba su busto. En las ciudades hay muchas mujeres guapas, pero aquella le recordaba a alguien.

La joven se sintió observada y miró hacia Pablo. No podía ser, era la viva imagen de sor Inés. Ahora ambos miraron en direcciones opuestas. Al poco la muchacha cambió de posición para poder observar a Pablo en el reflejo de las ventanillas, éste a su vez volvió a mirar, la joven también lo hizo. No cabía duda, era ella. Se aproximó Pablo y con voz temblorosa atinó a preguntar: ¿Sor Inés?. ¿Hermano Pablo?, le respondió ella. Se alegraron mucho y no sabían qué decirse, se miraban extrañados como si no dieran crédito a lo que estaba sucediendo.

Inés le dijo que tras su huida y posterior desaparición, los rumores de su muerte se extendieron, lo pasó mal, luego esos mismos rumores se desmintieron, añadiendo que había logrado escapar. Con aquella incertidumbre fue un día a la Misión, allí se enteró que Pablo estaba vivo y que había vuelto al Monasterio. Pablo se disculpó por no haber escrito, pero en la situación difícil que la dejó, no le pareció oportuno.

Después de presentar a Roberto, se fueron contando cómo habían llegado a encontrarse en esas condiciones.

Inés había dejado el hábito poco después de lo sucedido con Pablo. Aquellos miserables volvieron en dos ocasiones a llevarse mujeres, algunas de ellas, casi niñas. No podía entender la postura de la Madre Superiora, si estaban allí para ayudar, evitar los atropellos también era una manera de servir a Dios. No podía olvidar los ojos de aquellas jóvenes tendiéndole la mano mientras aquellos degenerados se las llevaban. Había gente en el mundo a quien no era bueno poner la otra mejilla. Después Bitutu y todo su ejército fue destruido y aunque ya no había problemas de este tipo, no dejaba de chocar con la Superiora, terminando por abandonar el Convento. Llevaba casi un año en Madrid viviendo con sus padres, por la tardes acudía como voluntaria a la Cruz Roja. Por su parte, Pablo le puso al corriente de su estancia en la ciudad, sólo entonces se dieron cuenta que habían llegado al final de la línea.

Los tres comieron en un restaurante asequible, después Roberto, fingiéndose cansado volvió al hostel. Pablo acompañó a Inés hasta su casa.

A petición de Roberto salieron aquella noche. Las luces de la gran ciudad le atraían, sobre todo, los bares de lujo. También esto empezaba a intranquilizar a Pablo. Ahora Roberto era como un recién nacido y si no recobraba pronto la memoria, tal vez hubiese problemas.

Entraron en una cafetería de moda donde se reunían mujeres muy provocativas, Roberto no les quitaba ojo. Se acordó Pablo del Monasterio y del Prior, qué diría si les viese en aquel lugar y leyese lo que estaba pasando por la cabeza del hermano Roberto.

A todo esto, cada mujer que veía Pablo le recordaba a Inés, sólo tenía que cerrar los ojos para verla. No podía engañarse, era la mujer más atractiva y encantadora que había conocido.

Roberto, aunque ya rondaba los cincuenta, su estancia en el Monasterio junto a su elegancia adquirida a lo largo de una vida muy intensa, le daba cierto encanto para las mujeres. Un par de éstas se acercaron, sus vestidos ceñidos y sus amplias sonrisas hicieron centellear los ojos a Roberto. Ni siquiera llegaron a presentarse, le tomó Pablo por el brazo y tirando de él consiguió llevárselo. No fue difícil imaginar lo que debieron pensar de ellos.

- ¿Te has olvidado que somos frailes?.

- No, pero, ¿qué tienen de malo las mujeres?.

Pablo no pudo responder.

A la hora convenida se encontraron, el corazón de Pablo se aceleró. Como hacía un día estupendo fueron al parque del Retiro.

Cada detalle de la anatomía de Inés se grababa en Pablo, como esa manera suya de mover los dedos, tan esbeltos, su pelo ondulándose al caminar, pero ante todo, era su expresión cándida y a la vez inteligente, lo que más le atraía.

Roberto sabía, que Pablo sabía, que él lo sabía, y esta situación era difícil para los dos.

Sentados frente al estanque, sacó Inés de una carpeta que hasta entonces Pablo había ignorado, unas fotocopias.

- Ayer por la tarde, en vez de ir a la Cruz Roja, me pasé por la biblioteca y consultando periódicos antiguos conseguí estas noticias.

Todas ellas relacionadas con el campeón mundial Roberto Scalfaro, llamado el hombre relámpago. La visión de las fotografías y los titulares pusieron nervioso a Roberto, le temblaba la mano a tal punto, que Inés comenzó a sentirse culpable. Dentro mismo del parque, fueron a otro lugar donde había muchas flores. Roberto que hasta el momento se había mantenido callado, les dijo que prefería estar a solas. Preocupado, pero contento, Pablo le vio marchar. Si aquellas fotografías habían abierto una rendija por la que pudiera volver a saber quien era, el trabajo no habría sido en valde. Por su parte, Inés, no se sentía bien, su expresión triste le daba un aire tan distinto de las mujeres que Pablo había conocido, que luchaba en su interior por no cometer una tontería. Después de un rato de silencio, Inés volvió a abrir la carpeta entregando a Pablo otras fotocopias. Era sobre la muerte del corredor Jimmy Foxter. Los titulares fueron muy agresivos: Scalfaro saca de la pista a Foxter, que muere carbonizado al incendiarse su máquina.

De nuevo volvió Pablo a preguntarse si hacía bien en devolverle la memoria.

El Sol se escondía en el horizonte cuando abandonaron el parque. El ruido de la circulación les sorprendió, así que buscaron calles menos transitadas, se olvidaron de la memoria de Roberto y también de las cosas sagradas, hablaron de ellos mismos, lo que había sido su vida hasta entonces, y lo que esperaban aún de ésta, incluso contaron algunos chistes.

Antes de las diez ya estaba Pablo de vuelta. Encontró a Roberto en el pequeño salón viendo la tele, ambos se miraron, después Pablo le preguntó qué había sentido al leer las noticias.

No había recordado nada, no obstante, sintió una gran tristeza. Aunque esto era natural, si como le habían dicho provocó la muerte de una persona. Pablo le rectificó, había sido un accidente.

Durante el resto de la noche apenas cruzaron palabra, cenaron dentro del hostel, y cuando ya Roberto marchaba a su habitación. Pablo le detuvo para preguntarle qué le preocupaba. La respuesta fue concreta: Saber si de verdad había sido un accidente.

Los días fueron pasando hasta concluir dos semanas. Pablo no se encontraba satisfecho con su conducta, no se ocupaba de Roberto, que la mayor parte del tiempo la pasaba solo, lo único que tenía en mente era a Inés. Creía poder desconectar su parte emocional de la lógica y no le era posible. Era como un ciego en una guerra, aunque no viese al enemigo, allí estaba.

Al día siguiente Inés y Pablo estuvieron de visita en Toledo, comieron en un restaurante decorado al estilo árabe. Pablo que costeaba los gastos se sentía mal derrochando el dinero de los Hermanos en su propio beneficio, y tampoco le parecía ético pedir a su familia, y menos aún en la situación en la que se encontraba su padre, pero, ¿qué podía hacer?.

Después de comer fueron a pasear por las angostas calles que dan a la judería. Por esa parte de la ciudad no iban los turistas, así que el eco les devolvía el sonido de sus pasos. Como si el tiempo allí no existiera, los motores de los automóviles no rompían el encanto, ni sus humos viciaban el ambiente. Todos estos detalles hacían volar su imaginación. A veces, cruzando una esquina, los rayos del sol luchaban por seguir el trazado sinuoso de los callejones, formando destellos difusos en las casas que más parecían emanaciones de otro tiempo. Inés le había cogido de la mano, así ambos recorrieron el viejo Toledo, como dos niños en busca de -ese algo mágico- a la vuelta de la esquina.

A las once de la noche se despedía Pablo de Inés en su portal, pero esta vez ya no pudo reprimirse y la besó, luego se abrazaron.

Apesadumbrado volvió al hostel. Encontró a Roberto despierto leyendo un libro. Apenas cruzaron unas palabras, marchando al poco a dormir.

Aquella mañana la pasó Pablo con Roberto, Inés había ido a unas entrevistas de

trabajo. Quiso resarcir a su amigo de lo abandonado que le había tenido, así que hablaron de los recuerdos que hasta ahora había capturado, y si podía de alguna manera unirlos para tirar luego del hilo. No era tan fácil. Recordaba a sus padres y parte de su infancia, pero de allí daba un salto hasta el día que se cayó del tejado en el Monasterio. A todo esto se le ocurrió a Pablo enseñarle a practicar el yoga, que a él le enseñó Lao en la Misión. Cuando le dijo que era algo parecido al arrobamiento cristiano cuando oraban, o frente a una imagen sagrada, le convenció.

Los días siguientes procuró Pablo salir con Roberto más a menudo, visitar sitios que podían estar relacionados con su vida anterior y trabajar en la meditación, que por cierto, aprendía Roberto bastante bien. En un momento de estos que le encontró más animado, aprovechó Pablo para entregarle las fotocopias del accidente que por prudencia de momento se había guardado. Las tomó en sus manos, y dirigió su atención a una de ellas en la que aparecía el coche ardiendo, leyó los titulares y la dejó sobre el tresillo. Pablo volvió a su habitación para dejarle a solas. Una hora después volvió, las fotocopias no estaban en el mismo sitio, supuso que las había vuelto a ver, no le preguntó nada, aquel asunto empezaba a ser muy personal.

Aquella tarde de Otoño era especialmente oscura, densas nubes cubrían la gran ciudad dejando caer una lluvia fina. Desde el interior de su dormitorio veía Pablo a los coches chapotear en el agua que cubría el asfalto, mientras miles de paraguas parecían moverse solos. La pequeña terraza, mojada, reflejaba las luces de unos grandes almacenes.

El padre de Inés había sido hospitalizado a causa de una úlcera, y ya hacía tres días que no se veían.

Después de cenar recibió una llamada telefónica de Inés. Su padre había sido operado y se encontraba bien, por lo tanto, quedaron en verse al día siguiente.

A las tres de la tarde llegó Pablo. Roberto estaba colocando sus cosas en la única maleta que tenían.

- ¿Dónde vas?.

- Lo que quería saber, ya lo sé. Me vuelvo al Monasterio.

- ¡Tan pronto!. ¿Cómo ha sido?.

- A los pocos días de entregarme las fotocopias.

- Pero de eso hace ya quince días.

- Así es, todo este tiempo he estado esperando que te decidieras, no puedes seguir dando la espalda a la realidad.

Quedó Pablo en silencio, sintió que las piernas no le sostenían y tuvo que sentarse.

- Difícil elección, con una mujer así, no sé si yo volvería.

De golpe, todo lo que no había querido ver, se presentaba a sus ojos. Se disculpó y salió a la calle. La idea de alejarse de Inés le deprimía hasta ponerle mal cuerpo.

Hasta las doce de la noche no volvió, no quiso cenar y no pudo dormir. Roberto había aplazado su marcha.

Aquella mañana las nubes dejaron paso a un Sol espléndido, aunque Pablo no lo notase. Como un sonámbulo fue recorriendo el camino junto a Roberto hasta la estación, y subió sin darse cuenta al autobús. Con el corazón desgarrado vio cómo se iba alejando de Madrid.

- ¿Te has despedido?.

Negó con un movimiento de cabeza, y eso fue lo único que hablaron durante el trayecto.

XV

Descolgó el auricular y nervioso marcó el número de Inés, los latidos de su corazón y el bip-bip de la llamada parecían cantar a dueto.

- ¡Digamé!.

- Soy Pablo.

- ¿Dónde estás?.

- En el Monasterio.... ¿Te casarías conmigo?..... ¿Me oyes?.

- Sí, te oigo.

- ¿Y qué respondes?.

- Que sí.

Hubo un silencio.

-En pocos días estaré allí, te quiero.

Emocionado se fue a hablar con el Prior, le contó cual era su decisión, pero como éste no podía creerlo, le dio detalles de cómo había sucedido todo, aún así el Prior le

recomendó paciencia, debía dejar pasar tiempo hasta tener las ideas más claras. Pablo no le escuchó, lo había pensado sin descanso dos días seguidos y estaba seguro de lo que iba a hacer, por eso no encontró ninguna traba en casarse y seguir buscando la Verdad.

Fray Julián se sorprendió, pero cuando le dijo quién era la mujer, le apretó el brazo como si quisiera quedarse con algo de él y le deseo suerte.

Uno a uno se fue despidiendo de los Hermanos, que lo eran de verdad, y tal como le dijo Lorenzo, qué sería de la Hermandad si no hubiera amistad.

A solas con Roberto, éste le dio un abrazo y como los demás le deseó lo mejor. Emocionado, Pablo volvió a su celda, la contempló como si fuera la primera vez, tocó sus frías paredes y sintió un nudo en la garganta. No había nacido ayer, sabía con toda certeza que personas así no era fácil encontrar, y menos, tan juntas.

A las nueve de la mañana, con sus pocas pertenencias y el dinero justo para un billete de autobús, Pablo se dirigió a Burgos, capital que además de pillarle más cerca, le proporcionaría un puesto de trabajo. No le gustaba pedir favores, pero tenía que hacerlo si quería ganar dinero para poder casarse.

Una vez en la ciudad no le fue difícil dar con Damián, tenía una red de establecimientos dedicados al mobiliario de oficinas, el padre de Pablo siempre le había comprado a él todo lo necesario. Dos veces tuvo que repetirle por qué estaba allí.

- Así que has dejado aquello y quieres trabajar para poder casarte.

Se le quedó mirando con una expresión que Pablo ya había visto otras veces, sin duda estaba pensando que trataba de otra de sus conocidas locuras, el niño de papá que abandona la Universidad para hacerse monje y que luego, lo piensa mejor y decide casarse. Damián se ofreció a prestarle el dinero que necesitase, no era necesario que esperase a ganarlo. Sintió Pablo amargura en su interior, le dijo que no quería regalos, sino trabajo. Extrañado Damián aceptó. Luego Pablo tuvo que pedir adelantado para poder pagarse el hostel, todo esto ante la resistencia del otro, que más bien pensaba cómo le sentaría a la familia de Pablo que no le hubiese acogido en su propia casa

La única ocupación que le encontraron, fue de vendedor en una de las tiendas que dirigía Alberto, el hijo mayor de Damián. Su primer contacto fue un poco frío, pero al paso de los días la actitud tranquila de Pablo despertó su curiosidad, también una extraña intuición que le hacía observarle como si fuera tan raro como un extraterrestre. A todo

esto hay que añadir que Pablo consiguió vender una buena cantidad de muebles. La razón era que, interiormente, le daba igual vender un mueble que otro, sabía que le estaban haciendo un favor, y él mismo se consideraba un mal vendedor, justo por esa desgana y su aspecto hierático resultado de su estancia en el Monasterio, conseguía que confiaran en él. Así fue como pasó la primera semana, y cuando llegó el Sábado, nada más cerrar al medio día, olvidándose de comer tomó el tren para Madrid.

El trayecto se le hizo muy largo, pero cuando vio en la estación a Inés, sintió tal felicidad, que compensaba todas las estupideces que había hecho en su vida.

La emoción del encuentro fue total, las horas pasaron tan pronto, que sintió tener que despedirse, aunque se alegró al saber que aún le quedaba el Domingo.

Estuvieron todo el día juntos, hicieron planes para ahorrar. Inés había encontrado trabajo en un colegio como profesora, y aunque su sueldo era pequeño, las ilusiones eran grandes.

A la semana siguiente, cuando ya el Viernes le acercaba a Inés, recibió una carta de sus padres. Damián les había escrito contándoles todo, su familia se alegraba mucho y estaban impacientes esperando el momento que les presentase a su prometida. Sabía Pablo que intentaría ayudarle, y no se lo censuraba, pero quería ser él quien se ganase la vida.

Pasó un mes, luego dos, en este tiempo su lazo de amistad con Alberto aumentó, sin duda fue él quien intercedió para que le subieran el sueldo. Ahora ya no le miraban como a un niño caprichoso, y hasta comenzó a recibir comisiones sobre las ventas. Así fue como empezó a ganar dinero. También tuvo que prometer a su familia que iría pronto a visitarles, sobre todo se acordaba de su padre, que estaba muy emocionado con la noticia.

Por esas fechas conoció a los padres de Inés, ambos jubilados y de naturaleza afable. También sucedía que al acostarse por las noches se acordaba de los Hermanos y su pasada vida monástica. En su interior se sentía como un desertor, pero eran tan grandes sus ilusiones, que este sentimiento apenas llegaba a inquietarle.

El día de las presentaciones llegó, Inés quedó sorprendida al ver la casa en la que vivían los padres de Pablo, él nunca le habló sobre ese tema.

Su padre ya se había repuesto y estaba tan contento que desatendía los consejos médicos. Su hermana también manifestaba alegría, aunque debido a lo avanzado de su embarazo, tuvo que retirarse pronto. Como era de esperar, su padre intentó convencerle para que dejase el trabajo que tenía, y fuese a ocupar la dirección de una de sus factorías. Sus argumentos eran lógicos, para qué trabajar para otro pudiendo hacerlo para ti mismo. Pero no era esto lo que Pablo evitaba, sino verse envuelto en un retroceso. Todo por lo que había luchado se iría a pique. Sabía muy bien cómo era la vida de un directivo, tenía que alternar, vivir para el trabajo, y eso no podía consentirlo.

Pasó un año, en el cual Pablo siguió vendiendo muebles, y al fin llegaron a ahorrar lo suficiente para dar la entrada de un piso, así que el día de la boda se hizo realidad.

No pudo luchar contra el deseo de sus padres, y así la idea que él tenía de una boda tranquila, se convirtió en todo un acto social. Invitaron a tal cantidad de personas, que su boda terminó saliendo en los ecos de sociedad de un periódico madrileño, pues fue allí y en el hotel Ritz donde se celebró.

Por fin a solas en una de las habitaciones del hotel, Pablo que estaba agotado se sentó en un butacón, miraba en su entorno y recordaba cómo había transcurrido el día, y sin poder evitarlo se le vino a la cabeza la celda que ocupaba en el Monasterio, esto le produjo una amargura que Inés en seguida descubrió.

- Sientes que has errado el camino, como si fueras un desertor, ¿verdad?.

Comprendió Pablo que ella había pasado por lo mismo, así que la tomó de la mano y la hizo sentar a su lado, luego le preguntó cómo lo había superado.

- No lo he superado, pero sí he aprendido que se puede vivir rodeado de cosas, sin dejar que éstas le posean a uno.

- ¿Poseer sin ser poseído?.

- No es tan difícil si lo que buscas en las cosas son su utilidad.

Al día siguiente mientras hacían las maletas para pasar su Luna de Miel, alguien llamó a la puerta de su habitación, era el médico de su padre. Por su actitud comprendió que trataba de algo importante. En pocas palabras le dijo que su padre no estaba bien, duraría poco, y de Pablo dependía que fuese o no feliz en el tiempo que le quedaba de vida, porque sin duda volvería a proponerle que se hiciera cargo de la empresa.

Quedó Pablo en silencio, sintió haber caído en una trampa, aunque nadie la hubiera preparado. Salió a la terraza, el ruido de la ciudad aún le molestó más, volvió dentro y se sentó.

Tal como le dijo el doctor, entre el tumulto de las despedidas su padre tirando de él hacia un rincón le dijo: Lo sabía, sabía que sentarías la cabeza y te casarías. Ahora ya no tiene sentido que sigas trabajando para otro. Las empresas son tuyas, y quiero que seas tú quien mantenga a flote todo esto. Bueno, ¿qué dices?.

No pudo decir nada y para su padre fue tanto como aceptar.

- Toma esto y no te enfades.

Le metió un talonario en el bolsillo, todos los cheques estaba firmados.

- Quiero que estas vacaciones sean para vosotros inolvidables. Les dio un abrazo y marchó de nuevo al grupo donde también estaban los padres de Inés, que parecían muy contentos.

Decidieron que lo mejor era olvidarse de la situación y centrarse solo en sus vacaciones.

Estuvieron en Italia, recorrieron los sitios más importantes y también otros no menos encantadores que les recomendó un amigo de Pablo que era italiano.

Debido a los años pasados al servicio de Dios y el hombre, Inés y Pablo sabían que se podía vivir con poco dinero, pero como no querían volver con el talonario intacto, sin duda aquello molestaría al padre de Pablo, decidieron hacer buen uso de ese dinero y quien mejor para recibirlo que el Convento y la Misión.

XVI

Se hizo cargo de una de las factorías, así que tuvo que empezar a presionar a los proveedores para que éstos bajasen los precios.

El tiempo siguió su curso, y si no hubiera sido por Inés, no habría aguantado. Cada días se sentía más unido a ella y sus consejos siempre le venían bien.

A los seis meses comenzó a sentir una rara ansiedad, que se hacía patente por las noches y le dificultaba respirar. Fue al médico pero no le encontró nada, sin duda serían los nervios, -le dijo-.

En una ocasión vio por la calle un fraile que venía frente a él. Sin pensárselo dos veces se ocultó en un portal y esperó allí a que pasase. Tenía miedo que supiesen en el Monasterio el trabajo que hacía.

En Navidades fueron a Egipto, la ausencia de los negocios le devolvió su carácter alegre y durante los días siguientes a estas pequeñas vacaciones, aún conservó su buen talante.

Pasó un año y Pablo sentía que le faltaba el aire, tuvo que soportar comidas y cenas en lujosos restaurantes, mujeres que lucían vestidos de pieles y joyas ostentosas, hombres con grandes automóviles y relojes de oro. Pero lo peor de todo, no era eso, por causar buena presencia a sus clientes, también él tenía que aparentar. Todo esto le parecía como un hilo fino de seda, que al principio te envuelve de manera soportable, pero luego, vuelta a vuelta, te termina ahogando..

Sin que fuese esa su intención, las gestiones de Pablo daban su fruto, y su padre, satisfecho, parecía recobrar la salud. No quería Pablo pensar en su muerte, pero acumulaba odio hacia el doctor, e incluso llegó a pensar que le había mentido. Estos sentimientos le hacían daño y algunos días, a solas en su despacho, le asaltaban ideas de abandonarlo todo y volverse al Monasterio, pero en seguida recordaba a Inés y veía que no podía, ni tampoco quería. De esta manera fue como empezó a fumar y beber.

Con el tiempo el temperamento de Pablo se fue agriando. No era malhumor, sino más bien una manera de encerrarse en sí mismo, que Inés padecía sin decir nada.

Una noche, poco antes de acostarse, le dijo Pablo que ya no aguantaba más, aquella no era la vida que había planeado para él, estaba haciendo cosas que un año atrás le hubieran parecido abominables. Inés le respondió que lo que estaba haciendo, era más importante de lo que él creía, estaba sacrificando su modo de vida por ayudar a su padre, y eso sí era un sacrificio, porque hacer lo que a uno le gusta, no tiene tanto mérito. Vista su situación desde aquel ángulo, se tranquilizó. También por sugerencia de Inés se dedicó a escribir artículos a los periódicos, siempre con pseudónimo, y aunque sólo en dos ocasiones le publicaron, suponía para él una descarga vertir sobre una hoja de papel cuanto llevaba dentro.

A final de mes hacían cuentas y lo que les sobraba, lo repartían donde más se necesitaba. Por esas fechas tuvieron que trasladarse del piso que tenían en un barrio elegante a la misma urbanización donde residían sus padres. Los argumentos que utilizaron para que aceptase, eran simples, debía vivir de acuerdo al cargo que tenía.

Su hermana volvía a estar embarazada, y su manera de ser fue cambiando, se interesaba ahora por los modelos de los grandes diseñadores, solía encargar los zapatos a una tienda que visitó cuando estuvo en Roma, los abrigos los pedía a París. Su expresión, antes cándida y jovial, se había vuelto calculadora, ahora su dios era el dinero. Le pareció curioso a Pablo que cuando una persona cambia psicológicamente, también lo hace su físico, y con toda esa ostentación que su hermana se ponía encima cada vez que iba a una fiesta, no igualaba en belleza a la chica que fue cuando estudiaba en la Universidad. Hablando de Universidad, decidió Pablo terminar el último año de carrera, allí mismo, en la facultad que había en su ciudad y que tiempo atrás despreció..

Inés encontró trabajo en una escuela. Aquello le gustaba mucho y a veces pasaba la velada hablando de tal o cual niña con grandes aptitudes. En este punto Inés hacía su revolución, y aunque hubo bastantes quejas, no se atrevieron a echarla.

Aprendió Pablo a no mezclar la moral con el trabajo, daba al Cesar lo que era del Cesar y a Dios lo que era de Dios, pero esto era poco para él, y ante la negativa de los periódicos y revistas de publicar sus reflexiones, terminó concibiendo la manera de sacar él mismo una pequeña gacetilla, donde pudiesen tanto él como los demás, manifestar su visión de la vida. Esto que lo tuvo en proyecto durante varios meses, se vino abajo cuando comprobó que sería imposible mantener su persona al margen, no era como mandar artículos, había que hacer una inversión y por ahí le descubrirían, además, el régimen autoritario del país, no se lo permitiría.

Pasó otro año, en esos momentos se dirigían al bautizo de su sobrino, que había tenido dificultades al nacer, se podía decir que estaba vivo de milagro. Su hermana, después de tan duro golpe, volvía a sonreír. El tiempo que permanecieron en la iglesia le recordó las palabras de Dios; se sintió fracasado.

Cuando fueron entrando en el gran salón donde se daría el banquete, empezó a ponerse nervioso. Al pasar por el vestíbulo se vio reflejado en el espejo que allí había, así, vestido con aquel traje hecho a medida, su sortija, sus gemelos y reloj de oro, sintió ganas de vomitar.

Durante todo este tiempo, esos pequeños detalles que parecen soportables y que a fuerza de repetirse terminamos creyendo que los hemos dominado, como pequeños granitos de arena se van acumulando hasta que un día, como aquel, su peso se hace insoportable.

Antes, cuando volvía a su casa, se quitaba lo que él llamaba el uniforme, pero ahora hasta eso había dejado de hacerlo.

- Por qué crees que siempre nos preguntan cuándo vamos a aumentar la familia. Le preguntó Pablo a Inés.

Inés no respondió.

- Porque las únicas aspiraciones en su vida, son parir hijos ellas, y amasar dinero ellos. Si quieres encontrar alguna inquietud en su interior, será saber si fulanito tiene más o menos dinero que ellos. Debajo de toda esta ostentación no hay nada, son madera carcomida.

Se volvió Pablo a casa dejando a Inés en la difícil situación de excusarle. Antes que volviese, ya se había tranquilizado, se metió en la cama con la intención de olvidar por unas horas que existía.

Paciente, esperó Inés a que se levantase, pero antes que ella le dijese nada, Pablo se le adelantó.

- Lo sé, no son unos monstruos....aunque a veces lo parezcan.

Después de esto pasaron un rato juntos, luego Inés se puso a corregir unos exámenes y él a escribir un nuevo artículo, que sin duda le rechazarían.

Un día sintió que necesitaba ayuda y como ya conocía los consejos de su mujer, decidió buscar los de otro, para contrastar, así que se acordó del curandero, aquel que visitase cuando decidió cambiar de manera de ser. Qué lejos le parecía ahora aquello.

Nada más verse, ambos se dieron cuenta que tenían muchas cosas en común. Por su parte, Luis se quitó de la cabeza la duda que tenía sobre Pablo, allí en la ciudad era muy conocido. Primero cruzaron palabras coloquiales, luego Pablo pasó a contarle lo que había sido su vida hasta entonces. Luis le escuchaba atento, su intuición le decía que se encontraba ante un hombre muy distinto del que años atrás había conocido, así que cuando éste le pidió consejo, le dijo que había dos formas de enfocar la situación. Una, tal como había reaccionado hasta ahora, otra, llevar la vida que quería llevar.

- Pero, ¿tú qué harías?.

- No lo sé, o quizás sí....supongo que lo mismo que tú.

- ¿Entonces?.

- Una cosa es actuar movido por lazos sentimentales, y otra distinta, lo que se debe

hacer. Ten en cuenta que hay cariños que matan, y a fuerza de buenas intenciones te pueden conducir a la perdición. Para algunas personas, su forma de vida es la única, no dan más de sí, o no quieren, pero sea como fuere, si te dejas arrastrar por no causarles dolor, al final nunca serás tú mismo, bailarás con la música que ellos tocan e irás de cabeza al pozo. Esta es la verdad, no puedes ser lo que los demás quieren que seas. Debajo de los sentimientos es fácil ver escondida la máscara del egoísmo.

Cuando volvió Pablo a su casa ya era de noche, lo hizo por la parte vieja de la ciudad y caminando. El suelo mojado por una lluvia espontánea le hizo recordar otros tiempos. Se sintió algo más libre, no tenía intención de abandonar, pero saber que si lo hacía no estaría mal, le daba ánimos. Con el frío que hacía el paseo marítimo estaba vacío y sólo se oían los faroles mecidos por el viento, que a su vez formaban sombras en sus bases como si fueran pequeños gnomos girando alrededor. Algún que otro conductor surcaba la avenida con rapidez, sin duda pensando en el calor del hogar. Las casas, todas iluminadas, y algún que otro viandante enfundado en su abrigo, aparecían y desaparecían a su paso con rapidez. Aquella noche llegó a su casa de buen humor, le contó a Inés su entrevista y después de ver una película por televisión, se fueron a dormir.

El invierno dio paso a la primavera y Pablo sintió que debía hacer algo más que entregar dinero a obras benéficas.

Por esas fechas el país entraba en una etapa de su historia muy peligrosa, -como le dijo su padre-, el régimen dictatorial del General Franco desaparecía con su muerte. Aunque su padre ya había previsto lo que iba a pasar, y se había ido haciendo amistades en todos los frentes, la verdad, es que también tenía enemigos, y uno de ellos había salido elegido para Alcalde. Esto le preocupaba mucho, ante sus ojos se presentaba el nacimiento de una nueva sociedad que no entendía bien. Ciertamente que había viajado a otros países, y conocía otras formas de política, pero lo cierto, es que no tenía fe de que España pudiese ser democrática.

Este cambio que traía de cabeza a mucha gente, lo veía Pablo con buenos ojos, la apertura y la libertad siempre era algo bueno, así que ahora empezaba a plantearse en serio crear un periódico, o una editorial. Más que nada, era el tener proyectos lo que le mantenía a flote.

Pasó un año más y los enfrentamientos de su padre con el Alcalde llegaron hasta los tribunales. El único periódico de la ciudad también se ocupó del litigio, su postura aparecía en grandes titulares, asociando el nombre del empresario con el antiguo régimen. Ahora todo lo que pertenecía o sonaba a Franco, era despreciado. Fue a causa de estos acontecimientos que su padre tuvo otra recaída.

Una mañana, cuando Pablo se dirigía a su despacho, en el periódico vio algo relacionado con el juicio de su padre. El tribunal daba la razón al Alcalde, así que una de las fábricas debía trasladarse a otra parte, ya que no estaba claro que el suelo sobre el cual se había construido fuese todo lo legal que se exigía. Dos horas después de leer esto una llamada de teléfono le dio la noticia, su padre había muerto.

Al sepelio fue mucha gente, entre empleados y personas influyentes. Era un día lluvioso y desde el mar un banco de niebla amenazaba con cubrir la ciudad.

Su hermana y familia, fueron a vivir a la casa paterna, al menos hasta que su madre se encontrara mejor.

A los pocos días del funeral, Pablo empezó a echar de menos a su padre, ya no le vería, se había alejado de ellos sin que esta fuese su voluntad. Todo esto le hizo pensar en el trasunto de la vida y sobre todo, en la muerte.

Por entonces, unos cuantos amigos de su padre le citaron. Allí se encontró con su cuñado y el padre de éste. La idea de aquella reunión era defenderse de los ataques del Alcalde. No les era posible entender su postura, pensaba aumentarles los impuestos. Pablo no quiso entrar en detalles sobre las cuotas a pagar al municipio, no obstante, estaba convencido que era necesario parar los pies a aquel hombre.

Dos días después se reunió la familia en la notaría. Sentados en espaciosos sillones de una gran habitación de mobiliario oscuro, con pesadas cortinas cubriendo las ventanas y una luz que enferma intentaba en vano iluminar los rincones, escucharon el testamento. Su padre había hecho tres partes, lo más equitativas posible, y se las había dejado a su esposa e hijos. Todo esto desencadenaba un trámite que Pablo no estaba dispuesto a seguir, había aguantado los pasos de su padre, pero ahora que ya no estaba, y todo se iba aclarando, su idea era otra.

Al día siguiente, en casa de su madre y mientras colocaban la mesa para comer, le entregó ésta un paquete de cartas. Se las habían mandado los amigos de la Universidad.

Cuando vio que Pablo se esforzaba por cambiar de vida, tuvo miedo que le condujeran de nuevo al mal camino, así que las guardó. Habían pasado muchos años desde entonces, y la verdad, se había olvidado de ellas. A Pablo no le gustó esa actitud, pero tal y como estaban las cosas, no dijo nada.

La comida fue silenciosa, la ausencia del padre se dejaba notar.

Al otro día y de vuelta a casa fue cuando empezó a pensar que ya no necesitaba fingir. Satisfecho llamó a Inés para contárselo, entonces se dio cuenta que era Miércoles, el día que se quedaba en casa de una de sus alumnas, a la que había cogido cariño.

Subió a la buhardilla que tenía decorada con cierto aire bohemio y se tumbó en el tresillo, vio las cartas que dejase allí el día anterior y se puso a leerlas. Empezó por la que tenía la fecha más antigua y a las pocas líneas se le cayó de las manos. Estuvo un rato observándola en el suelo como si fuese algo vivo y repugnante. Pasó un rato y la volvió a coger, esta vez la leyó entera, su rostro se descompuso, nervioso leyó las demás como si buscase un antídoto contra el veneno que acababa de entrar en su sangre. ¡Todo había sido una broma!, no oyó la voz del Señor. Lo que había hecho con su vida, su forma de pensar, todo era producto de una broma. Sin darse cuenta se puso en pie, miró sin ver por la pequeña ventana y como un autómatas, volvió a tomar asiento, así estuvo hasta que Inés viendo la luz en la planta alta, dio con él.

XVII

Durante diez días no hizo otra cosa que ir de la cama a la pequeña habitación que tenía a modo de librería, en la primera no dormía, salvo por aburrimiento, mientras que en la otra, se pasaba el rato leyendo párrafos sueltos de libros. Apenas cruzaba palabra con Inés, en el fondo se sentía engañado, y recordaba lo que había sido su vida desde que fuese víctima de esa broma. La memoria le devolvía la conversación que tuvo con fray Julián, y cómo en mutua confianza le comunicó que había oído la voz de Dios. Se sintió avergonzado y ridículo. En el fondo, todas sus acciones se apoyaban en esa evidencia que era la que le mantuvo fuerte en el suplicio. Una a una fueron desfilando

por su memoria las caras de las personas más singulares con las que trató, algunos, como Nazario, no creían en la existencia de Dios, al menos, tal y como lo concebía la doctrina Cristiana; se vio sintiéndose superior y más seguro porque tenía la gracia de la evidencia que Dios se había dignado a concederle. En este punto la casa le pareció que tenía las ventanas demasiado grandes, que alguien podría verle y señalarle con el dedo, y cuando fue a levantarse para correr las cortinas, se dio cuenta que ya lo había hecho antes, aún así un rayo de luz, de un día hermoso de primavera, lograba entrar en la estancia. Quedó Pablo mirándolo y vio las partículas de polvo atravesarlo lentamente, en un silencio tal, que le pareció como si no existiera nada más, así estuvo un buen rato, luego se dirigió hacia la cocina, abrió el frigorífico y sin saber realmente por qué, se quedó mirando su interior. Se decidió por tomar una cerveza, y al poco, como ya había perdido el hábito, y nunca mejor dicho, se mareó, volvió a su habitación y se quedó dormido.

No habría pasado media hora cuando despertó, tenía los ojos muy abiertos y su expresión más parecía de resignación. Había vuelto a soñar como si estuviera aún en el Monasterio. Se veía a sí mismo en medio de la capilla, frente al enorme crucifijo y las figuras también grandes de la Virgen, San Jerónimo y el apóstol San Lucas, a su espalda todos los Hermanos, sabía que le estaban mirando y no se atrevía a dar la vuelta, porque de hacerlo, tendría que contarles que toda su fe era el producto de una broma. Era esta situación y otras de índole parecida las que se le venían a la cabeza cada vez que se dormía.

Como en otras ocasiones, se quedó mirando al techo hasta que las formas desobedeciendo las leyes de la física, hacen curvas las líneas rectas, redondean los ángulos y mueven todo en conjunto como si lo estuviéramos viendo a través de una superficie líquida, entonces el cansancio llegó a sus ojos y se quedó definitivamente dormido.

Le despertó el ruido de la puerta, era Inés que volvía de su trabajo, oyó sus pasos en la planta baja dirigirse a la cocina, abrir la despensa y meter lo que había comprado, luego, como siempre hacía, fue al cuarto ropero, se quitó los zapatos y se calzó las zapatillas, la oyó subir, todo tal como solía hacer en los diez días que volvía y le encontraba metido en la cama, sin embargo, esta vez se detuvo un instante frente a la

puerta, luego, con más resolución que de costumbre, entró. Vio Pablo que le miraba con aire de disgusto.

-¡Bueno!. !Ya está bien!, ¿cuánto has decidido quedarte ahí enterrado?. Sé lo que estás pensando y por eso no te he dicho nada, pero creo que deberías preguntarte si habrías preferido que no te gastasen esa broma.

Dicho esto se marchó.

Igual que sucede cuando dejamos de agitar un vaso de agua que contiene tierra, vio con toda claridad la clase de vida que llevaba cuando era Pol, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, luego reconoció haber tratado con personas espiritualmente interesantes y también le vino el rostro de su mujer, todo lo que no habría sucedido en su vida si no hubiera sido víctima de una broma. Recordó las palabras de Jesús a Lázaro: !Levántate y anda¡.

Antes que su mujer hubiese preparado la mesa, ya estaba abriendo las ventanas para que entrase luz y aire.

SEGUNDA PARTE

En los días siguientes estuvo pensando a qué se iba a dedicar, en principio, y ya que había terminado la carrera se inclinó por ejercer la abogacía, pero, al no tener especialización ninguna, y con los años que ya tenía, no era fácil que le contratasen en ningún gabinete, por otra parte, crear él mismo el gabinete y especializarse a fuerza de errores, tampoco le satisfacía. Así estuvo días enteros, pensando y rechazando, hasta que llegó a la conclusión que lo que en realidad le gustaba, era el mundo del libro, así que se decidió por montar una librería.

Comunicó su decisión a Inés y le pareció bien, y para celebrarlo aquella misma tarde fueron a pasear y comer tapas por el viejo Madrid.

Hacía tiempo que no visitaban el centro y les sorprendió el ambiente que se encontraron. La gente iba rápida de un lado para otro, sus caras inexpresivas de vez en cuando dejaban asomar esos complejos que se producen por el choque humano con un

ambiente tan poco natural como son las macrociudades. Los conductores, con gesto de resignación o de mal humor, se empeñaban en detener con su voluntad el tiempo del semáforo o insultar mentalmente al que tenían delante por no haber sido lo suficientemente rápido para salir. No le era difícil a Pablo ver todo esto, y no le gustaba, así que antes de entrar en un bar sondeaba primero el ambiente descartando más de los que hubiese querido. Con esta incomodidad que trató de ocultar a Inés; ella por su parte hizo lo mismo; logró al fin, con la segunda cerveza que su sensibilidad disminuyera.

El camino de vuelta lo hicieron en el mismo medio de transporte, es decir, el Metro. Según descendían fue Pablo observando a la gente, y encontró que en todos ellos había como una norma, mirar sin ser visto, ser mirado sin aparentar que se dan cuenta. En las mujeres ser miradas directamente era una ofensa, por eso Pablo las ignoraba y esto, sin que él lo supiese, las molestaba. Todos los que se encontraban con su mirada reaccionaban según su personalidad, unos se sentían poca cosa y se estiraban, otros hacían una mueca de desagrado, así fue Pablo pasando el tiempo del trayecto, evitando de momento lo que terminaría por salir cuando llegase a casa.

Mientras se lavaba los dientes se quedó un instante mirando su reflejo en el espejo, se atrevió entonces a reconocer que llevaba todo el día huyendo de una pregunta, es como si se hubiese desdoblado y una parte de sí mismo buscase entretenerse en cosas triviales a fin de entorpecer la atención de una segunda persona, para que no escuchase a el más viejo de los tres, aquel que habla con destellos y que raras veces entiende el cerebro, aquél que ahora le forzaba a hacerse una pregunta: ¿Existe Dios?.

Habían pasado tres meses, pero al fin contemplaba su librería ya terminada. La habían decorado entre él y su mujer en un estilo clásico, con un mobiliario castellano y luces las necesarias para leer índices y títulos, pero también que sirvieran de intimidad, ahora le faltaba la elección de los libros, pues siendo tal el abanico de posibilidades, se había inclinado por especializarse en un tipo de contenido humano, es decir, filosofía, mística, narrativa y todo lo que se le pareciese. De esta manera y día a día, fue viendo como se iban llenando las estanterías, hasta que al fin, se decidió a abrir.

Aquel primer día apenas entró gente, y los que lo hicieron más fueron a curiosar, sólo al fin de la tarde, poco antes de cerrar logró vender un libro. Este futuro cliente se

decidió por la República de Platón, y como había varias ediciones consultó los índices y los precios, así descartó unos pocos, luego existiendo dos ediciones distintas y del mismo precio, miró el número de páginas y como también eran muy similares terminó cogiendo uno en cada mano y haciendo de balanza se quedó con el que pesaba más.

El resto de la semana fue como era de esperar en un negocio que empieza, pero le sirvió para ir viendo los tipos de clientes que una librería puede tener; el habituado a leer, el que intenta pasar por tal, el que busca confundir sus complejos con un barniz de cultura. También de pequeñas preguntas que le hacían pasaban a pequeños cambios de impresiones. Pablo en su experiencia como vendedor de muebles, había advertido que el cliente se molesta si cree que el dependiente pretende saber más que él en algo que no sea estrictamente el contenido de su trabajo, así, con mucho cuidado, orientaba sin que se notase, o aprendía si era necesario. Cuando llegaba a su casa por la noche se resentía de la cantidad de complejos que podía tener la gente. Si querías ayudar a alguien debías hacerlo de tal manera que el que recibía la ayuda no se diese cuenta que lo estabas haciendo, así por un lado no tenía que agradecerte nada y por otro, su idea de la dignidad no se veía mancillada.

Aquella misma noche y momentos antes de acostarse, se dio cuenta que estaba inquieto, había algo que no le agradaba. Con esta preocupación se durmió.

Los días fueron pasando, y el invierno con sus lluvias y frío hacía que la gente se refugiase en ropa y se protegiera con paraguas. Desde la entrada de la librería veía cómo las gotas se estrellaban contra el cristal bajando luego por caminos insospechados y aún así, siempre terminaban encontrándose. Viendo estas cosas sintió un vuelco en el corazón, necesitaba más, no podía parar, aburguesarse, pero, ¿qué podía hacer?.

Se puso a revisar los libros que tenía, eligió uno y se puso a leerlo como si esperase encontrar allí el antídoto contra esa sensación de estancamiento que tenía.

XVIII

Ya han pasado tres meses, en este tiempo Pablo ha ido haciendo clientes y amigos, precisamente este Domingo les está esperando. Esto sucedió de manera natural, debido a la actitud de Pablo ante la vida, sus pequeños comentarios y su manera de pensar, sin que él lo supiera, esto le diferenciaba de los demás. Así fue como pasó de tímidos cambios de impresión, a profundizar un poco más.

En estos momentos llegan los dos primeros, que se acomodan en unas pequeñas butacas que tenía ya dispuestas.

Cuando estuvieron todos, seis contando a Pablo, uno de ellos, Lorenzo, que conocía a los demás, propuso que Pablo les explicase algunas dudas que tenían sobre la reencarnación. Todos ellos creían que el alma o espíritu una vez liberado, pasaba un tiempo en el más allá antes de volver de nuevo a encarnar.

Se sintió Pablo algo cohibido, y aunque ya había hecho de maestro, el primer momento antes de dirigirse a los demás, le resultaba difícil.

-!Bueno!, ¿en qué consisten esas dudas?.

Se miraron entre ellos y uno, que era profesor de matemáticas, preguntó si era posible que la evolución del espíritu humano le elevase a la altura de los Dioses.

Pablo no creía que la teoría de la evolución afectase al espíritu, en realidad, tampoco creía que se diese en la naturaleza. Fue a raíz de esta consideración suya, que la polémica se desató. Si no existía evolución en el alma, ¿para qué encarnar?.

A esta pregunta Pablo dio su opinión, él creía, y así lo expuso, que el proceso podía equipararse al tallado de un diamante, en un principio carece de forma, es tosco, pero a fuerza de experiencia y sufrimientos, se iba conformando. Aceptaba esto, pero no que un trozo de piedra a fuerza de pulirse se convirtiera en esmeralda.

Esta exposición suya no les gustó, era tanto como admitir que las diferencias de los hombres, además de ser eternas, no permitían cambios, ¿dónde quedaba entonces la posibilidades de mejoría para ellos?.

Pablo que ya se había planteado preguntas semejantes, les dijo que no tenían por qué verlo de esa manera, pues de ser así, también habría que considerar injusta la naturaleza

de los animales, por ser tan inferior a la humana. Además él no decía que no hubiese posibilidades de mejoría para el hombre, lo que sí mantenía, es que un espíritu mediocre, no llegaría nunca a ser un Dios. Buscar una finalidad en todo, era algo muy terreno, muy de aquí, pero no tenía sentido en la eternidad.

Uno de los que hasta el momento no había hablado, dijo que le resultaba poco lógico, e incluso injusto, el que el hombre no pudiese llegar a lo más alto, y que sin duda, si esto fuese así, sería una fuente de sufrimiento.

Le respondió Pablo que en realidad, sería un sufrimiento equivocado, lo primero, porque si no eres un Dios, no puedes pensar cómo tal, y lo segundo, es que llegado a su máximo grado de perfección, tendría conciencia de lo que verdaderamente es, y la razón tan material de las comparaciones, no tendría ya sentido, por lo que su dicha sería la libertad.

Aún así, la idea de que no existiera la mera posibilidad de llegar a lo más alto, no les gustaba, por eso Pablo les indicó, que si eran sinceros, verían que para ponerse medallas, todos están dispuestos, pero habría que ver cuantos de ellos estaban dispuestos a sufrir persecución, tortura y la muerte por ayudar a otros seres más inferiores.

Todavía encontró Pablo en la cara de sus oyentes, que no estaban de acuerdo, por lo que les dijo lo más afable posible, que no podían cerrarse a una idea por el mero hecho de que fuese emocionalmente contra sus intereses, la verdad no tiene por qué aparecer agradable para ratificar su realidad.

Ninguno de ellos tenía argumentos para enfrentarlos con los de Pablo, pero esto no parecía suficiente para modificar su actitud disconforme, y esto, como era de esperar le desanimó, ya no sabía si continuar o dejarlo, pero lo que no podía hacer, era justificar la filosofía de los demás si no estaba de acuerdo.

A todo esto, el que parecía más ofendido dijo que no tenía por qué aceptar la exposición de Pablo, hasta el momento no tenían bases suficientes para aceptar o negar.

Todos sabemos que no se puede hacer ciencia, -dijo Pablo-, al menos por ahora del mundo del espíritu, pero sí se puede utilizar la lógica, empírica en este caso, tal como sucede con la ley de la gravedad o la teoría de la relatividad. Viendo las desigualdades tan grandes que hay entre los seres humanos, no me parece lógico admitir que a fuerza de voluntad, un hombre cualquiera pueda llegar a realizar una obra artística de la altura

de los grandes maestros, y esto mismo es aplicable a cualquier campo del conocimiento humano. Esto creo que demuestra, y la vida es testigo, que cada persona lleva en sí misma unas habilidades que su vecino más próximo no posee, incluso nos encontramos con disminuidos mentales. Ya sé que para el menos dotado esta forma de ver su espíritu no es satisfactoria, pero, ¿en la eternidad del Universo, tiene sentido perseguir la igualdad?, ¿y si fuese una manifestación del verdadero Mal, el intento de igualación?

La expresión de los que le oían cambió súbitamente, no era difícil leer en sus ojos lo que estaban pensando, que Pablo estaba loco. Aún así siguió.

En realidad, -dijo-, el Universo y toda la naturaleza que lo compone, es producto de una desigualdad, y no es posible entender ni empírica ni científicamente la vida sin esa desigualdad. La igualdad produce lo estático, entre dos temperaturas iguales no hay transferencia de calor, tampoco entre dos niveles de altura iguales que soporten cualquier líquido, y si descendemos a las mismas raíces materiales de la vida, al átomo, no sería posible concebir la materia sin esos desniveles energéticos. Es la desigualdad la que favorece el movimiento y éste, la vida.

Ahora la expresión de sus oyentes dejaba paso a la perplejidad, uno de ellos con un tono de voz más humilde, preguntó si le parecía justo que hubiese tales diferencias entre seres humanos.

Pablo les dijo que no era cuestión de justicia, y les propuso que observaran el mundo sin tantas concepciones mentales y materiales. El mundo que el hombre había creado para darse o pretender darse explicaciones sobre todo lo que le rodeaba, no tenía que ser como él deseaba, por eso no era extraño que estos prejuicios genetistas y cosmológicos fuesen en principio animistas, con seres extraordinarios, buenos y malos, porque entonces no se conocía la ciencia, mientras que hoy día el Dios Ciencia es el que ha creado el Universo y la vida y es posible que en el futuro, según su momento de desarrollo, exista otra Fuerza Creadora.

Leía Pablo en los ojos de los presentes que las ideas y nuevos conceptos que les había expuesto abría ante ellos una puerta a un mundo distinto, más amplio. Lo sabía porque ya tenía experiencia de ello, a él le había pasado lo mismo.

Fue entonces que uno de ellos hizo la pregunta para la cual Pablo no tenía respuesta. Si todo era así desde siempre, si somos eternos en espíritu, por qué tenemos que venir aquí para pulirnos y darnos cuenta de una eternidad que tenemos antes de venir.

Así fue como pasó el tiempo, sus clientes, ahora más amigos que antes, se marcharon satisfechos, en sus corazones se adivinaba la alegría que da ver en la vida un mundo más noble para investigar de lo que nos presentan a diario los periódicos y la televisión.

Cuando despertó de la siesta vio que aquella tarde calurosa de Agosto se estaba nublando, corrientes de aire seguidas de algunas gotas, todavía ligeras, se agradecían.

Desde que había montado la librería siempre tenía en su casa algunos libros prometedores, ahora recordaba el último que trajo y le pareció interesante leer bajo el pórtico en un día como aquel.

Mientras su mujer veía un documental en la televisión, cogió Pablo el libro y salió al pequeño jardín, una ráfaga de aire con arenilla estuvo a punto de disuadirle, pero aún se mantuvo en sus trece, pensando que al llover el aire cesaría. Abrió el libro y se introdujo en su contenido, así estuvo diez minutos, cuando un trueno formidable le hizo mirar hacia la estación, lugar por el que se avecinaba la tormenta. Un rayo al poco le siguió, ya se olía a humedad, mientras algunas hojas volaban dando vueltas sobre un eje invisible. De manera repentina comenzó a caer agua. Le gustó oír como sonaba la lluvia en el tejadillo del porche, la humedad y el descenso de la temperatura parecía liberar al cuerpo. Desde su posición el agua que caía con ganas, ponía un velo que tenía la característica de presentar el mundo como en un sueño, con sus relieves difusos y un ambiente más poderoso que en la misma realidad, fue entonces que se preguntó si era tan importante la existencia de un Dios único y creador. Cerró el libro y reconoció que las diferencias entre los seres humanos podían ser tan grandes que no tenía derecho a pensar que el que estaba en lo más alto de la línea, no estuviese sino al principio de otra, más importante, y así, quién sabe hasta dónde.

Un nuevo trueno seguido de varios relámpagos hizo que la lluvia cayese con más violencia, tanto, que llegó a inquietarle, aunque sólo fue momentáneo, tal como sucede con las tormentas veraniegas.

Salió del porche para sentir la lluvia. Cerca de la verja veía extenderse la calle más de cien metros, un automóvil se acercaba chapoteando con sus ruedas en la calzada mientras sus limpiaparabrisas bailaban moviéndose de un lado a otro, una bandada de pájaros voló hacia un pequeño jardín que había en las afueras, a su vez, las campanas de una iglesia ponían una nota musical. Todo ante sus ojos aparecía como perteneciente a

un mismo cuadro visual, y aunque fuesen elementos activos dentro del mismo, semejaban estar unidos por un hilo mágico, que no era otro que la presencia del observador.

Un día, ya a finales de Otoño, uno de sus clientes le habló a Pablo de un personaje que tenía una extraña teoría sobre el espíritu, no le dijo más porque él a su vez se lo había oído hablar a otro, que sí le había conocido. La curiosidad de Pablo le hizo mover todo a su disposición para poder contactar con esta persona, y esto es lo que se iba a llevar a cabo ese miércoles por la tarde en casa de uno de los asistentes. Inés se haría cargo aquella tarde de la librería.

En un piso del Parque de las Avenidas, fue donde se reunieron. Vinieron las presentaciones, después como sucede en estos casos, el que hace de anfitrión junto al que va a exponer, si no es el mismo, se esfuerzan en crear un ambiente lo más natural posible para poder así disfrutar de un sano coloquio.

Este hombre tenía una idea un tanto peculiar sobre el espíritu humano y su relación con el cuerpo. Poco más o menos vino a decir lo siguiente.

El ser humano no tenía por qué morir para volver a nacer de nuevo, un mismo espíritu puede tener varios cuerpos, cierto que el trabajo es mayor, los sufrimientos y todo lo demás, pero también se aprende más. A raíz de esta visión suya, explicaba que si ambos cuerpo no eran de la misma edad o siéndolo, si uno de ellos moría, todo el conocimiento de las experiencias de esa vida, como era obvio, pasaba a integrarse en la maduración psicológica del individuo que quedaba, por eso, en la vida de algunas personas, como se dice, de un día para otro, se transforman, se hacen más formales, su personalidad ha sufrido un aumento cualitativo, que si bien no es reconocido como tal, por lo difícil de describir algo semejante, sí nota la persona en cuestión y los más cercanos que un cambio importante se ha producido. Igual podía suceder cuando dos personas conviven juntas mucho tiempo, siendo el lazo de unión el amor, es posible que al fallecer una de ellas su conocimiento experiencial pase a la otra.

Al finalizar es cuando empieza lo más interesante de estos coloquios, incluso puede salir algo importante a fuerza de oponer ideas o de pedir explicaciones.

Una de estas dudas la expuso uno de los asistentes, que consideraba más difícil la comunicación de espíritu a encarnado, que entre encarnados. Otro mantenía que la

transmisión de conocimiento de un espíritu a la vida psicológica de otro, aún siendo la misma persona pero con distintos cuerpos, no era posible porque todo el conocimiento se absorbería en el espíritu.

Pablo no quiso intervenir, su intuición le advertía que allí no se habían reunido como fin último dilucidar sobre un problema de por sí interesante, veía en aquellas personas su desengaño por la vida que les había tocado llevar, y en compensación a frustraciones de todo tipo, se habían dedicado a hablar del más allá, así, de golpe se situaban por encima de los demás, sin esfuerzo previo y sin que ninguna teoría les pudiera desmentir.

De vuelta, notó Pablo que su acompañante, el que le había presentado, no estaba satisfecho con su actitud silenciosa y para que se diese cuenta, pero sin que se diese cuenta, le dijo que tampoco a él le había parecido interesante el coloquio. A esto Pablo le respondió lo mejor que pudo, ya no le interesaba meterse en ese tipo de pseudoconversaciones, donde las palabras sirven de puerta trasera a unas intenciones que no van de acuerdo con las palabras.

XIX

Primeros de mes y en pleno invierno, es una época buena para vender libros. Sin embargo Pablo lo veía como un día más, los mismos compradores pero con caras diferentes, el mismo ruido de la ciudad, la influencia de ésta sobre sus ciudadanos y la de éstos sobre el tiempo, y a su vez, éste sobre aquéllos. Esto último sólo era aceptado en su vertiente más tangible, es decir, incendios y otras muchas maneras de estropear la naturaleza, olvidándose que el ánimo de más de un millón de personas, en una ciudad, indudablemente produce algún efecto sobre el ambiente.

Estas cosas pensaba cuando pasó un cliente, fue directo a una de las estanterías y al no ver el libro que tenía en mente, preguntó si lo había. Lo recordaba así que empezó a buscarlo.

-!Menudo tiempo!, -dijo el cliente-, llevamos ya más de cuatro meses sin que llueva.

Asintió Pablo sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

-Es curioso que cuanto peor está el tiempo, peor está la gente, -dijo el cliente-.

-El clima afecta a las personas, no es lo mismo vivir en Rusia que en África.

-Evidente, pero cuando suceden anomalías en el clima, ¿hasta qué punto tiene culpa la persona?.

Al oír esto, Pablo le soltó lo que tan sólo un minuto había estado pensando, incendios, maliciosidad, poner especies animales al riesgo de su extinción y otras cosas más.

-Algunas veces me he preguntado, -dijo el cliente-, si la manera de ser de las personas, no sus acciones, es capaz de influir en la normal sucesión de la climatología de su país.

Al oír esto se quedó Pablo inmóvil, dejó de buscar y mirando con más interés al que así hablaba, no supo si esa conversación era casual, o si cuando una persona piensa con fuerza en algo quizá otra que se acerque sería capaz de percibir lo que hay en el ambiente. Ante la duda, preguntó.

-¿Hace mucho que tiene esa idea?.

-Varios años.

No había sido la primera suposición, incluso podía ser todo lo contrario, que Pablo hubiese captado el pensamiento de esta persona de camino a la librería, con lo cual ya habría un punto de asociación, pero también era cierto que él ya había tenido esas dudas del hombre influyendo psíquicamente sobre el ambiente.

-¿Sabe usted, que antes de que entrase ya estaba yo pensando en lo mismo?.

Ahora fue cuando la expresión de aquel hombre, de unos cuarenta y cinco años, bien vestido y aspecto digno, se paralizó, miraba directamente a Pablo buscando en su expresión una confirmación a lo que le había dicho, y pareció encontrarla.

-¡Esto sí que es bueno!, no, no estoy dispuesto a aceptarlo como un hecho casual.

Como lo mismo opinaba Pablo, se inició una grata conversación en la que dos personas, unos minutos antes desconocidas la una para la otra, se tratan abiertamente, como si se conocieran de toda la vida. Era grato para ambos ver que había personas interesadas en conocerse a sí mismas, en intentar comprender las dudas existenciales que nos sujetan firmemente, haciéndonos daño.

Cuando se quedó a solas, y mientras pensaba en lo ocurrido sacó del cajón del mostrador la agenda donde apuntaba los libros que vendía o que le pedían, fue entonces que vio el libro por el que había venido preguntando tan inusual cliente, lo había cogido para leerlo en los ratos libres. Entonces se planteó una pregunta, ¿De estar el libro en su sitio se habría originado esa relación?.

Poco después de comer, sonó el teléfono, era la hermana de Pablo comunicándole que habían ingresado a su madre en el hospital a causa de un aumento de azúcar en la sangre.

Subieron en el primer avión que iba a Santander y a eso de las nueve de la noche, ya iban en taxi en dirección a la casa de su hermana.

Una vez dentro pasaron a formar parte de más de treinta personas, a aquellas horas no permitían visitas al hospital y por otra parte, eran tantos los conocidos y parientes que la mayoría había tenido que quedarse en su casa. Reconoció a muchos, otros sin duda vendrían de la parte de su cuñado. No le gustó la expresión en la cara de los asistentes, así que se informó mejor por su hermana de cómo había sucedido el percance.

En pie, pues no había sillas disponibles, estuvieron escuchando las dolencias semejantes de conocidos de conocidos y de cual fue su desenlace, casi siempre bueno, al menos, lo que ahí se contaba, mientras tanto, una chica joven que sería la sirvienta entraba y salía de la cocina con bandejas llenas de tazas de café. El tiempo era tormentoso, y de vez en cuando algún relámpago hacía parpadear las luces, y a juzgar por la cara de los presentes, por alguna extraña superstición aquello no les gustaba. Todo lo demás, como en cualquier otra reunión de este tipo, frases como: ...cuanto lo lamento, ...son mayores y deben cuidarse, ...mi tío también tenía, ...¿cómo te trata la vida?, ...¿a qué te dedicas?.

A las doce y media, ya carecía de sentido estar allí, por lo tanto, los más audaces, tirando al aire que desde allí no se podía hacer nada y midiendo luego las reacciones de los demás, fueron haciéndose eco hasta que la hermana de Pablo dándoles la razón con la palabra, les aliviaba a medias, tal y como sucede en estos casos. Como no tenían habitaciones libres, tuvieron que ir a dormir a la casa de sus padres, le dio Inés la llave, allí ya no vivía nadie, desde la muerte del padre, la madre había ido a vivir con su hija.

Cuando estuvo frente a la casa, un montón de recuerdos se le vino encima, teñidos, sin duda, por la oscuridad y la melancolía de la lluvia. La verja, como siempre, se quejó lastimera, nunca antes había visto Pablo la casa donde nació tan silenciosa. Se acordó de los sirvientes, y sobre todo de su padre, que ya nunca vería.

Al conectar el interruptor el amplio salón se iluminó, entonces habló Inés.

-Una casa tan grande, sin habitar, es muy triste.

Todo estaba en orden, incluso el bar estaba lleno de botellas. Fue entonces que se acordaron que no habían cenado, y como era de esperar en la despensa no había nada, por lo que decidieron irse a dormir, eligiendo para ello la habitación de Pablo.

Desde la cama Pablo recordaba situaciones con sus padres, mientras Inés tenía un mal presentimiento, aunque lo quiso asociar al ambiente triste que allí se respiraba.

A eso de las once de la mañana se encontró con su madre, que al verle se puso muy contenta, parecía muy animada, e incluso algunos colores asomaban a su cara. Allí estuvieron hablando de esas cosas que les gusta escuchar a las madres, que se tiene salud y que el trabajo es agradable y que no hay problemas, aunque los halla.

Serían la una y media cuando llegó su hermana con su marido, los niños los había dejado al cuidado de la sirvienta, poco rato después marcharon, no sin antes prometerle Pablo que iría a visitarla más a menudo. La verdad, es que se sentía algo culpable, desde la muerte de su padre cada vez la había ido llamando menos, y lo que era ir personalmente, tan sólo una vez en más de un año.

De allí fueron a un restaurante bastante lujoso, donde su cuñado le expuso la mejor manera de invertir, las acciones que sin duda subirían y las que iban cuesta abajo. Después tomaron de nuevo el avión y a eso de las siete de la tarde ya estaban de vuelta en casa.

Hasta que llegó la hora de cenar, le dio tiempo a pensar en el aparente contrasentido de amar, con la seguridad de sufrir luego, cuando estas personas mueren. ¿Había que desprenderse de los sentimientos, tal y como dicen los budhistas, estoicos y taoístas?, ¿o por el contrario, el amor salvaba al hombre como decía el Nuevo testamento?.

El televisor hacía ruido, sin duda por la emisión de alguna película, pero Pablo no salía de sí mismo, tenía miedo a que la gente que quería se marchase, a no verlos más, y así, como si fuera un sonámbulo se marchó a dormir.

XX

Pasó el tiempo y con éste tuvo Pablo más conciencia de que le faltaba algo. Había

supuesto que todas sus experiencias, desde aquella broma en la facultad, le habían hecho superar temores y agudizado su ingenio, pero ahora veía que para aprender, era necesario tropezar varias veces y se sentía inseguro.

Todo esto lo pensaba desde la tienda, mientras miraba sin ver a unos niños trepar por el árbol que tenía frente a la puerta.

Entró un cliente y tuvo Pablo que salir, en parte, de sus meditaciones. Le vio coger un par de libros de autores clásicos romanos y al dejarlos sobre el mostrador movía la cabeza de un lado para otro como diciendo, no. Sacó la cartera mientras Pablo le indicaba el precio, pagó y como si hablase para sí, dijo: !Cómo está el mundo!. Pablo se le quedó mirando por si deseaba hacer algún comentario más, pero no fue así.

Serían las siete de la tarde cuando empezó a entrar gente, era agradable ver la librería llena, más aún entender que había personas interesadas por ampliar sus conocimientos, en suma, por buscar.

Afuera el tiempo se estaba alterando, tal como sucede en la primavera de Madrid. El cielo se oscureció de golpe, ráfagas de aire cargadas de tierra orientaban la vestimenta de las personas, sobre todo la de las mujeres, los automovilistas encendían las luces de sus coches, y ya empezaban los comerciantes a iluminar sus escaparates. Desde la puerta veía Pablo todas estas cosas y un sentimiento de angustia le recorrió el estómago, de repente lo que veía todos los días le pareció feo, sofocante, no quiso analizar esta situación así que se puso a curiosear un catálogo.

De vuelta a casa decidió tomar el autobús en vez del Metro, quería ver los edificios artísticos que había por el centro, las fuentes públicas, sus luces, todo, como si fuera una necesidad. Pero también veía a mendigos, drogadictos, personas agrupadas que nunca se dirigían la mirada, pasaban cerca, pero se ignoraban, era la ley de la gran ciudad, saber que hay gente a quien poder despreciar, peatones que cruzaban las calles cuando el semáforo les indicaba lo contrario, que hacían esos por las calles para no dejar paso al que iba detrás, personas que venían contentas y tristes a la vez, porque habían podido comprar cosas, todos iban con prisas a alguna parte que ellos desconocían, sus rostros inexpresivos eran espantosos, aunque estemos acostumbrados a ellos, al menos así le parecía a Pablo que debido a su ánimo hacía esfuerzos por ver algo bello sin conseguirlo. Miró hacia el interior del autobús y se dijo que aquello era el principio de una depresión. No era la primera ni sería la última, por lo que no le importó.

A la hora de cenar, se sentó frente al televisor, así que Inés sólo tuvo que preguntarle por lo último que había dicho el presentador para confirmar que Pablo se encontraba preocupado. Con verdadera maestría Inés inició una conversación que luego fue desviando, así hasta comprender por el tono de voz, que había acertado.

Es cierto que el mundo tiene una cara fea, también otra hermosa, quizá en la naturaleza, y en la bondad de algunas personas, -dijo Inés-. Pero, no es fácil modificar esa parte desagradable, y menos ahora que todos están en el mismo cajón.

Aquí hizo un alto para observar la expresión de Pablo, entonces continuó.

-Nuestra sociedad tiene puestos de gran responsabilidad, a los que sólo se debía llegar por cualidad, no por cantidad, ni por enchufe, el tener una carrera, el haber sido el mejor en la promoción, no capacita al hombre para saber llevar un cargo de trascendencia humana, y claro, si además todos vamos a parar a la mismo caja, esta igualdad que mezcla al hombre maligno, al vulgar, al intelectual, y al altruista, es destructora. Hace siglos, aún habiendo muchas injusticias, el estrato social se mantenía, pero cuando se dice que para la sociedad todos los hombres son iguales, se está cometiendo una gran injusticia con los que son espiritualmente superiores. Ni siquiera para Dios son todos los hombres iguales, sólo lo son para aquellas personas que los explotan. Esta es la verdad, desagradable, pero ahí está.

Curiosas palabras viniendo de una ex-monja, -dijo Pablo-.

No menos que tus inquietudes, viniendo de un ex-fraile. Y ambos se alegraron de estar juntos.

Pasaron los días, y Pablo recobró su ánimo, en la librería se entretenía trabajando, conociendo a gente y leyendo. Aquella misma mañana apareció Fernando, que era uno del grupo que allí se reunía los viernes por la tarde, no traía buena cara, decía que tenía alergia y después de echar un vistazo a los dos clientes que afanosos buscaban por la tienda, cogió la silla que estaba en la trastienda y fue a sentarse junto a Pablo.

-Has visto cómo está la gente, parecen amargados, y no te digo nada de las noticias, ¿es qué no hacemos nada bien?. Aunque parezca inverosímil, a veces pienso que con este partido democrático todos se habían hecho a la idea de trabajar menos y ganar más, y resulta que está sucediendo todo lo contrario, ¿no crees?.

Pablo asintió, sabía que aquello era sólo el preámbulo de algo que le estaba hiriendo.

-!La familia¡, hay veces que te juro me hubiese gustado no casarme. No hay manera de hacerse entender por los propios hijos, y luego, mi mujer los defiende.

Hubo un rato de silencio, en el que Fernando parecía buscar las palabras.

-No sé por qué, pero Andrés se debe de estar fumando o tomando alguna droga.

-¿Estás seguro?.

-Los síntomas son claros, no duerme bien por las noches, llega con los ojos enrojecidos, le suspenden en el instituto, y por lo que me ha contado su profesor, suele faltar más de lo que debía. En fin, para qué engañarnos, hace ya tiempo que vengo notando que se aleja, es como si de repente, un buen día hubiese decidido prescindir de nosotros.

Hubo otro momento de silencio.

-¿Tú que harías?.

-Intentar razonar con él.

-¿Y qué crees que hacemos los padres?.

-Decirles lo que está bien y lo que está mal, sin deteneros a pensar que no es suficiente, que es necesario explicar paso a paso cómo vosotros mismos llegasteis a esa conclusión. Aunque no sea la intención de los padres, el mero hecho de marcar una dirección entre el bien y el mal sin dar razones, es ya en sí una forma de imposición.

-Es posible que tengas razón....de todas formas, había pensado, que quizás tú pudieses convencerle, ya sabes, ahora los hijos hacen más caso a un extraño.

Aunque no tenía Pablo ganas de meterse en un asunto semejante, no fue capaz de decir que no.

Ya a final de semana las dudas que llevaba dentro se hacían presentes en cualquier momento, daba igual fuese una conversación, las noticias de los periódicos, lo que leía en los libros, todo parecía empujarle en busca de una respuesta, ¿era tan importante la existencia de Dios?, o en el fondo había algo más en su interior que a modo de excusa buscaba liberarse. Reconoció que no podía retener lo que pugnaba por salir, y según pensaba estas cosas, la imagen de Nazario, allá en su casa en lo alto de la montaña, le venía con rápidos flash, por lo que decidió marchar ese fin de semana a hablar con él.

Se lo dijo a Inés y aunque a ninguno de los dos les gustaba estar separados, consideraron que era buena idea.

XXI

A través de la ventanilla del tren veía desaparecer campos y ciudades, ascendiendo hacia el norte el color verde iba predominando, veía su reflejo en el cristal y las imágenes pasar sobre él, esto le pareció interesante, pero no supo analizarlo. Grupos de jóvenes iban con el equipo necesario para pasar el fin de semana en el campo, también estaban los que tuvieron que dejar la familia para conseguir un trabajo en la ciudad y los que iban a conocer otros lugares.

Desde la estación tomó el viejo autobús que le conduciría hasta el pueblo. Varias veces había viajado en ese mismo vehículo, incluso le pareció reconocer al conductor, y hasta se encontró extraño al no ver su hábito. Cuando tomó asiento fue recordando todos los detalles de sus viejas sandalias, el Monasterio, la misión, y tantos camaradas o hermanos, en el sentido más amplio de la palabra, así que sin poder evitarlo volvió a experimentar la sensación de cobardía por haber desertado, y para evitarlo se vio forzado a buscar argumentos, entre éstos, el no haber oído ninguna queja de Inés, que también dejó la orden. Un bache le sacó de sus tribulaciones, miró hacia lo alto de la montaña y vio recortándose contra las nubes, el Monasterio, sintió tristeza, y se centró en lo que diría a Nazario.

Descendió en la parada más cercana y fue ascendiendo por el empinado sendero, entre enormes abetos que poco a poco se veían reemplazados por pinos. Al llegar a la meseta vio la cabaña de Nazario, salía humo de la chimenea. Sintiendo que se le adelantaba el corazón fue a llamar a la puerta cuando esta se abrió. Con un, -te estaba esperando-, le dio un fuerte abrazo y le observó con satisfacción, los ojos de Nazario que parecían capaces de traspasar las piedras, le miraron fijamente. La emoción embargó a Pablo, era tan grato encontrar a personas que se alegraban de verte que de momento no supo qué decir.

Tomaron asiento, luego Nazario le dijo que ya sabía la decisión que había tomado de abandonar la vida monacal y casarse. Le puso su gran mano sobre el hombro y apretando con paternal afecto, añadió que eran necesarias personas como Pablo en la

sociedad actual y que no tenía dudas respecto a todo lo bueno que podían aportar.

Entonces, y con toda confianza, pasó Pablo a comentarle lo que le había llevado hasta allí, cómo una broma había cambiado su vida, y el desengaño de comprender que no había oído la voz de Dios.

Sonriendo Nazario le preguntó ¿por qué estaba ahora tan convencido de que Dios no le había hablado?.

Pablo se quedó extrañado y pensando que no se habría explicado bien, decidió plantearlo de otra manera, pero antes de que pudiese decir nada, Nazario que metía en esos momentos un leño en el hogar, le dijo que la voz de Dios no tiene por qué hablar en Castellano o Inglés, habla directo al corazón y no necesita preparación, es algo que sucede y ya está.

-¿Pero no eras tú el que no creía en Dios?, ¿por qué me lo mencionas ahora?.

-Nunca te dije que no creyese en Dios, lo que sí dije es que la idea que yo tengo de Dios, no es la que tiene la gente, ni siquiera las religiones, no creo que sea el responsable de ninguna creación, pues todo lo que es creado debe ser precedido, para mí es la fuerza, o si prefieres, la armonía que rige el universo, ahí está para quien quiera comprenderlo.

-Si no se mete en asuntos pequeños, cómo dices que fue El quien me hizo cambiar de vida.

-Porque cuando la persona es capaz de trascender su propia individualidad, cuando despierta al espíritu que lleva dentro, tiene un reflejo de esa Fuerza, no en vano se dijo que el hombre había sido creado a la imagen y semejanza de Dios, y si quitamos lo de crear, sólo queda la imagen.

-Entonces si ya somos como Dios, ¿para qué venir a sufrir?.

-No somos como Dios, si prefieres llamarle así, somos una simple imagen, el darnos cuenta de que podemos ser el otro lado del espejo, es decir la esencia y no lo que refleja, supone comulgar con la Verdad y la Armonía, en suma, liberarse. Esto no quiere decir que todas las personas sean igual, ya vemos que no es así, esas personas mezquinas o malvadas lo eran ya desde siempre y desgraciadamente muchas de ellas seguirán así eternamente. Pues lo mismo que hay tales diferencias entre las personas, no nos debe extrañar, que ascendiendo en el nivel espiritual nos encontremos con otras entidades, a las que sin ningún prejuicio deberíamos considerar como dioses. ¿Dónde acaba esta jerarquía?, no podemos saberlo.

-En eso estoy de acuerdo, diferencias humanas tan grandes parecen apuntar hacia niveles cada vez mayores en la esencia misma del espíritu. Eso tiene lógica, por eso lo acepto, pero, ¿podemos saber si existe Dios?.

-Nuestra capacidad mental no puede concebir a ningún ser superior a lo humano, sin embargo, esto no quiere decir que no podamos intuirlo, pero la intuición es ya otra cosa.

Hubo un rato de silencio en el que sólo parecía existir el reflejo de las llamas danzando por toda la habitación.

-¿Por qué has venido?.

-Lo sabes ya, por las dudas.

-¿Dudas?, ¿qué dudas?.

Pablo se le quedó mirando como si no le entendiera, además, aquel cambio de voz, le intranquilizó.

-Todo lo que te he dicho ya lo sabías, al menos en alguna parte de tu persona, más bien pienso que necesitabas contratar si era tan disparatada tu visión del mundo. No puedo responderte con seguridad, más que a unas pocas cuestiones, lo que llamamos lógica, es en efecto lógica, pero aquí, en un mundo físico con sus leyes, pero, ¿sigue siendo eficaz este método en un mundo donde las leyes, si las hay, no son las mismas?.

-Me alegra ver a alguien que afina tanto, en efecto ya llevo días reestructurando una imagen de lo que yo creo podría ser el sentido de la vida, pero, como bien has dicho, no hay seguridad, al menos en el momento actual.

-¿Es importante para ti saber si existe Dios?.

-Quizá sea cobarde y necesite saber que hay un Ser Superior y por lo tanto, que existe la posibilidad de ser ayudado. Esto es lo que me gustaría, pero ya sé que la verdad no se ciñe a caprichos personales, y que todo lo que hoy consideramos bueno y malo, ayer no lo era, y quizá mañana tampoco lo sea, en el fondo, no sé si tengo derecho a plantearme semejante pregunta.

Nazario le miraba atentamente, en sus ojos se notaba una profunda satisfacción.

-Hacía tiempo que no oía nada tan sincero, si la gente se preguntase para qué quieren saber si existe Dios, quizás encontrasen en su interior el desvalimiento de un niño, el egoísmo de un sostén, o la vanidad de elevarse sobre los demás.

-¿Y tú qué opinas?

Se puso Nazario serio, y su expresión habitualmente apacible cobró un tinte tan duro

que de no conocerle hasta podría asustar.

-Yo creo que no es tan importante buscar la existencia de Dios, si existe, existe, y sino, pues siempre ha sido así. El crear la idea de Dios para responder a todas las interrogantes, no me parece buena idea. Y respecto a la denominada Fe, es algo tan difuso, tan de quita y pon, que no puedo comentar nada al respecto.

Después de esto hablaron de cosas menos trascendentes, hasta terminar en una conversación más relajada. Como ya era tarde, a petición de su anfitrión decidió Pablo quedarse a dormir y salir por la mañana.

Antes de que anocheciera le llevó Nazario a un acantilado desde donde se podía ver el enorme valle, en esos momentos, con el Sol escondiéndose tras las lejanas montañas, tonos anaranjados teñían las casas lejanas del pueblo, como las aguas del pequeño río. La sensación de grandeza frente a aquella inmensidad, donde parecía unirse la tierra con el cielo, y el sol como intermediario, elevó el espíritu de Pablo.

Lo que restó de día lo pasaron frente al fuego, hicieron una cena frugal y como si ya se hubieran dicho todo, cada cual marchó a descansar.

A la mañana siguiente despertaron a Pablo los rayos del Sol que entrando por la pequeña ventana le daban directamente en la cara. Por unos instantes quiso recordar algo, pero se esfumó como sucede con los círculos de humo que hacen los fumadores, no obstante, la sensación permanecía y era muy agradable.

Nazario ya había preparado el desayuno, se alegró de ver que había dormido bien, y añadió que el lugar elegido para construir su casa, no había sido por azar.

Así fue como iniciaron otra conversación, en la que ambos parecían pensar lo mismo, había en la naturaleza sitios que beneficiaban el alma de todo lo que estaba vivo, sobre todo el hombre, las razones podían ser varias, que hubiera aguas subterráneas, que la orientación orográfica captase mejor el magnetismo terrestre, que la tierra al ser fértil crearía plantas más alegres, pero, como apuntó Nazario, no por contar las partes del cuerpo humano sabemos cómo es la persona, el todo no es la suma de sus partes, y ese todo, ¿qué era ese todo?.

Le acompañó Nazario hasta la parada del autocar, allí le dio un fuerte abrazo y le dijo que aunque no se viesan con los ojos estarían en contacto con el espíritu.

Desde la ventanilla del tren se sintió Pablo aliviado, y lo más paradójico, es que

solución a sus inquietudes no tenía, pero su estado de ánimo había cambiado, era como si aquella noche, mientras dormía, hubiese aprendido algo, ¿pero que?.

Según preparaba la comida sintió Inés la presencia de Pablo, se asomó a la ventana y a lo lejos, viniendo de la estación, le vio, por su forma de andar supo que estaba contento.

El Lunes llegó a la librería un poco más tarde de lo habitual, ya había un cliente mirando al escaparate, era un joven.

Una vez dentro, con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón vaquero, el joven le dijo que se llamaba Dionisio, y como esto no pareció significar nada, le dijo que era el hijo de Fernando. Se le quedó Pablo mirando, la situación hablaba sin palabras.

-Así que tu padre te ha insistido para que vengas, y con el fin de no tener jaleos has pensado, voy a ver que rollo me suelta el de la librería, ¿no es así?.

El joven se quedó mudo, momento que aprovechó Pablo.

-No voy a ser yo quien te diga lo que debes o no hacer, sé que las drogas se toman desde que existe el hombre, e incluso que algunas tienen fines medicinales, lo sé, como también que las experiencias que provocan son tan...tan...diferentes, que los que las toman se llegan a creer privilegiados.

-Es que usted también se ha chutado.

-¡No!, pero he conocido a algunos que sí lo han hecho. Mira, sé que no sirve de nada decir que no te coloques, que luego los efectos secundarios son dañinos, que te puedes quedar enganchado, eso es algo que debes decidir tú, ahora qué, lo que sí te puedo decir, es que hay otras formas de salir de la monotonía diaria. ¿Has oído hablar del yoga?.

-¡Sí!.

-Pues sus efectos son parecidos y sin embargo no perjudican.

A partir de ese momento, mintiendo algo, fue Pablo interesándole por esta disciplina, si por lo menos conseguía que el joven se decidiese a conocer su mundo interno.

Se despidió de Dionisio con ciertas dudas, a juzgar por las impresiones que había captado, aquel joven no parecía tener mucha voluntad.

XXII

El tiempo siguió pasando y la esperanza de Pablo en la humanidad se estaba tambaleando, había algo que no funcionaba, ¿cómo podía haber un mayor nivel cultural y seguir siendo tan estúpidas las acciones de los hombres?, ¿cómo podían sentir placer viendo programas de televisión, dónde la gente era capaz de hacer cualquier cosa por dinero?, aumentar el número de divorcios, el leer cada vez menos, excepción hecha en los libros de texto. No podía entenderlo, o la maquinaria de la educación actual enseñaba sólo a memorizar, o había que aceptar la triste realidad de que pensar, era privilegio de unos pocos. Además, desde la hegemonía de los estratos políticos se infiltraba subrepticamente la mano dañina que cambia y altera, esa mano rastrera que retuerce lo que es natural, hasta convertirlo en una mercancía química de bellos colores para poder hacer que se la trague el mayor número de gente. Bajo la campaña de tolerancia hacia otras razas, y personas desfavorecidas psíquicamente, lo que se escondía era algo bien distinto. No había que explicar a nadie que la crueldad y el desprecio es malo, y no sólo para quien lo recibe, sino para el que lo practica, esto era algo tan evidente que no podía pasar por alto, hasta las personas tratan bien a sus animales de compañía, cómo no a un ser humano, pero de ahí ha pretender que la homosexualidad, el lesbianismo, la delincuencia y la subnormalidad son hechos naturales, eso ya, era otra cosa. Pretendían hacer valer una sociedad emocional por encima del razonamiento. Ser tolerante con el mundo que nos rodea, no quiere decir que todo ese mundo esté al mismo nivel, ni los hombres son iguales, ni tampoco sus intenciones, pero claro, manejar a una masa con un mínimo de ideales, o que éstos estén bien controlados, es el trabajo propio de una dictadura oculta tras la cara del socialismo.

Todo lo que estaba a la vista en la actual sociedad, evitaba planteamientos mentales, hacía lo posible por evitar que la gente pensase, incluso se les hacía ver, por medio de diarios y revistas, que el no pensar era lo normal. Palabras como dignidad, ética, verdad, nobleza, mantener la palabra dada, dejar el Yo para poder entender el Tú, todo esto, era ajeno a la sociedad, exactamente, todo lo que puede unir a las personas en ideales altruistas, nobles, que harían tambalear la política actual.

Llevaba todo el día con estos pensamientos en la cabeza, y casi no se dio cuenta que

iban entrando los amigos de la tertulia. De manera mecánica echó el cierre cuando hubo pasado el último, entonces salió de su estado casi gritando: -hay que publicar una gacetilla-. Se le quedaron todos mirando, entonces se dio cuenta y pasó a explicarles lo que rondaba por su cabeza.

Hubo un silencio, sin duda por lo repentino de aquella idea, pero, a todos les pareció una idea interesante. Fue entonces que se aportaron nuevos detalles, si la gacetilla la utilizaban a la vez para hacerse propaganda, pues entre ellos había tres contando a Pablo, que tenían negocio propio, el número de ejemplares podría ser mayor, al ser también mayor el desembolso.

Las ocho personas que formaban ahora la tertulia, excluyendo a Pablo, tenían hijos y entendieron muy bien las influencias perniciosas por las que estaban pasando, si el conocimiento que se adquiere por experiencia, -como dijo Luis-, es por observación, la ausencia de ideales, y por el contrario, el martilleo continuo en los medios informativos de una humanidad miserable, sólo podía producir depresión en los jóvenes, habían barrido los modelos a seguir y en su lugar, o no habían dejado nada, o los sustituían con bazofia e inmoralidad de cualquier clase. A esto Martín añadió que lo que más le ofendía era esa idea de libertad que habían inculcado en los jóvenes, una libertad donde sólo se oía una palabra: YO. Y con esta palabra de bandera, no le extrañaba que fuese tan difícil la convivencia, qué habían hecho con el TU, o el Usted, o peor aún, con EL, sencillamente los habían borrado de la existencia.

Con este tema pasaron el resto de la tarde, hasta las diez, como tenían costumbre. Aquellas sesiones les resultaban muy agradables, poder hablar de lo que se ve a diario, y darse cuenta que muchos otros también comparten la misma opinión, era una manera de no sentirse solo.

XXIII

La gacetilla en la que colaboraron todos, salió el quince de Septiembre, con solo veinticuatro páginas, y dos mil ejemplares, que pretendía salir mensualmente, se distribuyó en universidades, colegios, institutos y librerías; era gratuita.

A la semana siguiente recibió Pablo varias llamadas de personas interesadas en las ideas que habían leído en la gaceta; aquel mismo viernes la tienda se llenó con treinta personas. Aunque casi no podían moverse por la falta de espacio, la emoción parecía anidar en el corazón de la gente, y cuando esto sucede, no hay impedimento que no se supere, así que decidieron alquilar para las futuras reuniones un local más amplio, precisamente el yerno de uno de los asistentes, era dueño de un colegio y sin duda que les alquilaría un aula.

En tres meses la cantidad de personas interesadas superaba el centenar, el aula se les había quedado pequeña. Por otra parte, al ser mayor la contribución que hacían para mantener la gacetilla, ésta terminó saliendo con papel de primera calidad y a color. Ahora eran más los que se anunciaban, todos miembros de la misma congregación. Se pensaba ya en darle cuerpo legislativo, hacer unas reglas y más cosas, eran muchos los que hablaban y todos tenían derecho a opinar.

A Pablo esto empezaba a írsele de las manos, él era presidente de la congregación, pero veía cómo aquello empezaba a tomar rumbos que no estaban nada claros, y sintiéndose responsable, terminaba en las reuniones enfrentándose a las ideas de los demás, sobre todo a uno de ellos, Ernesto.

Este tránsito de más de cien personas, algunas de ellas influyentes, terminó por alertar a la prensa, y fue un Lunes por la mañana, en su librería, donde Pablo leyó en un diario de gran tirada, lo siguiente:

.....un nuevo orden pretenden establecer los miembros de la congregación, Amigos de la Verdad, reunidos a través de la modesta tirada de una gacetilla, que ahora parece tener mejor apoyo económico, sus miembros se anuncian en ella y así sufragar los gastos. Son sin embargo sus ideas las que más impacto causan, si las analizamos desde la perspectiva de nuestra sociedad actual, no tienen un gurú, como otras sectas, su presidente es un librero, un tal Pablo Santiesteban, que parece haber calado hondo con sus ideas en personas aburridas de nuestra sociedad, que lo único que ven es el aspecto malo, e inevitable de toda sociedad, incluso niegan que la democracia sea realmente equitativa, argumentando que el voto de algunas personas no vale el de otras. Nosotros no entendemos muy bien esto, y nos preguntamos si la afluencia de personas ilustres de nuestra sociedad, no estará preparando un nuevo cambio político.

Irritado, arrancó la hoja y la tiró a la papelera, pero ¿qué clase de gusano era aquel periodistilla?. Si había algo lejos de sus cabezas era la política, por otro lado, se notaba la maliciosidad al contar verdades a medias, que es lo más miserable. En efecto, en la última reunión, en la que sin duda aquel sujeto se coló, habían comentado que la opinión ciudadana sobre política, por medio del voto, no podía tener el mismo valor social, si éste venía de una persona altruista o de un delincuente, si es que consideramos la justicia.

De nuevo surgía en Pablo ese temperamento que tantos problemas le había dado. Se calmó pensando que un insecto no merecía ni siquiera una zurra.

Cuando llegó a casa se lo contó a Inés, en sus ojos encontró la respuesta, que no era otra que la evidencia de que aquel asunto se le estaba escapando de las manos.

El resto de la semana fue muy flojo, y era extraño pues era buena época, cuando el Otoño hace ya pensar en el frío, en ir del trabajo a casa y allí, leer un buen libro. Fue entonces que pensó si no sería esto el resultado de tan lamentable comentario periodístico. Con estas ideas en la cabeza cerró aquella tarde un poco antes, para ir preparando lo que iba a decir a la congregación.

A la puerta del colegio había un grupo de hombre conversando con animación, ni siquiera se dieron cuenta de su presencia, había mucha agitación en el ambiente, también se extendían los pequeños grupos por los pasillos y hasta las escaleras, cuando llegó al aula, se tuvo que abrir paso hasta que los miembros más antiguos salieron a su paso; estaban muy contentos.

-Esto marcha, dijo Fernando, ahora ya somos tantos que vamos a tener que buscar otro lugar para las reuniones, y todo por ese periodista..

-¿Te parece interesante este cambio?, preguntó Pablo.

-¿A ti no?, ahora podremos hacer lo que nos habíamos propuesto, cuantos más seamos mayor será nuestra fuerza.

Con el barullo que allí había, apenas podía pensar, y las últimas palabras de Fernando no parecían mala idea, pero algo había mal, lo notaba.

Uno de los asistentes al que no conocía, se le acercó y le preguntó si ya estaba preparado, le miró como si buscara en sus manos alguna cartera o portafolios, se marchó y fue pidiendo a la gente que había diseminada por ahí, que acudiera a la sala, mientras

tanto y bajando algo la voz, Gonzalo que era uno de los antiguos, le preguntó si quería conocer al periodista. ¡Está aquí!, gritó Pablo, mientras el otro le miraba sin comprender nada.

Habían cambiado la cátedra del profesor dándole más altura, y la mesa escritorio, barata, de cualquier profesor de instituto, se había convertido en una de madera de caoba, sobre ella había un portafolios con pluma y bolígrafo, y una botella de agua mineral. Cuando miró a esa cantidad de personas extrañas, se le vino a la cabeza ¿qué les traía por ahí?, por que si era el artículo del periódico, habían sido engañados. Ante sus ojos se apretujaban personas de diversa condición, aunque la mayoría era de la alta sociedad; recordó entonces que cuando se acercaba al instituto, vio automóviles muy caros, para un barrio de gente obrera. ¿Cómo debía reaccionar?, sintió las miradas de todas esas personas y un silencio que le metía prisa, así que optó por la única salida, decir lo que pensaba.

-Es posible que muchos de ustedes hayan venido para escuchar algo que no van a oír, aquí se ha producido una equivocación provocada por un artículo periodístico, las ideas con las cuales se organizó el grupo, era en principio por compartir unas ideas, que no tienen nada de segregacionistas, no es nuestra intención hacer grupos y etiquetarlos, consideramos que el camino del hombre es individual, lo mismo que se nace y se muere en solitario, igual sucede con el aprendizaje, por lo tanto, no hay ninguna idea política para disentir.

En el silencio que vino a continuación veía Pablo la indecisión de los que aún no se atrevían a marchar y la voluntad de otros, que en silencio, empezaron a salir, arrastrando de paso a los indecisos. En pocos minutos la sala quedo casi vacía, sus propios compañeros le miraban extrañados, y sin embargo, el que estaba extrañado era él.

XXIV

Los días pasaron, llegó el viernes por la tarde y ninguno de sus amigos había venido, aún así esperó, era verano y siempre había algún curioso que a última hora decidía echar un vistazo. Así estuvo hasta las nueve y media cuando sonó el teléfono. Era Damián que

se excusaba por no haber podido llamar antes, después de la última reunión Ernesto había creído que deshacer un grupo tan bien formado y con personas tan influyentes era una tontería, así que había pedido disculpas en nombre de Pablo y se había hecho cargo del movimiento, y al insistirles tanto para que fueran, no les había quedado más remedio que complacerle, al menos así sabrían qué es lo que pretendía. Esto fue lo que le dijo por teléfono, a Pablo no le enfadó, cada cual era libre de hacer su voluntad, no obstante, para él estaba claro lo que buscaba Ernesto.

Los días pasaron, y los amigos seguían juntándose en la librería los viernes por la tarde, el cariz que estaba tomando la asociación que presidía Ernesto, iba ya abiertamente por un camino político. En la última reunión que tuvieron aquel caluroso mes de Julio, antes de marcharse de vacaciones, se trataron temas realmente interesantes. Fue Damián quien propuso una aparente incongruencia, pues, si el espíritu del hombre es eterno, ¿qué es lo que tiene que aprender?, o peor aún, ¿para qué tiene que aprender?.

Fernando mantenía que ser lo que cualquiera es, no implica que el que lo es, lo sepa, hay tontos, -como él decía-, que pasan por la vida creyendo de sí mismos, todo lo contrario.

Por su parte, Rafael era de la opinión que aún conociendo cada cual la eternidad de su esencia, según que tuviese o no cuerpo, es decir que hubiese encarnado o no, así tendría una idea distinta de sí mismo, lo que quería decir, es que al encarnar, en la persona se produce una disociación del conocimiento, que toma dos caminos distintos, el consciente y el inconsciente, cosa que no sucede al carecer de cuerpo.

Como tanta especulación se produjo un galimatías, a este respecto, Pablo mantenía que el problema verdadero residía en intentar racionalizar lo irracional, por lo que todos los mecanismos mentales que utiliza habitualmente el ser humano no pueden conducir a conclusiones que están fuera de lugar, y no por ello dejan de ser irreales. La intuición de un acontecimiento que aún no se ha producido, no se puede racionalizar, tampoco todos los fenómenos paranormales, pero ahí están, cuando lo que falla en este caso, es el método para entenderlos, aunque para esto el hombre ha decidido que es más cómodo ignorarlos o peor aún, negarlos.

Esta explicación de Pablo les gustó, aunque la pregunta hecha en el principio, siguiese oculta. También les dijo que si el hombre fuese sólo espíritu, y en tal caso no tuviese

ninguna necesidad, no podría conocerse a sí mismo. Rafael le respondió que tal vez, al igual que los cuerpos humanos son diferentes, también lo podían ser sus espíritus, por lo cual, ya habría una diferencia evidente.

Hubo un rato de silencio, luego Pablo dijo que posiblemente, y contando con estas diferencias espirituales, los más elevados, por definirlos de alguna manera, aconsejarían la encarnación a los que lo necesitasen, con la idea de que una experiencia en la densidad de la materia, o sea, el mundo físico, les proporcionaría ese conocimiento sobre ellos mismos, sin duda importante.

Así se quedaron las cosas, no era posible en un terreno tan resbaladizo tener una mínima seguridad, no se podía confrontar con nada, y ninguno de los asistentes pudo dar ni un sólo ejemplo, de todas formas, el pensar en lo que no se ve, es ya un paso importante en la persona, al menos, eso era lo que ellos creían.

XXV

Los kilómetros le pesaron poco a Pablo, ver otros lugares, árboles y montañas le subía el ánimo, era curioso que de tantas agrupaciones de formas, podían darse algunas que ejercían influencia directamente sobre el espíritu, como si hubiera un mensaje cifrado sólo para él. Con este ánimo llegaron hasta el lugar que habían elegido para pasar las vacaciones, un pueblecito poco turístico en Asturias.

El hotel estaba rodeado por un jardín con agrupamientos de lilas, Adelfas, y bordeándolo todo, enormes abetos. Cerca de la puerta de entrada, un pequeño estanque con flores acuáticas y rosales alrededor, le daba un aire estético que junto al ambiente húmedo y ese fresquito que se notaba, empezaba a relajar el cuerpo, sobre todo, después de tantas horas en la misma postura. La habitación era pequeña, no les importó porque tenían idea de moverse por la zona, ver cosas bonitas, olvidar el ajetreo y artificialidad de Madrid.

Al poco de ducharse, sintieron cómo la tranquilidad del ambiente les rodeaba hasta terminar quedándose dormidos. Se levantaron pasadas las nueve, cenaron en el mismo

hotel, y después, de nuevo en su habitación, colocaron cuanto habían traído, bueno, fue Inés quien lo colocó, mientras tanto Pablo asomado al pequeño balcón contemplaba un cielo de estrellas brillantes y nítidas, también le llegaba todo tipo de olores, de flores, numerosas plantas, y tierra mojada, el ruido de las hojas de los abetos al moverse con el aire, y el rumor de algunos veraneantes tomando algo en la terraza dispuesta en el jardín.

Al día siguiente fueron al mirador de la Fito, era éste un lugar muy hermoso, se llegaba subiendo por una pequeña carretera que bordeaba la montaña, y cuanto iban viendo iba siendo cada vez más bello, un valle se abría con dificultad abajo, un pequeño río lo iba cruzando como si le costase trabajo, despacio unas veces, más raudo si había pendiente, una casa en la misma ribera mostraba un molino de agua, muy viejo y lleno de remiendos.

Los turistas que se iban encontrando, eran de más edad que ellos, muchos pasarían de los sesenta, y esto era así, porque no había en los pueblos más cercanos discotecas u otros sitios de diversión que valoran los más jóvenes. En el camino de vuelta se desviaron por un vericuetto, hasta llegar a un claro dentro de un enorme bosque. En el suelo había piedras dispuestas en círculo para hacer fuego, el sitio era tan encantador que no podía extrañar que otros lo visitasen. Voló a la mente de Pablo el recuerdo de aquellos cuentos que leía cuando era pequeño, las casas perdidas en los bosques, las hadas y brujas, en suma, el misterio, y es que en aquel silencio, se tenía la sensación de que cualquier cosa que se imaginase, podría ser cierta, a ello contribuían los árboles, que parecían observarles. A Inés aquel paraje le entusiasmó, y lo comparó con estar dentro de una catedral, la más antigua y natural.

Así fueron transcurriendo las vacaciones, salían por las mañanas, comían en cualquier restaurante y volvían por la tarde, luego, leían o se relajaban viendo alguna película en la televisión, cenaban en el hotel y se acostaban pronto.

Los pueblos que visitaron tenía cada uno de ellos su propia aura, es decir, un ambiente vivo que se captaba sin dificultad, los había tranquilos, religiosos, con algún toque mágico, tristes, monótonos, y uno en particular, maligno. Pero, en uno de estos pueblos donde se respiraba un buen ambiente, dentro de un restaurante y de la manera más natural, iniciaron una conversación con otra pareja, Carlos y Esmeralda. Les contaron que en un pueblecito, en lo alto de la montaña, vivía un tipo extraño, curaba a la gente, y

además decían que era capaz de levitar. Le llevaron no hace mucho un niño que se estaba ahogando por culpa de un hueso de ciruela, Don José, que así le llamaban, le puso la mano en el cuello, luego en pie y en silencio, comenzó a ponerse tenso, cada vez más, tanto que los presentes temían una desgracia doble, entonces Don José se contrajo como si le hubiera alcanzado un rayo, abrió la boca y escupió el hueso de ciruela; el niño se recobró en seguida.

En realidad era una historia difícil de creer, no así para Pablo e Inés que ya habían presenciado hechos que no se explicaban con la pura y simple razón, así que ya en su mente se forjó la idea de ir a visitar a ese hombre singular.

Este joven matrimonio gustaba en vacaciones de ir a visitar la familia, tener contacto con el ambiente rural, sentir su manera distinta de vivir, Carlos como Esmeralda eran naturales, sin esa amabilidad hipócrita tan de moda entre los que se creen educados.

Después de comer les propusieron enseñarles un valle oculto entre montañas que sólo conocían unos pocos.

Dejaron atrás el pueblo y a unos doce kilómetros se desviaron, tomando un camino estrecho sin asfaltar. Con cuidado fueron sorteando algún que otro agujero ensanchado por las últimas lluvias, después de cuatro kilómetros, se detuvieron. Ya no era posible seguir en automóvil. A los pies de unas colinas que se unían unas a otras como si se debieran espacio, Carlos apartó unos matorrales y por medio de un estrecho corredor del que además había que evitar las zarzas, llegaron de repente ante un valle de unos dos kilómetros de largo. Pablo e Inés se quedaron atónitos, allí apartado, oculto por las pequeñas montañas, había un valle verde tenía árboles en uno de sus lados a modo de pequeño bosque, un río que no venía de ninguna parte visible, surgía debajo de la tierra, discurría sin esfuerzo por la pequeña pendiente que iba de una lado a otro, desapareciendo a los pies de una colina. Había cinco casas. Carlos le explicó que todo el valle pertenecía a un escritor extranjero, muy famoso, pero que rara vez aparecía por allí, las casas, y en realidad el valle, lo disfrutaban los guardas y sus familias. Al acercarse más se encontró Pablo con que había una verja. Está cerrado, -le dijo Carlos-, pero si queréis verlo como tengo que ir a visitar a mi primo Severo, él nos puede facilitar la entrada, conoce a los guardas y le deben algunos favores, bueno, por aquí todos se deben favores.

De allí, a poco más de media hora caminando, les condujo Carlos a un pinar que crecía

del otro lado del valle. Una vez dentro, el olor a resina de pino, el canto desconfiado de algún pájaro, y el ruido al pisar las agujas secas de los pinos, era lo único que percibieron, pero...al poco se oyó un rumor que fue aclarándose según se iban acercando. De entre dos rocas que parecían haber sido la misma, manaba un chorro ascendente de agua limpia y fresca.

Es como si Moisés la hubiera extraído con su varita, les dijo acertadamente Esmeralda. Bebieron y estuvieron allí sentados un buen rato, ninguna quería hablar, era como si al hacerlo se cometiera un sacrilegio, y algo en el interior de los visitantes les decía, que allí lo conveniente era observar y callar.

Se despidieron para volver a encontrarse cuatro días después, cuando ya Carlos hubiera hablado con su primo y pudieran visitar el valle.

Pablo e Inés pasaron esos días como los anteriores, visitando los lugares más hermosos de la zona, cuevas, iglesias, pueblos, parajes naturales y cuanto pudiera considerarse bello. A todo esto, Pablo iba presintiendo algo que no acababa de captar, sin duda que cuanto veía se asociaba con esa idea, por llamarla de alguna manera, que esperaba el momento oportuno para poder manifestarse.

El valle se abrió para ellos gracias a Carlos y a que su dueño, si es que se puede poseer la tierra, se encontraba fuera.

Nada más franquear la verja y empezar el descenso, el olor a tomillo y espliego les llegó como una sutil bienvenida. Aves de varios tamaños y costumbres diversas, parecían compartir ese lugar, donde se encontraban seguras, su propietario odiaba la caza y aunque no solía estar allí mucho tiempo, los guardas eran fieles a esa norma. Tal como se veía desde arriba, un pequeño bosque quedaba a una lado, y cerca de él, también de una piedra surgía un manantial, que se extendía a modo de río y que al final, introduciéndose de nuevo en una oquedad del terreno, aparecía detrás de la colina, y que ya conocían.

Cerca del pequeño río y del bosque se encontraba la casa del escritor con tres plantas y una enorme terraza, todo diseñado en un estilo similar al victoriano con un toque barroco. Las otras tres casas eran de estilo similar al de la comarca, también había una nave a modo de garaje, toda ella dispuesta como si tratara de un taller mecánico, era un hobby para su dueño. Sin embargo, nada de todo aquello era comparable al ambiente,

según el guarda, debido a lo cerrado que estaba el valle, rara vez bajaban en invierno de los diez grados, y en pleno verano no pasaban de treinta.

Cuando volvieron al hotel, sintió Pablo ese algo que deseaba manifestarse desde su inconsciente, y que al menos, ya sabía que estaba relacionado con la naturaleza.

Mientras cenaban no prestó mucha atención a lo que Inés le comentaba, no hacía más que darle vueltas al mismo asunto. Su visión de la naturaleza había cambiado desde que empezase a interesarse por el otro lado de la vida, es decir, desde que dejase de ser Pol, ahora ya no la veía tan terrible, a excepción de tener que matar para sobrevivir que le seguía pareciendo una manera sucia de enlodar a las personas que buscan la perfección, porque todo lo que está vivo desea seguir estándolo. Sin embargo, ahora no ponía pensamientos y actitudes humanas en los animales, la visión de la vida es tan diferente entre un humano y un animal, que la ignorancia del peligro futuro en éstos, les evita sufrimientos, que no por ello dejaban de existir. En los animales sólo es sentido lo que sucede y afecta en el momento, todo lo demás es ignorado.

El último pensamiento de aquella noche fue hacia ese curioso personaje que hacía curaciones sorprendentes.

Después de entrar en el desvío, la carretera fue ascendiendo con curvas cada vez más cerradas, el paisaje era tan exuberante que no parecía español, árboles e infinidad de plantas se agrupaban dejando la carretera en penumbra. La ascensión terminó en un llano donde estaba el pequeño pueblo, allí también terminaba la carretera. Las casas eran en su mayoría de argamasa, había dos que eran construcciones más recientes, hechas con ladrillo, también había una pequeña ermita que haría la función de iglesia, no tendría en conjunto más de treinta casas y casi la mitad de ellas estaban abandonadas. Su llegada no despertó la curiosidad que era de esperar en un sitio tan alejado, los aldeanos les miraban pasar sin gran interés, detuvo un momento el automóvil y cuando se disponía a preguntar por Don José, al primero que encontró, ni siquiera llegó a abrir la boca, aquel hombre le hizo una seña con el brazo de la dirección que debía seguir. Así lo hizo y metido ya en una calle estrecha, tuvo que dar marcha atrás para dejar salir a otro automóvil y por cierto, muy caro, ahora comprendía que no se sorprendieran con las visitas, Don José parecía tener mucho trabajo. Esto último le incomodó, no deseaba

molestar, y no tenía ninguna dolencia que le permitiese robar el tiempo a esa persona, así que empezó a dudar, le dijo a Inés lo que pensaba y ambos decidieron que ya que estaban allí, debían intentarlo.

A pocos metros de donde dejaron el coche estaba la amplia casa, con un patio jardín que franquearon a través de una gran puerta de madera que estaba abierta, dentro del patio preguntó Pablo si había alguien, no respondió nadie, sólo dejaron de cantar unas golondrinas que allí había. Se acercaron a la casa entre la presencia indolente de varios gatos y el zumbido de avispas en una parra cercana. La puerta a la casa también estaba abierta, llamaron y como tampoco respondió nadie, se quedaron un rato dudando, pero al fin entró Pablo, encontrándose con una sala espaciosa de paredes irregulares y alto techo. Volvió a preguntar si había alguien, nadie le respondió, y sin embargo, se oían los ruidos de una persona trajinando con cacharros de cocina, así que gritó con más fuerza, en esta ocasión una voz de mujer dijo que entrasen.

Secándose las manos en el delantal, una mujer fornida de unos sesenta años, salió a recibirles. Don José no estaba, había ido a la cueva, cosa que hacía una vez al mes, y allí se quedaba todo el día, pero después debía marchar a ver a una hija casada que vivía en Barcelona. Aquella misma mañana ya habían llegado dos forasteros más, pero Don José también tenía derecho a descansar, esto último lo recalcó vivamente, y cuando ya se marchaban sacó de un cajón un sobre, leyó el nombre y preguntó: ¿es usted Pablo?. Sorprendido respondió que sí, y sin darse cuenta, ni saber qué decir, tomó el sobre, la mujer se marchó y tanto Pablo como Inés marcharon sin decir palabra. Dentro del coche abrió el sobre y leyó la carta.

Estimado Amigo.

Llevo varios días sintiendo tu inquietud, me gustaría poder ayudarte, pero no puedo, esa necesidad tuya de conocer la causa de cuanto te rodea, no es mi caso, así que no soy el más indicado, yo acepto las cosas como son, y es posible que muchas de éstas no sigan esa línea causa-efecto. Esto no quiere decir que te recomiende mi manera de vivir, el conocer lo que está oculto, es a veces como un imán, más aún, como una necesidad, y si ese es tu camino, síguelo, pero sin ponerte unas metas a un tiempo determinado. Respecto a la naturaleza, mi visión es muy personal, y no sé si te va a

interesar, no obstante, es esta:

Todo cuanto nos rodea tiene una forma determinada, conocemos las montañas y las diferenciamos de los valles por su forma, al igual que una planta de otra, animales, y seres humanos, pero no es la forma, redonda, cuadrada, o la que sea, la que ejerce influencia en nuestra parte sensible, es la contraforma. Es decir, toda forma material, ocupa un lugar en el espacio, y este lugar ya está siendo condicionado, tiene que adaptarse a esa forma, envolverla, como hace el aire, los gases y el agua, por lo tanto, las formas y sus agrupaciones ejercen gran influencia en el medio ambiente, de ahí que haya sitios que nos parecen malos, porque sus formas están alterando con su falta de estética, el lugar en el cual se encuentran. Un ejercicio interesante es observar un paraje que nos llame la atención e intentar verlo sin las formas, pero sin prescindir del hueco que dejarían, es entonces que aparecerá ante nuestros ojos, la contraforma, en pocas palabras, la que sufre o se alegra de la forma que recibe de las formas. Tal vez parezca un galimatías, pero yo no soy escritor, solo espero que te sirva para algo, en el caso de que tenga utilidad.

Sin más, te saluda y se despide, un amigo.

Pasó la carta a Inés mientras hacía la maniobra para salir. Aunque se había encontrado con personas extrañas, este hombre parecía superarlos a todos, aunque haciendo memoria, siempre pensó lo mismo cuando tenía uno de estos contactos, cada cual, a su modo, buscaba una explicación, y quien sabe si todos estaban en el buen camino, al principio la personalidad de cada cual, le dirige por senderos distintos, al menos en apariencia, pero, como si tratase de un gran embudo, todos terminan pisando el mismo terreno, de ahí la similitud de pensamiento de los grandes hombres que han traído algo nuevo y bueno a este mundo. Pensando en estas cosas fue descendiendo por aquella peligrosa carretera, como si su cuerpo se ocupase de conducir y su alma pudiera estar en otras cosas.

Aún era pronto, así que se detuvieron un rato ante un paisaje imponente, a ambos lados se hallaban las montañas, y al fondo, como surgiendo de entre los árboles, aparecía el mar, azul como el cielo, pero en aquella ocasión lo observaron de una manera distinta, sin duda por el consejo de Don José.

En los días siguientes, ya a punto de acabar las vacaciones, el tiempo empezó a cambiar, aparecieron tormentas y llovió bastante, pese a esto, aprovechaban cualquier claro para salir, y también era cierto que días como aquellos, tenían su encanto, el cielo pasaba de azul a gris, luego, cuando el Sol se iba ocultando, sus rayos atravesaban aquellas nubes borrascosas, produciendo tonos rojizos y anaranjados, realmente espectaculares.

XXVI

Cuando abrió la librería notó algo distinto en ella, es como si hubiera cambiado, sin embargo, todo estaba como lo había dejado. Se olvidó del asunto y se puso a trabajar, así estuvo hasta que pasó el primer cliente, éste fue tomando los libros de una estantería, los abanicaba como si pudiera sonar algo en su interior y luego los dejaba en el sitio equivocado, así estuvo media hora, después se marchó. Mientras Pablo volvía a ordenar cada libro en su estante, no conseguía entender qué había motivado una conducta semejante, ¿qué se habían acabado las vacaciones y con ellas el poco dinero ahorrado?, ¿quién sabe?.

Poco antes de cerrar, se sintió extraño, era como si fuese un ser estático, como si nunca se hubiese movido, aunque el cuerpo se desplazase, el movimiento le pareció ajeno, casi diría que le era ficticio. A la vez que experimentaba esta rara sensación, veía a la gente atareada ir de un lado hacia otro, como si fuese para ellos vital el hacer cosas, el ocupar el tiempo, como si ese tiempo se les agotase día a día, observaba un entorno en movimiento y no participaba de él, le pareció incomprensible la palabra distancia y aún más consumir tiempo. Sin entenderlo aún del todo, estaba Pablo atisbando la eternidad, a partir de ese momento, ya no sería el mismo, pero esto, es ya otra historia.

